E. M. CIORAN

BREVIARIO DE PODREDUMBRE

Breviario de podredumbre es un libro difícil de clasificar y de sintetizar. En esta obra Cioran reflexiona sobre temas como el vacío, la existencia, Dios, el tiempo, la desesperación... Según José Ferrater Mora, «expresa actitudes nihilistas y desarrolla la idea de la *descomposición*». Fernando Savater, traductor del libro, escribe en el prólogo: «Lo que Cioran dice es lo que todo hombre piensa en un momento de su vida, al menos en uno, cuando reflexiona sobre las Grandes Voces que sustentan y posibilitan su existencia. Este no es un libro como el que está al lado, ni como el de más allá. No se trata de una golosina cultural; es una tormenta de lucidez haciendo volar los viejos pergaminos que sirven de biombo a la podredumbre: he aquí un discurso sin castrar, un lenguaje que no cede a la fascinación del lenguaje.»

Emile Michel Cioran

Breviario de podredumbre
Una tormenta de lucidez

ePub r1.0
Epicureum 04.05.14

Título original: *Précis de décomposition*
Emile Michel Cioran, 1949
Traducción: Fernando Savater
Diseño de cubierta: *Mujer sentada*, de Francis Bacon

Editor digital: Epicureum
ePub base r1.0

Prólogo: Sobre E.M. Cioran

Por Fernando Savater

¿Cuáles son los derechos de la desesperanza? ¿Puede edificarse un discurso atareado en negarlo todo y en negarse, en desmentir sus prestigios, su fundamento y su alcance, su *verosimilitud* misma? ¿No es el escribir una tarea afirmativa siempre, de un modo u otro, apologética incluso en la mayoría de los casos? ¿Cómo se compagina la escritura con la demolición radical, que nada respeta ni propone en lugar de lo demolido, que no se reclama de tal o cual tendencia, ni quisiera ver triunfante cosa alguna sobre las borradas ruinas de las anteriores; cómo se compagina el texto con las lágrimas, las palabras con los suspiros, el discurso racional con el punto de vista de la piedra o de la planta? ¿Es concebible un pensamiento que se ve a sí mismo como una empresa imposible o ridícula, inevitablemente falaz en el justo momento de reconocerse su verdad? Estas son algunas de las más urgentes preguntas que se plantean al hilo de la lectura de Samuel Beckett o de E. M. Cioran. La respuesta no puede venir de un exterior que las obras de esos autores niegan: es preciso volver al interior del texto mismo, reincidir en la pregunta, convencerse de que *dentro* tampoco hay nada. Leer a

Beckett o a Cioran es reasumir, una y otra vez, la experiencia de la *vaciedad*.

Lo que hay que decir es que siempre se dice demasiado: «tout langage est un écart de langage» (Beckett). La multiplicidad de los discursos, informativos o edificantes, persuasivos, entusiasmados o curiosos, tiene algo de nauseabundo. El hombre es un animal ávido de creencias, de seguridades, de paliativos, y consigue todo eso merced al lenguaje. Pero sus creencias son deleznables, sus seguridades ilusorias, sus paliativos risibles: ¿por qué no decirlo así? Una vez que por azar o improbable ejercicio se ha conquistado la lucidez, la condición enemiga de las palabras, nada puede ya decirse, excepto lo que revele la oquedad del lenguaje de los otros, frente al que el discurso del escéptico es pleno, pues asume su vacío como contenido, mientras que los demás discursos, pretendidamente llenos de sustancia, se edifican sobre la ignorancia de su hueco. Pero, ¿qué propósito puede tener proclamar la inanidad que acecha tras las palabras, salvo excluir al escéptico de la condición de engañado, de drogado por el humo verbal, excluirle de la condición humana, en suma? Por encima o por debajo de los hombres, quien conoce la mentira de las palabras y su promesa nunca puede volver a contarse entre ellos. Será una roca que no se ignora, un árbol que se sospecha o un dios consciente de que no existe: un hombre, jamás.

«El escepticismo es un ejercicio de desfascinación» (Cioran): el pensamiento escéptico desarticula el montaje verbal que enfatiza, para bien o para mal, la raida realidad de las cosas: «Saber desmontar el mecanismo de todo, puesto que todo es mecanismo, conjunto de artificios, de trucos, o, para emplear una palabra más honrosa, de operaciones; dedicarse a los resortes, meterse a relojero,

ver *dentro*, dejar de estar engañado, esto es lo que cuenta a sus ojos», dijo Cioran de Valéry y aun mejor podría haberlo dicho de él mismo. Pasión por el despedazamiento intelectual del objeto del pensamiento, por la disección amarga o regocijada, tanto da, de lo *vigente*; nada debe quedar a salvo de la crítica, pues en caso contrario ésta se convertiría en velada apología de lo otro, lo no analizado: si Cioran ensalza a los emperadores de la decadencia, es frente al opaco asesino sin imaginación que detenta en nuestros días el poder; si jura, nostálgico, por Zeus o por la curvilínea Venus, lo hace sólo por interés blasfemo frente al triunfante Crucificado; ensalzará al suicida contra quien jamás puso en entredicho la obligación de existir y su reticente apología del éxtasis es sólo una forma de flagelar la sosería sin sangre de la vida funcional. Nada se propone, nada se recomienda: Cioran sabe que si se asiente a Nerón o a Juliano no puede rechazarse al modesto funcionario gubernamental en quien hoy perviven, sin placer ni entusiasmo, los crímenes antiguos; la Historia se acepta o se rechaza en bloque, pues toda discriminación valorativa es sólo una forma especial de confusión o de complacencia en la confusión. Por eso, las exhortaciones positivas de Cioran son siempre irónicas; cuando recomienda algo es siempre lo imposible o lo execrable. La perplejidad resultante no es un accidente en el camino sino la meta misma del caminar, la única consecuencia del pensamiento que puede ser llamada, sin infamia, «lógica».

Lo que Cioran dice es lo que todo hombre piensa en un momento de su vida, al menos en uno, cuando reflexiona sobre las Grandes Voces que sustentan y posibilitan su existencia; pero lo que suele ser pasado por alto es que la verosimilitud del discurso de Cioran, el que sea concebible, siquiera momentáneamente, compromete inagotablemente

el tejido lingüístico que nos mece. Si tales cosas pueden ser pensadas una vez en la vida, *tienen* que ser ciertas: una realidad que se precie no puede sobrevivir a tales apariencias. Basta que puedan ser pensadas, para que *sean*. ¿En qué puede fundarse la fe, la alborada del espíritu, cuando ya han sido dichas tales cosas?

Las palabras se han mostrado ya como vacías o podridas; por un momento, hemos visto, inapelablemente, lo que alienta tras esas voces consagradas: «justicia», «verdad», «Inmortalidad», «Dios», «Humanidad, «Amor», etc..., ¿cómo podríamos de nuevo repetirlas con buen ánimo, sin consentir vergonzosamente en el engaño? Las diremos, sí, una y otra vez, pero recomidos de inseguridad, azorados por el recuerdo de un lúcido vislumbre, que en vano trataremos de relegar al campo de lo delirante; la verdad *peor*, una vez entrevista, emponzoña y desasosiega por siempre la concepción del mundo a cuyo placentario amparo quisimos vivir. ¡Lucidez, gotera del alma...

La mirada desesperanzada sobre el hombre y las cosas, la repulsa de los fastos administrativos que tratan de paliar la vaciedad de cualquier actividad humana, el sarcasmo sobre la pretendida extensión y profundidad del conocimiento científico, la irrisoria sublimidad del amor, biología ascendida a las estrellas por obra y gracia de los «chansonnier» de ayer y hoy, nuestra vocación —la de todo viviente— al dolor, al envejecimiento y a la muerte: todos estos temas los comparte Cioran con los predicadores de todas las épocas, los fiscales del mundo, quienes recomiendan abandonarlo en pos de la gloria de otro triunfal e imperecedero, o de una postura ética, de apatía y renuncia, más *digna*. ¿Es, pues, Cioran un moralista? Lo primeramente discernible en su visión de las cosas es el *desprecio*, y esto parece abundar en tal sentido; pero

podríamos decir, con palabras que Santayana escribió pensando en otros filósofos, que «el deber de un auténtico moralista hubiera sido, más bien, distinguir, por entre esa perversa o turbia realidad, la parte digna de ser amada, por pequeña que fuese, eligiéndola de entre el remanente despreciable». Junto al desprecio, el moralista incuba dentro de él algún amor desesperado y no correspondido, rabioso: ama la serenidad, la compasión, la apatía, el deber o el nirvana: ama una virtud, una postura, una resolución. Salva, de la universal inmundicia, un *gesto*. Cioran no condesciende a ninguna palinodia; jamás recomienda.

Quizá prefiriese en ciertos momentos, la condición vegetativa a la animal, pero no con el ademán de *dignidad ofendida* del moralista que gruñe: «La condición humana es una estafa, burlémosla haciéndonos vegetales», sino con irónico distanciamiento: «Señor juez, señor arzobispo, admirado filósofo, ¿no sería mejor, a fin de cuentas, aun a costa de la fachenda, ser cardo o coliflor?»

No tiene Cioran vocación de curandero, de saludador: no puede ser moralista. Lo que le importa, lo que se le impone, por un retortijón incontrolable de sus vísceras, es aliviarse del nebuloso malestar que le recome y diferencia, utilizando para ello la escritura: «Por mí, los problemas del cosmos y las teorías técnicas podían resolverse solos o como quisieran, o como acordaran resolverlos, en aquel momento, las autoridades en la materia. Mi gozo se hallaba más bien en la expresión, en la reflexión, en la ironía» (Santayana). Expresión, reflexión, ironía: aquí está la obra de E. M. Cioran. Expresar, debatirse de la íntima sensibilidad, muda y gástrica, hacia la objetivación; esculpir en la blanda inflexibilidad de la palabra la efigie del monstruo privado, de nuestra *verdad*; hablar de lo ciego, de lo roto, dar voz a lo que no puede tenerla, nombrar lo inmencionable. Sin

objetivo, sin oyente quizá, sin intentar persuadir —¿de qué?, ¿a quién?, ¿por qué?—, en la expresa renuncia al sistema, a la Verdad incluso, sobre todo a la Verdad. «Hablar por hablar es la única liberación» (Novalis).

Un ejercicio tan torvo, tan improbable, debería suscitar la risa: la risa preventiva, azorada, de quien trata de evitar que un discurso demasiado serio sea tomado en serio, pero también la risa liberadora de quien por fin se *atreve* a saber. No es el severo ropón académico, la lúgubre máscara de quien lleva en sus hombros el peso teórico del mundo (lo que dice más en favor de los hombros que del peso teórico, naturalmente), lo que sienta bien a la revelación nihilista: dejemos eso para quien tiene el Sistema —y por lo tanto, el Orden— de su lado. Pongámonos del lado de la risa, de la sonrisa inspirada, al borde del estallido, de la carcajada refrenada en estilo: en esto está la maestría del de Cioran. La risa alzada sobre, al borde, en torno de lo que la desmiente. Precisemos: no se trata de la risa nietszcheana, aún (o ya) no: la opinión de que los textos de Cioran son la prolongación contemporánea de los del solitario de Sils-Maria necesitaría tales precisiones y comentarios que expresado en la cruda forma en que lo formula Susan Sontag, apenas puede compartirse. Hay muchas clases de risa, pero todas distan de ser igualmente estimables, igualmente *sanas*: «De todas las risas que hablando propiamente no son tales, sino que más bien reemplazan al aullido, sólo tres a mi juicio merecen detenerse sobre ellas, a saber: la amarga, la de dientes a fuera y la sin alegría. Corresponden a —¿cómo decirlo?— a una excoriación progresiva del entendimiento y el paso de una a otra es el paso de lo menos a lo más, de lo inferior a lo superior, de lo exterior a lo interior, de lo grosero a lo sutil, de la materia a la forma. La risa amarga ríe de lo que no es bueno, es la risa

ética. La risa de dientes afuera ríe de lo que no es verdadero, es la risa judicial. ¡Lo que no es bueno! ¡Lo que no es verdadero! ¡En fin! Pero la risa sin alegría es la risa noética, por este gruñido —¡ja!—, así, es la risa de las risas, la risus purus, la risa que se ríe de la risa, homenaje estupefacto a la broma suprema, en resumen, la risa que se ríe —silencio, por favor— de lo desdichado» (Samuel Beckett). El humor rescata a Cioran del sermón de los ejercicios espirituales, con lívidos decorados de Loyola, del «no somos nadie», funeral de quien no se hubiera atrevido a decir eso mismo en vida del difunto o de su propia vida; el humor le salva de cualquier tipo de *unción*, y garantiza que la lucidez crítica del discurso no prescinde de volverse contra su misma empresa, que la lucidez tiene mucho de opaca y la risa también es risible. El humor preserva y confirma la *reversibilidad* del discurso, su circularidad; lo que puede volver sobre sí mismo, lo que necesaria —libremente— por azar retorna, escapa a lo dogmático: la ironía nos resguarda de la Iglesia.

Tarea intelectual incalificable la de Cioran: no se deja etiquetar a la primera y la división del trabajo no puede por menos de resentirse. En realidad, ningún género se le ajusta convincentemente: a lo que más podría parecerse es a los manuales de meditación o a los libros de horas: libro de horas del horror, de la infinita finitud de las horas... Pero sería demasiado tranquilizador, amparándose en el elegante clasicismo de un estilo, confinarle definitivamente en el campo de lo «puramente literario», en la acepción filistea que los profesionales de la filosofía y de la ciencia suelen dar a estas palabras, significando con ellas lo perteneciente en último término a lo venial y recreativo, lo alejado de la «dura realidad de la vida», ejercicio propio de quienes no alcanzan —esto no suele llegar a decirse— las severas

glorias de la matemática, el laboratorio y el Sistema. Pongamos —¿solo por afán de provocar?— que lo que hace Cioran es *verdadera* filosofía, con tanto derecho a ser llamada tal como lo tenía la de Diógenes frente a la de Platón. La historia de la filosofía la han escrito los sistemáticos: urge una apología del sofista. ¿Y si la Verdad está del lado de los que renunciaron *expresamente* a ella? El Sistemático-científico insistirá en el carácter subjetivo del discurso fragmentario de Cioran: «Tu lo ves todo negro, aquél puede verlo todo color de rosa, con la misma razón. Sólo el Sistema da cuenta de una y otra postura.» Pero también el Sistema es una postura, de la que pueden dar cuenta Cioran o los sofistas.

Al sistemático se le escapa el carácter de opción que tiene todo sistema, el *punto de vista subjetivo* que le da origen; el escéptico es muy consciente, en cambio, de este inicio azaroso. El Sistema acusará a Cioran de contradicciones, de incoherencia, de escribir cada fragmento como si no hubiera escrito nada más; pero la coherencia que él busca es otra que la de la sencilla solidaridad de las palabras domesticadas: azuzando unas palabras contra otras pretende más bien la plena liberación de las *fuerzas* que las palabras ocultan o postergan. No se trata de edificar un castillo conceptual en el que refugiar nuestros sueños, las esperanzas sin las que no queremos perdurar: por demasiado tiempo ésta ha sido considerada la misión de la filosofía, pero «el pensamiento es destrucción en su esencia. Más exactamente, en su principio. Se piensa, se comienza a pensar, para romper las ligaduras, disolver las afinidades, comprometer la armazón de "lo real". Sólo después, cuando el trabajo de zapa está muy avanzado, el pensamiento se domina y se insurge contra su movimiento natural» (Cioran).

Pensador ahistórico, espléndidamente aislado, sin escuela ni progenie, la figura de E.M. Cioran aparece con creciente frecuencia en el Mar de los Sargazos de la cultura contemporánea: «the king of pessimists» le bautiza, en su inefable estilo, *Time*; Susan Sontag comienza con citas suyas una película (bastante mediocre), presentada en Cannes en 1971, y hace sobre él entusiastas declaraciones a la prensa; uno de sus libros, *La chute dans Ie Temps*, alcanza cierto éxito en Estados Unidos, aunque Cioran advierte: «como todo éxito, se trata de un malentendido»; se repiten sus aforismos, para dar peso sentencioso a artículos periodísticos con pretensiones de sublimidad (peligro máximo de Cioran: lo fácil y brillantemente que se le puede *citar*). No le busquéis en las obras de los filósofos profesionales, ni en las historias de la filosofía (una excepción: Ferrater le cita en su *Diccionario filosófico*, en la bibliografía del artículo «nihilismo»). Sus obras son contemporáneas de las de Sartre o Camus, pero nadie se atrevería a incluirle en el existencialismo francés: los galimatías de la esencia y la existencia son demasiado *alemanes* para él... Como Georges Bataille, como Clément Rosset, E. M. Cioran es miembro de la «sombra» (en el sentido en que emplea la expresión Eugenio Trías) de la filosofía oficial francesa de nuestros días; hacia esta sombra se van volviendo muchos ojos, fatigados del relumbrón de tantos alamares y charreteras.

De todos los países de Europa, el predilecto de Cioran, su obsesión, su límite y su infierno, es España. Leyéndole, se hace necesario que tal cosa como España exista. En mística y en blasfemias, en fanatismo, sangre, ímpetu y desesperanza, en azar y fatalismo, tenemos las raíces más largas y más hondas: hemos llevado a su límite la

experiencia de vivir, hemos trasgredido los límites.. . Nuestro castigo es aleccionador.

Le llamé en algún sitio «nihilista» y me repuso: «No estoy muy seguro de ser nihilista. Soy más bien un escéptico al que tienta, de cuando en cuando, otra cosa que la duda».

Así se ve él y quizá así debamos verle nosotros. Este es un libro que nunca se acaba de leer; al cerrarlo, uno se repite: «El Arbol de la Vida no conocerá ya primavera: es madera seca; de él, harán ataúdes para nuestros huesos, nuestros sueños y nuestros dolores.» Y luego: ¿ahora qué? Ahora. Qué.

Madrid, 15 de julio de 1971.

Breviario de podredumbre

I'll join with black despair against my soul,
and to myself become an enemy.

SHAKESPEARE, Richard III

Genealogía del fanatismo

En sí misma, toda idea es neutra o debería serlo; pero el hombre la anima, proyecta en ella sus llamas y sus demencias; impura, transformada en creencia, se inserta en el tiempo, adopta figura de suceso: el paso de la lógica a la epilepsia se ha consumado...

Así nacen las ideologías, las doctrinas y las farsas sangrientas.

Idólatras por instinto, convertimos en incondicionados los objetos de nuestros sueños y de nuestros intereses. La historia no es más que un desfile de falsos Absolutos, una sucesión de templos elevados a pretextos, un envilecimiento del espíritu ante lo Improbable. Incluso cuando se aleja de la religión el hombre permanece sujeto a ella; agotándose en forjar simulacros de dioses, los adopta después febrilmente: su necesidad de ficción, de mitología, triunfa sobre la evidencia y el ridículo. Su capacidad de adorar es responsable de todos sus crímenes: el que ama indebidamente a un dios obliga a los otros a amarlo, en espera de exterminarlos si rehúsan. No hay intolerancia, intransigencia ideológica o proselitismo que no revelen el fondo bestial del entusiasmo. Que pierda el hombre su *facultad de indiferencia*: se convierte en asesino virtual; que transforme su idea en dios: las consecuencias son

incalculables. No se mata más que en nombre de un dios o de sus sucedáneos: los excesos suscitados por la diosa Razón, por la idea de nación, de clase o de raza son parientes de los de la Inquisición o la reforma. Las épocas de fervor sobresalen en hazañas sanguinarias: Santa Teresa no podía por menos de ser contemporánea de los autos de fe y Lutero de la matanza de los campesinos. En las crisis místicas, los gemidos de las víctimas son paralelos a los gemidos del éxtasis... Patíbulos, calabozos y mazmorras no prosperan más que a la sombra de una fe, de esa necesidad de creer que ha infestado el espíritu para siempre. El diablo palidece junto a quien *dispone* de una verdad, de *su* verdad.

Somos injustos con los Nerones o los Tiberios: ellos no inventaron el concepto de *herético*: no fueron sino soñadores degenerados que se divertían con las matanzas.

Los verdaderos criminales son los que establecen una ortodoxia sobre el plano religioso o político, los que distinguen entre el fiel y el cismático.

En cuanto nos rehusamos a admitir el carácter intercambiable de las ideas, la sangre corre... Bajo las resoluciones firmes se yergue un puñal; lo ojos llameantes presagian el crimen. Jamás el espíritu dubitativo, aquejado del hamletismo, fue pernicioso: el principio del mal reside en la tensión de la voluntad, en la ineptitud para el quietismo, en la megalomanía prometeica de una raza que revienta de ideal, que estalla bajo sus convicciones y la cual, por haberse complacido en despreciar la duda y la pereza —vicios más nobles que todas sus virtudes—, se ha internado en una vía de perdición, en la historia, en esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis... Las certezas abundan en ella: suprimidlas y suprimiréis sobre todo sus consecuencias: reconstituiréis el paraíso. ¿Qué es la Caída sino la búsqueda de una verdad y la certeza de haberla

encontrado, la pasión por un dogma, el establecimiento de un dogma? De ello resulta el fanatismo —tara capital que da al hombre el gusto por la eficacia, por la profecía y el terror —, lepra lírica que contamina las almas, las somete, las tritura o las exalta... No escapan más que los escépticos (o los perezosos y los estetas), porque no *proponen* nada, porque —verdaderos bienhechores de la humanidad— destruyen los prejuicios y analizan el delirio. Me siento más *seguro* junto a un Pirrón que junto a un San Pablo, por la razón de que una sabiduría de humoradas es más dulce que una santidad desenfrenada. En un espíritu ardiente encontramos la bestia de presa disfrazada; no podríamos defendernos demasiado de las garras de un profeta... En cuanto eleve la voz, sea en nombre del cielo, de la ciudad o de otros pretextos, alejaos de él: sátiro de vuestra soledad, no os perdona el vivir *más acá* de sus verdades y sus arrebatos; quiere haceros compartir su histeria, su bien, imponérosla y desfiguraros. Un ser poseído por una creencia y que no buscase comunicársela a otros es un fenómeno extraño a la tierra, donde la obsesión de la salvación vuelve la vida irrespirable. Mirad en torno a vosotros: Por todas partes larvas que predican; cada institución traduce una misión; los ayuntamientos tienen su absoluto como los templos; la administración, con sus reglamentos —metafísica para uso de monos...— Todos se esfuerzan por remediar la vida de todos: aspiran a ello hasta los mendigos, incluso los incurables; las aceras del mundo y los hospitales rebosan de reformadores. El ansia de llegar a ser fuente de *sucesos* actúa sobre cada uno como un desorden mental o una maldición elegida. La sociedad es un infierno de salvadores. Lo que buscaba Diógenes con su linterna era un *indiferente*...

Me basta escuchar a alguien hablar sinceramente de ideal, de porvenir, de filosofía, escucharle decir «nosotros», con una inflexión de seguridad, invocar a los «otros» y sentirse su intérprete, para que le considere mi enemigo. Veo en él un tirano fallido, casi un verdugo, tan odioso como los tiranos y verdugos de gran clase. Es que toda fe ejerce una forma de terror, tanto más temible cuanto que los «puros» son sus agentes. Se sospecha de los ladinos, de los bribones, de los tramposos; sin embargo, no sabríamos imputarles ninguna de las grandes convulsiones de la historia; no creyendo en nada, no hurgan vuestros corazones, ni vuestros pensamientos más íntimos; os abandonan a vuestra molicie, a vuestra desesperación o a vuestra inutilidad; la humanidad les debe los pocos momentos de prosperidad que ha conocido; son ellos los que salvan a los pueblos que los fanáticos torturan y los «idealistas» arruinan. Sin doctrinas, no tienen más que caprichos e intereses, vicios acomodaticios, mil veces más soportables que el despotismo de los principios; porque todos los males de la vida vienen de una «concepción de la vida». Un hombre político cumplido debería profundizar en los sofistas antiguos y tomar lecciones de canto; y de corrupción...

El fanático es incorruptible: si mata por una idea, puede igualmente hacerse matar por ella; en los dos casos, tirano o mártir, es un monstruo. No hay seres más peligrosos que los que han sufrido por una creencia: los grandes perseguidores se reclutan entre los mártires a los que no se ha cortado la cabeza. Lejos de disminuir el apetito de poder, el sufrimiento lo exaspera; por eso el espíritu se siente más a gusto en la sociedad de un fanfarrón que en la de un mártir; y nada le repugna tanto como ese espectáculo donde se muere por una idea... Harto de lo sublime y de

carnicerías, sueña con un aburrimiento provinciano *a escala universal*, con una Historia cuyo estancamiento sería tal que la duda se dibujaría como un acontecimiento y la esperanza como una calamidad...

El anti-profeta

En todo hombre dormita un profeta, y cuando se despierta hay un poco más de mal en el mundo... La locura de predicar está tan anclada en nosotros que emerge de profundidades desconocidas al instinto de conservación. Cada uno espera *su* momento para proponer algo: no importa el qué. Tiene una voz: eso basta. Pagamos caro no ser sordos ni mudos...

De los desharrapados a los snobs, todos gastan su generosidad criminal, todos distribuyen recetas de felicidad, todos quieren dirigir los pasos de todos: la vida en común se hace intolerable y la vida consigo mismo más intolerable todavía: cuando no se interviene en los asuntos de los otros, se está tan inquieto de los propios que se convierte al «yo» en religión o, apóstol invertido, se le niega: somos víctimas del juego universal...

La abundancia de soluciones a los aspectos de la existencia sólo es igualada por su futilidad. La Historia: Manufactura de ideales... , mitología lunática... frenesí de hordas y de solitarios, rechazo de aceptar la realidad tal cual es, sed mortal de ficciones...

La fuente de nuestros actos reside en una propensión inconsciente a considerarnos el centro, la razón y el resultado del tiempo. Nuestros reflejos y nuestro orgullo transforman en planeta la parcela de carne y de conciencia que somos. Si tuviéramos el justo sentido de nuestra

posición en el mundo, si *comparar* fuera inseparable de *vivir*, la revelación de nuestra ínfima presencia nos aplastaría. Pero vivir es cegarse sobre sus propias dimensiones...

Si todos nuestros actos, desde la respiración hasta la fundación de imperios o de sistemas metafísicos, derivan de una ilusión sobre nuestra importancia, con mayor razón aún el instinto profético. ¿Quién, con la exacta visión de su nulidad, intentaría ser eficaz y erigirse en salvador?

Nostalgia de un mundo sin «ideal», de una agonía sin doctrina, de una eternidad sin vida... El Paraíso... Pero no podríamos existir un instante sin engañarnos: el profeta en cada uno de nosotros es el rasgo de locura que nos hace prosperar en nuestro vacío.

El hombre idealmente lúcido, luego idealmente *normal*, no debería tener ningún recurso fuera de la *nada* que está en él... Me parece oírle: «Desgajado del fin, de todos los fines, no conservo de mis deseos y mis amarguras sino las fórmulas. Habiendo resistido a la tentación de sacar conclusiones, he vencido al espíritu, como he vencido a la vida por el horror a buscarle una solución. El espectáculo del hombre —¡qué vomitivo! El amor—, un encuentro de dos salivas... Todos los sentimientos extraen su absoluto de la miseria de las glándulas. No hay nobleza sino en la negación de la existencia, en una sonrisa que domina paisajes aniquilados. (En otro tiempo, tuve un «yo», ahora no soy más que un objeto. Me atraco de todas las drogas de la soledad; las del mundo fueron demasiado débiles para hacérmela olvidar. Habiendo matado el profeta en mí, ¿cómo conservaré aún un sitio entre los hombres?)».

En el cementerio de las definiciones

Tenemos fundamento para imaginarnos un espíritu gritando: «Todo carece para mí ya de objeto, pues he dado las definiciones de todas las cosas»? Y si podemos imaginarlo, ¿cómo situarlo en la duración?

Soportamos tanto mejor lo que nos rodea porque le damos un nombre y nos desentendemos de ello. Pero abarcar una cosa con una definición, sea lo arbitraria que sea —y tanto más grave resulta cuanto más arbitraria, pues el alma se adelanta entonces al conocimiento—, es rechazarla, volverla insípida y superflua, aniquilarla. El espíritu ocioso y vacante —y que no se integra en el mundo más que a favor del sueño—, ¿en qué podría atarearse sino en ensanchar los nombres de las cosas, en vaciarlos, y en substituirlos por fórmulas? Después evoluciona sobre escombros; no más sensaciones; sólo recuerdos. Bajo cada fórmula yace un cadáver: el ser o el objeto mueren bajo el pretexto al que dieron lugar. Es el desenfreno frívolo y fúnebre del espíritu. Y ese espíritu se ha derrochado en lo que ha nombrado y circunscrito.

Enamorado de los vocablos, odiaba los misterios de los silencios pesados y los volvía ligeros y puros: y él mismo llegó a ser ligero y puro, puesto que aligerado y purificado de todo. El vicio de definir ha hecho de él un asesino gracioso y una víctima discreta.

Y es así como se ha borrado la mancha que el alma extendía sobre el espíritu y que era lo único que le recordaba que estaba vivo.

Civilización y frivolidad

¿Cómo soportaríamos la masa y la profundidad gastada de las obras y de las obras maestras, si espíritus

impertinentes y deliciosos no hubieran añadido a su trama las franjas de un desprecio sutil y de primaverales ironías? Y ¿cómo podríamos soportar los códigos, las costumbres, los párrafos del corazón que la inercia y el bienestar han superpuesto a los vicios inteligentes y fútiles, si no existieran esos seres regocijantes cuyo refinamiento coloca juntamente en las cumbres y al margen de la sociedad?

Es preciso estar agradecidos a las civilizaciones que no han abusado de lo serio, que han jugado con los valores y que se han deleitado en engendrarlos y destruirlos. ¿Se conoce fuera de las civilizaciones griega y francesa una demostración más lúcidamente festiva de la elegante nada de las cosas? El siglo de Alcibíades y el siglo XVIII francés son dos fuentes de consuelo. Mientras que no es hasta su último estado, hasta la disolución de todo un sistema de creencias y costumbres, cuando las otras civilizaciones pudieron gustar del ejercicio alegre que presta un sabor de inutilidad a la vida. En plena madurez, en plena posesión de sus fuerzas y de su porvenir, esos dos siglos conocieron el hastío despreocupado de todo y permeable a todo. ¿Hay mejor símbolo de esto que Madame Deffand, vieja, ciega y clarividente, que, aun execrando la vida, gusta sin embargo de los recreos de la amargura?

Nadie alcanza de buenas a primeras la frivolidad. Es un privilegio y un arte; es la búsqueda de lo superficial por aquellos que habiendo advertido la imposibilidad de toda certeza, han adquirido asco por ella; es la huida lejos de esos abismos naturalmente sin fondo que no pueden llevar a ninguna parte.

Quedan, sin embargo, las apariencias: ¿por qué no alzarlas al nivel de un *estilo*? Esto es lo que permite definir a toda época inteligente. Se llega a conceder más prestigio a la expresión que al alma que la sustenta, a la gracia que a

la intuición; la emoción misma se vuelve cortés. El ser entregado a sí mismo, sin ningún prejuicio de elegancia, es un monstruo; no encuentra en sí más que zonas obscuras, donde rondan, inminentes, el terror y la negación. Saber, con toda su vitalidad, que uno se muere y no poder ocultarlo, es un acto de barbarie. Toda filosofía *sincera* reniega de los títulos de la civilización, cuya función consiste en tamizar nuestros secretos y disfrazarlos de efectos buscados. Así, la frivolidad es el antídoto más eficaz contra el mal de ser lo que se es: merced a ella engañamos al mundo y disimulamos la inconveniencia de nuestras profundidades. Sin sus artificios, ¿cómo no enrojecer de tener un alma? Nuestras soledades a flor de piel, ¡qué infierno para los otros! Pero es siempre para ellos y a veces para nosotros mismos para quien inventamos nuestras apariencias...

Desaparecer en Dios

El espíritu que cuida su esencia distinta está amenazado a cada paso por las cosas a las que se rehúsa. Cuando la atención —el más grande de sus privilegios— le abandona, cede a las tentaciones de las que ha querido huir, o se hace presa de misterios impuros... ¿Quién no conoce esos miedos, esos estremecimientos, esos vértigos que nos aproximan a la bestia y a los problemas postreros? Nuestras rodillas tiemblan sin doblarse; nuestras manos se buscan sin juntarse; nuestros ojos se elevan y no divisan nada... Conservamos este orgullo vertical que reafirma nuestro valor; este horror de los gestos que nos preserva de las efusiones; y el socorro de los párpados para cubrir miradas ridículamente inefables. Nuestro desliz está próximo, pero

no es inevitable; el accidente curioso, pero nada nuevo; una sonrisa apunta ya en el horizonte de nuestros terrores... , no nos desplomaremos en la oración... Pues, a fin de cuentas, *El* no debe triunfar; su mayúscula debe ser comprometida por nuestra ironía; los escalofríos que dispensa, que sean disueltos por nuestro corazón.

Si verdaderamente tal ser existiese, si nuestras debilidades primasen sobre nuestras resoluciones y nuestras profundidades sobre nuestros exámenes, entonces ¿por qué pensar todavía, si nuestras dificultades estarían ya resueltas, nuestras interrogaciones suspendidas y nuestros espantos apaciguados? Sería demasiado fácil. Todo absoluto —personal o abstracto— es una forma de escamotear los problemas; y no sólo los problemas, sino también su raíz, que no es otra que un pánico de los sentidos.

Dios: caída perpendicular sobre nuestro espanto, salvación cayendo como un rayo en medio de nuestras búsquedas que ninguna esperanza engaña, anulación sin paliativos de nuestro orgullo desconsolado y voluntariamente inconsolable, encaminamiento del individuo por un apartadero, paro del alma por falta de inquietudes...

¿Qué mayor renuncia que la fe? Es cierto que sin ella uno se aventura en una infinidad de callejones sin salida. Pero incluso sabiendo que nada puede llevar a nada, que el universo es solamente un subproducto de nuestra tristeza, ¿por qué sacrificaríamos ese placer de tropezar y rompernos la cabeza contra la tierra y el cielo?

Las soluciones que nos propone nuestra cobardía ancestral son las peores deserciones a nuestro deber de decencia intelectual. Equivocarse, vivir y morir engañados, he ahí lo que hacen los hombres. Pero existe una dignidad

que nos preserva de desaparecer en Dios y que transforma todos nuestros instantes en oraciones que jamás haremos.

Variaciones sobre la muerte

I. Porque no reposa sobre nada, porque carece hasta de la sombra misma de un argumento, es por lo que perseveramos en la vida. La muerte es demasiado exacta; todas las razones se encuentran de su lado. Misteriosa para nuestros instintos, se dibuja, ante nuestra reflexión, límpida, sin prestigios y sin los falsos atractivos de lo desconocido.

A fuerza de acumular misterios nulos y de monopolizar el sinsentido, la vida inspira más espanto que la muerte: es ella la gran Desconocida.

¿A dónde puede llevar tanto de vacío e incomprensible? Nos aferramos a los días porque el deseo de morir es demasiado lógico, por tanto ineficaz. Porque si la vida tuviese un solo argumento a su favor —distinto, de una evidencia indiscutible— se aniquilaría; los instintos y los prejuicios se desvanecen al contacto con el Rigor. Todo lo que respira se alimenta de lo inverificable; un suplemento de lógica sería funesto para la existencia —esfuerzo hacia lo Insensato... Dad un fin preciso a la vida: pierde instantáneamente su atractivo. La inexactitud de sus fines la vuelve superior a la muerte; un ápice de precisión la rebajaría a la trivialidad de las tumbas. Pues una ciencia positiva del sentido de la vida despoblaría la tierra en un día; y ningún frenético lograría reanimar la improbabilidad fecunda del deseo.

II. Se puede clasificar a los hombres siguiendo los criterios más caprichosos: según sus humores, sus

inclinaciones, sus sueños o sus glándulas. Se cambia de ideas como de corbatas; pues toda idea, todo criterio viene de lo exterior, de las configuraciones y de los accidentes del tiempo. Pero hay algo que viene de nosotros mismos, que *es* nosotros mismos, una realidad invisible, pero interiormente verificable, una presencia insólita y de siempre, que puede concebirse en todo instante y que no nos atrevemos jamás a admitir, y que no tiene actualidad más que antes de su consumación: es la muerte, el verdadero criterio... Y es ella, la más íntima dimensión de todos los vivientes. La que separa la humanidad en dos órdenes tan irreductibles, tan alejados el uno del otro, que hay más distancia entre ellos que entre un buitre y un topo, que entre una estrella y un escupitajo. El abismo de dos mundos incomunicables se abre entre el hombre que tiene el sentimiento de la muerte y el que no lo tiene; sin embargo, los dos mueren; pero uno ignora su muerte, el otro la sabe; el uno no muere más que un instante, el otro no cesa de morir... Su condición común les coloca precisamente en las antípodas el uno del otro; en los dos extremos y en el interior de una misma definición; inconciliables, sufren el mismo destino... El uno vive como si fuera eterno; el otro piensa continuamente su eternidad y la niega en cada pensamiento.

Nada puede cambiar nuestra vida salvo la insinuación progresiva en nosotros de las fuerzas que la anulan. Ningún principio nuevo le adviene ni de las sorpresas de nuestro crecimiento ni del florecimiento de nuestros dones; le son naturales. Y nada natural sabría hacer de nosotros otra cosa que nosotros mismos.

Todo lo que prefigura la muerte añade una cualidad de novedad a la vida, la modifica y la amplía. La salud la conserva tal cual, en una estéril identidad; mientras que la enfermedad es una actividad, la más intensa que el hombre

pueda desplegar, un movimiento frenético y... estacionario, el más rico derroche de energía sin gestos, la espera hostil y apasionada de una fulguración irreparable.

III. Contra la obsesión de la muerte, los subterfugios de la esperanza se declaran tan ineficaces como los argumentos de la razón: su insignificancia no hace sino exacerbar el apetito de morir. Para triunfar sobre este apetito no hay más que un solo «método»: vivirlo hasta el fin, sufriendo todas sus delicias y sus espantos, no hacer nada por eludirlos. Una obsesión vivida hasta la saciedad se anula en sus propios excesos. De tanto hacer hincapié sobre el infinito de la muerte, el pensamiento llega a *gastarlo*, a asquearnos de él, negatividad demasiado llena que no ahorra nada y que, más bien que comprometer y disminuir los prestigios de la muerte, nos desvela la inanidad de la vida.

Quien no se ha entregado a las voluptuosidades de la angustia, quien no ha saboreado en el pensamiento los peligros de la propia extinción ni gustado aniquilamientos crueles y dulces, no se curará jamás de la obsesión de la muerte: será atormentado por ella, por haberla resistido; mientras que quien, experto en una disciplina de horror, y meditando en su podredumbre, se ha reducido deliberadamente a cenizas, ese mirará hacia el *pasado* de la muerte y el mismo no será sino *un resucitado que ya no puede vivir*. Su «método» le habrá curado de la vida y de la muerte.

Toda experiencia capital es nefasta: las capas de la existencia carecen de espesor; quien las holla, arqueólogo del corazón y del ser, se encuentra, al final de sus investigaciones, ante profundidades vacías. Echará de menos vanamente el ornato de las apariencias.

Así es como los Misterios antiguos, pretendidas revelaciones de los secretos últimos, han pasado sin legarnos nada en materia de conocimiento. Los iniciados sin duda estaban obligados a no transmitir nada; es, sin embargo, inconcebible que en tan gran número no se haya encontrado un solo charlatán; ¿qué hay de más contrario a la naturaleza humana que tal obstinación en el secreto? Lo que ocurre es que no había *secretos*; había ritos y estremecimientos. Una vez apartados los velos, ¿qué podían descubrir sino abismos sin importancia? *No hay iniciación más que a la nada y al ridículo de estar vivo*.

...Y yo sueño con una Eleusis de corazones desengañados, con un Misterio neto, sin dioses y sin la vehemencia de la ilusión.

Al margen de los instantes

Es la imposibilidad de llorar la que conserva en nosotros el gusto por las cosas y las hace existir todavía: impide que agotemos su sabor y nos apartemos de ellas. Cuando, por tantas carreteras y orillas, nuestros ojos rehúsan ahogarse en sí mismos, preservan con su sequedad el objeto que los maravillaba. Nuestras lágrimas despilfarran la naturaleza, como nuestros trances a Dios... Pero finalmente nos despilfarran a nosotros mismos. Pues nosotros no *somos* más que por la renuncia a dar libre curso a nuestros deseos supremos: las cosas que entran en la esfera de nuestra admiración o de nuestra tristeza no permanecen en ella más que porque no las hemos sacrificado o bendito con nuestros adioses líquidos.

...Y es así como después de cada noche, encontrándonos ante un nuevo día, la irrealizable necesidad de llenarlo nos

colma de espanto; y, exilados en la luz, como si el mundo acabase de conmoverse, de inventar su Astro, huimos las lágrimas, una sola de las cuales bastaría para desposeernos del tiempo.

Desarticulación del tiempo

Los instantes se siguen los unos a los otros: nada les presta la ilusión de un contenido o la apariencia de una significación; se desenvuelven; su curso no es el nuestro; contemplamos su fluir, prisioneros de una percepción estúpida. El vacío del corazón ante el vacío del tiempo: dos espejos reflejando cara a cara su ausencia, una misma imagen de nulidad... Como bajo el efecto de un alelamiento pensativo, todo se nivela: no más cumbres, no más abismos... ¿Dónde descubrir la poesía de las mentiras, el aguijón de un enigma?

Quien no conoce el aburrimiento se encuentra todavía en la infancia del mundo, cuando las edades esperaban aún para nacer; permanece cerrado a este tiempo fatigado que se sobrevive, que ríe de sus dimensiones y sucumbe en el umbral de su mismo... porvenir, arrastrando con él a la materia, ascendida súbitamente a un lirismo de negación. El aburrimiento es el eco en nosotros del tiempo que se desgarra..., la revelación del vacío, el cese de ese delirio que sostiene —o inventa— la vida...

Creador de valores, el hombre es el ser delirante por excelencia; presa de la creencia de que algo existe, mientras que le basta retener su aliento: todo se detiene; suspender sus emociones: nada se estremece ya; suprimir sus caprichos: todo se hace opaco. La realidad es una creación de nuestros excesos, de nuestras desmesuras y de

nuestros desarreglos. Un freno en nuestras palpitaciones: el curso del mundo se hace más lento; sin nuestros ardores, el espacio es de hielo. El tiempo mismo no transcurre más que porque nuestros deseos engendran este universo ornamental que desnudaría un ápice de lucidez. Una pizca de clarividencia nos reduce a nuestra condición primordial: la desnudez; un punto de ironía nos desviste de ese disfraz de esperanzas que nos permiten engañarnos e imaginar la ilusión: todo camino contrario lleva fuera de la vida. El hastío no es más que el comienzo de este itinerario... Nos hace sentir el tiempo demasiado largo, inapto a revelarnos un fin. Separados de todo objeto, no teniendo nada que asimilar del exterior, nos destruimos a cámara lenta, puesto que el futuro ha dejado de ofrecernos una razón de ser.

El hastío nos revela una eternidad que no es la superación del tiempo, sino su ruina; es el infinito de las almas podridas por la falta de supersticiones: un absoluto chato donde nada impide a las cosas girar en redondo en busca de su propia caída.

La vida se crea en el delirio y se deshace en el hastío.

(Quien padece un mal caracterizado no tiene el derecho de quejarse: tiene una ocupación. Los grandes dolientes no se aburren jamás: la enfermedad les llena, como el remordimiento alimenta a los grandes culpables. Pues todo sufrimiento intenso suscita un simulacro de plenitud y propone a la conciencia una realidad terrible, que ésta no sabría eludir; mientras que el sufrimiento *sin objeto* en ese luto temporal que es el hastío no opone a la conciencia nada que la obligue a una gestión fructuosa.

¿Cómo curar de un mal no localizado y supremamente impreciso, que aqueja al cuerpo sin dejar huella en él, que se insinúa en el alma sin marcarla con ninguna señal? Se parece a una enfermedad a la que hubiéramos sobrevivido,

pero que hubiera absorbido nuestras posibilidades, nuestras reservas de *atención* y nos hubiera dejado impotentes para llenar el vacío que sigue a la desaparición de nuestros horrores y al desvanecimiento de nuestros tormentos. El infierno es un refugio comparado con ese destierro en el tiempo, con esa languidez vacía y postrada donde nada nos detiene sino el espectáculo del universo que se caería bajo nuestras miradas.

¿Qué terapéutica emplear contra una enfermedad que no recordamos y cuyas consecuencias infieren en nuestros días? ¿Cómo inventar un remedio a la existencia, cómo concluir esa curación sin fin? Y ¿cómo reponerse del nacimiento?

El hastío; esa convalecencia *incurable*...)

La soberbia inutilidad

Fuera de los escépticos griegos y de los emperadores romanos de la decadencia, todos los espíritus parecen sometidos a una vocación municipal. Sólo aquellos se han emancipado, los unos por la duda, los otros por la demencia, de la obsesión insípida de ser útiles. Habiendo promovido lo arbitrario al rango de ejercicio o de vértigo, según que fueran filósofos o retoños estragados de los antiguos conquistadores, no estaban apegados a nada: en este aspecto, evocan a los santos. Pero mientras que éstos no debían derrumbarse jamás, ellos se encontraban a merced de su propio juego, amos y víctimas de sus caprichos, verdaderos solitarios, porque su soledad era estéril. Nadie la ha tomado como ejemplo y ellos mismos no la proponían como tal; de este modo no se comunicaban con sus «semejantes» más que por la ironía o el terror...

Ser el agente de la disolución de una filosofía o de un imperio: ¿puede imaginarse orgullo más triste y más majestuoso? Matar por una parte la verdad y por otra la grandeza, manías que hacen vivir el espíritu y la ciudad; socavar la arquitectura de malentendidos sobre la que se apoya el orgullo del pensador y del ciudadano; agilizar hasta el falseamiento los resortes de la alegría de concebir y de querer; desacreditar, por medio de las sutilezas del sarcasmo y el suplicio, las abstracciones tradicionales y las costumbres honorables, ¡qué efervescencia delicada y salvaje! Ningún encanto hay allí donde los dioses no mueren bajo nuestros ojos. En Roma, donde se los importaba y reemplazaba, donde se les veía ajarse, qué placer invocar fantasmas, con el único miedo sin embargo de que esta versatilidad sublime no capitulase ante el asalto de alguna severa e impura deidad... Que es lo que sucedió.

No es fácil destruir un ídolo: requiere tanto tiempo como el que se precisa para promoverlo y adorarlo. Pues no basta con aniquilar su símbolo material, lo que es sencillo, sino también sus raíces en el alma. ¿Cómo volver la mirada hacia las épocas crepusculares —donde el pasado se liquidaba ante ojos que sólo el vacío podía deslumbrar— sin enternecerse ante ese gran arte que es la muerte de una civilización?

...Y es así como yo sueño haber sido uno de esos esclavos, venido de un país improbable, triste y bárbaro, para arrastrar en la agonía de Roma una vaga desolación, embellecida con sofismas griegos. En los ojos vacantes de los bustos, en los ídolos disminuidos por supersticiones claudicantes, habría encontrado el olvido de mis ancestros, de mis yugos y de mis remordimientos. Uniéndome a la melancolía de los antiguos símbolos, me habría liberado; habría compartido la dignidad de los dioses abandonados,

defendiéndolos contra las cruces insidiosas, contra la invasión de los criados y de los mártires, y mis noches habrían buscado reposo en la demencia y el desenfreno de los Césares. Experto en desengaños, cribando con todas las flechas de una sabiduría disoluta los fervores nuevos, junto a las cortesanas, en los lupanares escépticos o en los circos de crueldades fastuosas, habría cargado mis razonamientos de vicio y de sangre para dilatar la lógica hasta dimensiones con las que jamás soñó, hasta las dimensiones de los mundos que mueren.

Exégesis de la decadencia

Cada uno de nosotros ha nacido con una dosis de pureza predestinada a ser corrompida por el comercio con los hombres, por ese pecado contra la soledad. Pues cada uno de nosotros hace lo imposible por no verse entregado a él mismo. Lo semejante no es fatalidad, sino tentación de decadencia. Incapaces de guardar nuestras manos limpias y nuestros corazones intactos, nos manchamos con el contacto de sudores extraños, nos revolcamos sedientos de asco y fervientes de pestilencia, en el fango unánime. Y cuando soñamos mares convertidos en agua bendita es demasiado tarde para zambullirnos en ellos, y nuestra corrupción demasiado profunda nos impide ahogarnos allí: el mundo ha infectado nuestra soledad; las huellas de los otros sobre nosotros se hacen imborrables.

En la escala de las criaturas sólo el hombre puede inspirar un asco perdurable. La repugnancia que provoca un animal es pasajera; no madura en el pensamiento, mientras que nuestros semejantes alarman nuestras reflexiones, se infiltran en el mecanismo de nuestro desapego del mundo

para confirmarnos en nuestro sistema de rechazo y aislamiento. Después de cada conversación, cuyo refinamiento indica por sí solo el nivel de una civilización, ¿por qué es imposible no echar de menos el Sahara y no envidiar a las plantas o los monólogos infinitos de la zoología?

Si por cada palabra logramos una victoria sobre la nada, no es sino para mejor sufrir su imperio. Morimos en proporción a las palabras que arrojamos en torno a nosotros...

Los que hablan no tienen secretos. Y todos hablamos. Nos traicionamos, exhibimos nuestro corazón; verdugo de lo indecible, cada uno se encarniza en destruir todos los misterios, comenzando por los suyos. Y si encontramos a los otros, es para envilecernos juntos en una carrera hacia el vacío, sea en el intercambio de ideas, en las confesiones o las intrigas. La curiosidad ha provocado no sólo la primera caída, sino las innumerables caídas de todos los días. La vida no es sino esta impaciencia de decaer, de prostituir las soledades virginales del alma por el diálogo, negación inmemorial y cotidiana del Paraíso. El hombre sólo debería escucharse a sí mismo en el éxtasis sin fin del Verbo intransmisible, forjarse palabras para sus propios silencios y acordes audibles a sus solos remordimientos. Pero es el charlatán del universo; habla en nombre de los otros; su yo ama el plural. Y el que habla en nombre de los otros es siempre un impostor. Políticos, reformadores y todos los que se reclaman de un pretexto colectivo son tramposos: Sólo la mentira del artista no es total, pues sólo se inventa a sí mismo... Fuera del abandono a lo incomunicable, de la suspensión en medio de nuestros arrebatos inconsolados y mudos, la vida no es sino un estrépito sobre una extensión

sin coordenadas, y el universo, una geometría aquejada de epilepsia.

(El plural implícito del «se» y el plural confesado del «nosotros» constituyen el refugio confortable de la existencia falsa. Sólo el poeta toma la responsabilidad del «yo», sólo él habla en su propio nombre, él sólo tiene el derecho a hacerlo. La poesía se deprava cuando se hace permeable a la profecía o a la doctrina: la «misión» ahoga el canto, la idea entorpece el vuelo. El lado «generoso» de Shelley vuelve caduca la mayor parte de su obra: Shakespeare, felizmente, nunca ha «servido» para nada.

El triunfo de la no autenticidad se cumple en la actividad filosófica, esa complacencia en el «se», y en la actividad profética (religiosa, moral o política), esa apoteosis del «nosotros». La *definición* es la mentira del espíritu abstracto; *la fórmula inspirada*, la mentira del espíritu militante: una definición se encuentra siempre al origen de un templo; una fórmula reúne allí ineluctablemente los fieles. Así comienzan todas las enseñanzas.

¿Cómo no volverse entonces hacia la poesía? Ella tiene —como la vida— la excusa de no *probar* nada.)

Coalición contra la muerte

¿Cómo imaginar la vida de los otros, si hasta la propia parece apenas concebible? Se encuentra a alguien, se le ve hundido en un mundo injustificado e impenetrable, en un amasijo de convicciones y deseos que se superponen a la realidad como un edificio mórbido. Habiéndose forjado un sistema de errores, sufre por motivos cuya nulidad espanta al espíritu y se entrega a valores cuya ridiculez salta a la vista. Sus empresas, ¿podrían parecer otra cosa que

bagatelas, y la simetría febril de sus preocupaciones mejor fundada que una arquitectura de naderías? Al observador exterior, lo absoluto de cada vida se le revela intercambiable y todo destino, que sin embargo es inamovible en su esencia, arbitrario. Si nuestras convicciones nos parecen fruto de una frívola demencia, ¿cómo tolerar la pasión de los otros por sí mismos y por su propia multiplicación en la utopía de cada día? ¿Por qué necesidad éste se encierra en un mundo particular de predilecciones y aquél en otro?

Cuando sufrimos las confidencias de un amigo o de un desconocido, la revelación de sus secretos nos llena de estupor. ¿Debemos referir sus tormentos al drama o a la farsa? Eso depende por completo de las benevolencias o exasperaciones de nuestra fatiga. Puesto que cada destino no es sino un estribillo que se agita en torno a unas cuantas manchas de sangre, depende de nuestros humores ver en el proceso de sus sufrimientos un orden superfluo y entretenido o un pretexto de piedad.

Como es difícil aprobar las razones que invocan los existentes, cada vez que se separa uno de cualquiera de ellos la pregunta que viene al espíritu es invariablemente la misma: ¿cómo será que no se mata? Pues nada más natural que imaginar el suicidio de los otros. Cuando uno ha atisbado, por una intuición devastadora y fácilmente renovable, su propia inutilidad, es incomprensible que cualquier otro no haga lo mismo. ¡Suprimirse parece un acto tan claro y tan simple! ¿Por qué es tan raro, por qué todo el mundo lo elude? Es que, si la razón desautoriza el apetito de vivir, la *nada* que hace prolongar los actos es sin embargo de una fuerza superior a todos los absolutos; explica la coalición tácita de los mortales contra la muerte; no sólo es el símbolo de la existencia, sino la existencia

misma; es el todo. Y esa nada, ese todo no puede dar un sentido a la vida, pero la hace al menos perseverar en lo que es: *un estado de no-suicidio*.

Supremacía de lo adjetivo

Como no puede haber sino un número restringido de posiciones cara a los problemas últimos, el espíritu se encuentra limitado en su expansión por ese límite natural que es lo *esencial*, por esa imposibilidad de multiplicar indefinidamente las dificultades capitales: la historia se atarea únicamente en cambiar el rostro de una cantidad de interrogaciones y de soluciones. Lo que el espíritu inventa no es más que una serie de calificaciones nuevas; vuelve a bautizar los elementos o busca en sus léxicos epítetos menos usados para un mismo e inmutable dolor. Siempre se ha sufrido, pero el sufrimiento ha sido o «sublime» o «justo» o «absurdo», según la visión de conjunto que el momento filosófico mantenía. La desgracia constituye la trama de todo lo que respira; pero sus modalidades han evolucionado; han compuesto esa sucesión de apariencias irreductibles que inducen a cada existente a creer que es el primero en sufrir así. El orgullo de esta unicidad le incita a enamorarse de su propio mal y a hacerlo durar. En un mundo de sufrimientos, cada uno de ellos es solipsista con respecto a todos los otros. La originalidad de la desgracia es debida a la calidad verbal que la aísla en el conjunto de las palabras y las sensaciones...

Los calificativos cambian: ese cambio se llama progreso del espíritu. Suprimidlos todos: ¿qué quedaría de la civilización? La diferencia entre la inteligencia y la estupidez

reside en el manejo del adjetivo, cuyo uso no diversificado constituye la banalidad.

Incluso Dios no vive más que por los adjetivos que se le añaden; esta es la razón de ser de la teología. Así, el hombre, calificando siempre diferentemente la monotonía de su infelicidad, no se justifica ante el espíritu más que por la búsqueda apasionada del nuevo adjetivo.

(Y sin embargo, esta búsqueda es lamentable. La miseria de la *expresión*, que es la miseria del espíritu, se manifiesta en la indigencia de las palabras, en su agotamiento y degradación: los atributos merced a los que determinamos las cosas y las sensaciones yacen finalmente ante nosotros como carroñas verbales. Y dirigimos miradas llenas de nostalgia al tiempo en el que no desprendían más que un olor a cerrado. Todo alejandrinismo proviene finalmente de la necesidad de *airear* las palabras, de prestar a su marchitamiento el suplemento de un refinamiento alerta; pero acaba en un agotamiento donde el espíritu y el verbo se confunden y descomponen. (Etapa idealmente postrera de una literatura y de una civilización: imaginemos un Valéry con el alma de un Nerón...)

Mientras nuestros sentidos frescos y nuestro corazón ingenuo se reencuentran y deleitan en el universo de las calificaciones, prosperan al azar del adjetivo, el cual, una vez disecado, se revela impropio y deficiente. Decimos del espacio, el tiempo y el sufrimiento que son infinitos; pero *infinito* no tiene más alcance que: hermoso, sublime, armonioso, feo... ¿Quiere uno restringirse a ver el fondo de las palabras? No se ve nada, pues éste, separado del alma expansiva y fértil, es vacío y nulo. El poder de la inteligencia se ejercita en proyectar sobre él un lustre, en pulirlo y hacerlo deslumbrante; este poder, erigido en sistema se

llama *cultura*, fuego de artificio sobre un trasfondo de nada.)

El diablo tranquilizado

¿Por qué Dios es tan incoloro, tan débil, tan mediocremente pintoresco? ¿Por qué carece de interés, de vigor y de actualidad y se nos parece tan poco? ¿Existe una imagen menos antropomórfica y más gratuitamente lejana? ¿Cómo hemos podido proyectar sobre él resplandores tan pálidos y fuerzas tan claudicantes? ¿A dónde han fluido nuestras energías, en dónde se han vertido nuestros deseos? ¿Quién ha absorbido entonces nuestro superávit de insolencia vital?

¿Nos volveremos hacia el Diablo? Pero no sabríamos dirigirle oraciones: adorarle sería rezar introspectivamente, rezarnos a *nosotros*. No se ora a la evidencia: lo *exacto* no es objeto de culto. Hemos colocado en nuestro doble todos nuestros atributos y, para realzarle con un semblante de solemnidad, le hemos vestido de negro: nuestras vidas y nuestras virtudes, de luto. Dotándole de maldad y de perseverancia, nuestras cualidades dominantes, nos hemos agotado para volverle tan vivo como sea posible; nuestras fuerzas se han consumido en forjar su imagen, en hacerla de arcilla, saltarina, inteligente, irónica y, sobre todo, mezquina. Las reservas de energías con las que contábamos para forjar a Dios se reducían a nada. Entonces recurrimos a la imaginación y a la poca sangre que nos quedaba: Dios no podía ser sino el fruto de nuestra anemia: una imagen tambaleante y raquítica. Es bueno, suave, sublime, justo.

Pero, ¿quién se reconoce en esa mezcla fragante de agua de rosas relegada en la trascendencia? Un ser sin doblez carece de profundidad y de misterio; no esconde nada. Sólo la impureza es signo de realidad. Y si los santos no carecen completamente de interés, es que su sublimidad se mezcla con la novela y su eternidad se presta a la biografía; sus *vidas* indican que han abandonado el mundo por un *género* susceptible de cautivarnos de vez en cuando...

Porque rebosa vida, el Diablo no tienen ningún altar: el hombre se reconoce demasiado en él para adorarle; le detesta a sabiendas; *se* repudia y cultiva los atributos indigentes de Dios. Pero el Diablo no se queja y no aspira a fundar una religión: ¿no estamos nosotros aquí para precaverle de la inanición y el olvido?

Paseo sobre la circunferencia

En el interior del círculo que encierra a los seres en una comunidad de intereses y esperanzas, el espíritu enemigo de los espejismos se abre un camino desde el centro hacia la periferia. No puede soportar de cerca el hervidero de los humanos; quiere contemplar de tan lejos como sea posible la simetría maldita que los une. Ve mártires por todas partes: los unos sacrificándose por necesidades visibles, los otros por necesidades incontrolables, todos prestos a enterrar sus nombres bajo una certeza; y, como todos no pueden lograrlo, la mayor parte expían con la banalidad el exceso de sangre que soñaron... Sus vidas están hechas de una inmensa libertad de morir que no han aprovechado: inexpresivo holocausto de la historia, la fosa común los devora.

Pero el ferviente de las separaciones, buscando caminos que las hordas no frecuenten, se retira hacia el margen extremo y evoluciona sobre el trazado del círculo, que no puede franquear en tanto que siga sometido a un cuerpo; sin embargo, la Conciencia planea más lejos, totalmente pura en un hastío sin seres ni objetos. No sufriendo ya, superior a los pretextos que invitan a morir, olvida al *hombre* que es su soporte. Más irreal que una estrella percibida en una alucinación, sugiere la condición de una pirueta sideral, mientras que, sobre la circunferencia de la vida, el alma se pasea sin encontrarse más que con ella misma y su impotencia para responder a la llamada del Vacío.

Los dominios de la vida

Si las veladas dominicales fueran prolongadas durante meses, ¿qué se haría de la humanidad emancipada del sudor, libre del peso de la primera maldición? La experiencia valdría la pena. Es más que probable que el crimen llegase a ser la única diversión, que el desenfreno pareciese candor, el aullido melodía y la mofa ternura. La sensación de la inmensidad del tiempo haría de cada segundo un intolerable suplicio, un pelotón de ejecución capital. En los corazones más llenos de poesía se instalarían un canibalismo estragado y una tristeza de hiena; los patíbulos y los verdugos languidecerían; las iglesias y los burdeles estallarían de suspiros. *El universo transformado en tarde de domingo*... es la definición del hastío y el fin del universo...

Retirad la maldición suspendida sobre la Historia y ésta desaparece inmediatamente, lo mismo que la existencia, en

la vacación absoluta, descubre su ficción. El trabajo construido en la nada forja y consolida los mitos; embriaguez elemental, excita y cultiva la creencia en la «realidad», pero la contemplación de la pura existencia, contemplación independiente de gestos y de objetos, no asimila más que lo que no es...

Los desocupados captan más cosas y son más profundos que los atareados: ninguna empresa limita su horizonte; nacidos en un eterno domingo, miran y miran mirar. La pereza es un escepticismo fisiológico, la duda de la carne. En un mundo transido de ociosidad, serían los únicos en no hacerse asesinos. Pero no forman parte de la humanidad y, puesto que el sudor no es su fuerte, viven sin sufrir las consecuencias de la Vida y del Pecado. No haciendo el bien ni el mal, desdeñan —espectadores de la epilepsia humana — las semanas del tiempo, los esfuerzos que asfixian la conciencia.

¿Qué deberían temer de una prolongación ilimitada de ciertas tardes, sino el pesar de haber sostenido evidencias groseramente elementales? Entonces, la exasperación en lo verdadero podría inducirles a imitar a los otros y a complacerse en la tentación envilecedora de las tareas. Tal es el peligro que amenaza a la pereza, supervivencia milagrosa del paraíso.

(La única función del amor es ayudarnos a soportar las veladas dominicales, crueles e inconmensurables, que nos hieren para el resto de la semana y para la eternidad.

Sin la seducción del espasmo ancestral, nos harían falta mil ojos para llantos ocultos, o, si no uñas para morder, uñas kilométricas... ¿Cómo matar de otra manera este tiempo que ya no transcurre? En estos domingos interminables, *el dolor de ser* se manifiesta plenamente. A veces uno llega a olvidarse en alguna cosa; pero ¿cómo

olvidarse en el mundo mismo? Esta imposibilidad es la definición del dolor. El que esté aquejado por él no se curará nunca, aun cuando el universo cambiara completamente.

Sólo su corazón debería cambiar, pero es inmodificable; también para él, *existir* no tiene más que un sentido: zambullirse en el sufrimiento, hasta que el ejercicio de una cotidiana nirvanización le eleve a la percepción de la irrealidad...)

Dimisión

Fue en la sala de espera de un hospital: una vieja me contaba sus *males*... Las controversias de los hombres, los huracanes de la historia, naderías a sus ojos: sólo su *mal* reinaba en el espacio y en la duración. «No puedo comer, no puedo dormir, tengo miedo, debe haber pus», peroraba, acariciándose la mandíbula con más interés que si la suerte del mundo dependiese de ello. Este exceso de atención a sí misma por parte de una comadre decrépita me dejó en primer término indeciso entre el espanto y el desánimo; después, abandoné el hospital antes de que llegase mi vez, decidido a *renunciar* para siempre a mis dolores...

«Cincuenta y nueve segundos de cada uno de mis minutos, rumiaba a través de las calles, fueron dedicados al sufrimiento o a... la idea de sufrimiento. ¡Que no haya tenido una vocación de piedra! El corazón: origen de todos los suplicios... Aspiro a ser objeto... a la bendición de la materia y la opacidad. El ir y venir de un moscardón me parece una empresa apocalíptica. Es un pecado salir de sí mismo... ¡El viento, locura del aire! ¡La música, locura del silencio! Capitulando ante la vida, este mundo ha delinquido contra la nada... Dimito del movimiento y de mis sueños;

¡Ausencia! Tú serás mi única gloria... ¡Que el «deseo» sea por siempre tachado de los diccionarios y de las almas! Retrocedo ante la farsa vertiginosa de los mañanas que se suceden. Y aún guardando todavía algunas esperanzas, he perdido para siempre la *facultad de esperar*.

El animal indirecto

Se llega a un auténtico desconcierto cuando se piensa continuamente, por una obsesión radical, que el hombre existe, que es lo que es y que no puede ser otro. Pero *lo que es*, mil definiciones lo denuncian y ninguna se impone: cuanto más arbitrarias son, más válidas parecen. El absurdo más alado y la banalidad más gravosa le convienen semejantemente. La infinidad de sus atributos componen el ser más impreciso que podamos concebir. Mientras que los animales van directamente a su fin, él se pierde en rodeos; es el animal indirecto por excelencia. Sus reflejos improbables —de cuyo relajamiento resulta la conciencia— le transforman en un convaleciente que aspira a la enfermedad. Nada en él es sano, salvo el hecho de haberlo sido. Sea ángel que perdió sus alas o mono que extravió su pelo, no ha podido emerger del anonimato de las criaturas más que gracias a los eclipses de su salud. Su sangre mal compuesta ha permitido la infiltración de incertidumbres, de esbozos de problemas; su vitalidad mal dispuesta, la intrusión de puntos de interrogación y de signos de admiración.

¿Cómo definir el virus que, royendo su somnolencia, le ha agobiado de vigilias en medio de la siesta de los seres? ¿Qué gusano se apoderó de su reposo, qué agente primitivo del conocimiento le obligó al retraso de los actos, al

refrenamiento de los deseos? ¿Quién introdujo la primera languidez en su ferocidad? Salido del informe montón de los otros vivientes, se ha creado una confusión más sutil, ha explotado con minucia los males de una vida arrancada de sí misma. De todo lo que ha emprendido para curarse de sí mismo, se ha formado una enfermedad más extraña: su «civilización» no es más que el esfuerzo para encontrar remedios a un estado incurable y deseado. El espíritu se aja al acercarse la salud: el hombre es inválido o no es.

Cuando, tras haber pensado en todo, piensa en sí mismo —pues no llega hasta este punto más que por el rodeo del universo y como último problema que se plantea— queda sorprendido y confuso. Pero continúa prefiriendo su propio fracaso a la naturaleza que fracasa eternamente en la salud.

(Desde Adán, todo el esfuerzo de los hombres ha sido por modificar al *hombre*. Los intentos de reforma y de pedagogía, ejercidos a expensas de los *datos* irreductibles, desnaturan el pensamiento y falsifican su devenir. El conocimiento no tiene enemigo más encarnizado que el instinto educador, optimista y virulento, al cual los filósofos no sabrían escapar: ¿cómo permanecerían indemnes sus sistemas? Salvo lo Irremediable, todo es falso; falsa esta civilización que quiere combatirlo, falsas las verdades de las que se arma.

A excepción de los escépticos antiguos y de los moralistas franceses, sería difícil citar un solo espíritu cuyas teorías, secreta o explícitamente, no tiendan a modelar al hombre. Pero éste subsiste inalterado, aunque ha seguido el desfile de nobles preceptos, propuestos a su curiosidad, ofrecidos a su ardor y a su ofuscamiento.

Mientras que todos los seres tienen su *lugar* en la naturaleza, él continúa siendo una criatura metafísicamente

divagante, perdida en la Vida, insólita en la Creación. Nadie ha encontrado un fin válido a la historia; pero todo el mundo ha propuesto alguno; y hay un pulular de fines tan divergentes y fantasiosos que la idea de finalidad se ha anulado y se desvanece como irrisorio artículo del espíritu.

Cada uno sufre en su carne esta *unidad de desastre* que es el fenómeno *hombre*. Y el único sentido del tiempo es multiplicar esas unidades, aumentar indefinidamente esos sufrimientos verticales que se apoyan sobre una pizca de materia, sobre el orgullo de un nombre propio y sobre una soledad inapelable.)

La clave de nuestra resistencia

Quien llegase, por una imaginación desbordante de piedad, a registrar todos los sufrimientos, a ser contemporáneo de todas las penas y de todas las angustias de un instante cualquiera, ese —suponiendo que tal ser pudiera existir— sería un monstruo de amor y la mayor víctima de la historia del sentimiento. Pero es inútil figurarnos tal imposibilidad. Nos basta con proceder al examen de nosotros mismos, con practicar la arqueología de nuestras alarmas. Si avanzamos en el suplicio de los días, es porque nada detiene esta marcha excepto nuestros dolores; los de los otros nos parecen explicables y susceptibles de ser superados: creemos que sufren porque no tienen suficiente voluntad, valor o lucidez. Cada sufrimiento, salvo el nuestro, nos parece legítima o ridículamente inteligible; sin lo cual, el luto sería la única constante en la versatilidad de nuestros sentimientos. Pero no llevamos luto más que por nosotros mismos. Si pudiésemos comprender y amar la infinidad de agonías que

se arrastran en torno a nosotros, todas las vidas que son muertes ocultas, necesitaríamos tantos corazones como seres hay que sufren. Y si tuviésemos una memoria milagrosamente actual que guardara presente la totalidad de nuestras penas pasadas, sucumbiríamos bajo tal carga. *La vida sólo es posible por las deficiencias de nuestra imaginación y de nuestra memoria*.

Sacamos nuestra fuerza de nuestros olvidos y de nuestra incapacidad para representarnos la pluralidad de destinos simultáneos. Nadie podría sobrevivir a la comprensión instantánea del dolor universal, pues cada corazón no está encallecido más que para una cierta cantidad de sufrimientos. Hay a modo de límites naturales para nuestra resistencia; sin embargo, la expansión de cada disgusto los alcanza y, a veces, los rebasa: es a menudo el origen de nuestra ruina. De aquí deriva la impresión de que cada dolor, cada disgusto, son infinitos. Lo son, en efecto, pero solamente para nosotros, para los límites de nuestro corazón; y aunque éste tuviera las dimensiones del vasto espacio, nuestros males serían aún más vastos, pues todo dolor sustituye al mundo y de cada pena hace otro universo. La razón se atarea vanamente en mostrarnos las proporciones infinitesimales de nuestros accidentes; fracasa ante nuestra tendencia a la proliferación cosmogónica. Resulta así que la verdadera locura no es nunca debida a los azares o a los desastres del cerebro, sino a la concepción falsa del espacio que se forja el corazón...

Anulación por la liberación

Una doctrina de salvación no tiene sentido más que si partimos de la ecuación existencia-sufrimiento. No es ni una

constatación súbita ni una serie de razonamientos lo que nos lleva a esta ecuación, sino la elaboración inconsciente de todos nuestros instantes, la contribución de todas nuestras experiencias, ínfimas o capitales. Cuando llevamos en nosotros gérmenes de decepciones y como una sed de verlos eclosionar, el deseo de que el mundo inutilice a cada paso nuestras esperanzas multiplica las verificaciones voluptuosas del mal. Los argumentos vienen a continuación; la doctrina se construye: no queda ya más que el peligro de la «sabiduría». Pero, ¿y si uno no quiere liberarse del sufrimiento ni vencer las contradicciones y los conflictos, si se prefieren los matices de lo inacabado y las dialécticas afectivas a la *unidad* de un sublime callejón sin salida? La salvación acaba todo; y nos acaba. ¿Quién, una vez *salvado*, osa llamarse aún vivo? No se vive realmente más que por la negativa a entregarse al sufrimiento y por una como tentación religiosa de irreligiosidad. La salvación no preocupa más que a los asesinos y a los santos, a los que han matado o superado la criatura; los otros se revuelcan —borrachos perdidos— en la imperfección...

El error de toda doctrina de la liberación es suprimir la poesía, clima de lo inacabado.

El poeta se traicionaría si aspirase a salvarse: la salvación es la muerte del canto, la negación del arte y del espíritu. ¿Cómo sentirse solidario de un desenlace? Podemos refinar, cincelar nuestros dolores, pero ¿cómo emanciparnos de ellos sin abolirnos?

Dóciles a la maldición, no existimos más que en tanto que sufrimos. Un alma no se engrandece y no perece más que por la cantidad de *lo insoportable* que asume.

La ponzoña abstracta

Incluso nuestros males vagos, nuestras inquietudes difusas, cuando degeneran en fisiología, interesa, por un proceso inverso, volver a llevarlos a las manipulaciones de la inteligencia. ¿Y si se realzase el Hastío —percepción tautológica del mundo, tenue ondulación de la duración— a la dignidad de una elegía deductiva, si se le ofreciese la tentación de una prestigiosa esterilidad? Sin el recurso a un orden superior al alma, ésta cae en la carne y la fisiología se revela como la última palabra de nuestras perplejidades filosóficas. Trasmutar los venenos inmediatos en valores de cambio intelectual, elevar a la función de instrumento la corrupción sensible, o cubrir por medio de normas la impureza de todo sentimiento y de toda sensación, es una búsqueda de elegancia necesaria al espíritu, junto al cual el alma —esa hiena patéticasólo es profunda y siniestra. El espíritu *en sí* no puede ser sino *superficial*, pues su naturaleza está preocupada únicamente por la ordenación de los acaecimientos conceptuales y no por sus implicaciones en las esferas que *significan*. Nuestros estados no le interesan más que por la medida en que son trasmutables. Así la melancolía emana de nuestras vísceras y alcanza el vacío cósmico; pero el espíritu sólo la adopta purificada de lo que la une a la fragilidad de los sentidos; la *interpreta*; refinada, se hace *punto de vista*: melancolía categorial. La teoría acecha y capta nuestros venenos: y los hace menos activos. Es una degradación *hacia arriba*, pues el espíritu aficionado a los vértigos puros es enemigo de las intensidades.

La conciencia de la infelicidad

Elementos y actos, todo concurre a herirte. ¿Acorazarte de desdenes, aislarte en una fortaleza de asco, soñar con indiferencias sobrehumanas? Los ecos del tiempo te perseguirán en tus últimas ausencias... Cuando nada puede impedirte sangrar, las ideas mismas se tiñen de rojo o se invaden como tumores las unas a las otras. No hay en las farmacias ningún específico contra la existencia; sólo pequeños remedios para los jactanciosos. Pero, ¿dónde está el antídoto de la desesperación clara, infinitamente articulada, orgullosa y segura? Todos los seres son desdichados; pero, ¿cuántos lo saben? La conciencia de la infelicidad es una enfermedad demasiado grave para figurar en una aritmética de las agonías o en los registros de lo incurable. Rebaja el prestigio del infierno y convierte los mataderos del tiempo en paraísos. ¿Qué pecado has cometido para nacer, qué crimen para existir? Tu dolor, como tu destino, carece de motivo. Sufrir verdaderamente es aceptar la invasión de los males sin la excusa de la causalidad, como un favor de la naturaleza demente, como un milagro negativo...

En la frase del Tiempo, los hombres se insertan a modo de comas, mientras que, para detenerla, tú te has inmovilizado como un punto.

El pensamiento interjectivo

La idea de infinito ha debido nacer un día de relajamiento en el que una vaga languidez se infiltró en la geometría; como el primer acto de conocimiento en el momento en que, en el silencio de los reflejos, un estremecimiento macabro aisló la percepción de su objeto. ¡Cuántas repugnancias o nostalgias nos ha hecho falta acumular para

despertarnos al fin solos, trágicamente superiores a la evidencia! Un suspiro olvidado nos ha hecho dar un paso fuera de lo inmediato; una fatiga banal nos alejó de un paisaje o de un ser; gemidos difusos nos separaron de las inocencias suaves o temerosas. La suma de estas distancias accidentales constituye —balance de nuestros días y nuestras noches— el margen que nos distingue del mundo y que el espíritu se esfuerza por reducir y retrotraer a nuestras proporciones frágiles. Pero la obra de cada lasitud se hace sentir: ¿dónde buscar todavía materia bajo nuestros pasos?

En un principio, pensamos para evadirnos de las cosas; después, cuando hemos ido demasiado lejos, para perdernos en el pesar de nuestra evasión... Y es así como nuestros conceptos se encadenan a modo de suspiros disimulados, como toda reflexión ocupa un lugar de interjección, como una tonalidad plañidera sumerge la dignidad de la lógica. Tintes fúnebres oscurecen las ideas, desbordamientos del cementerio sobre los párrafos, relente de podredumbre en los preceptos, último día de otoño en un cristal intemporal... El espíritu carece de defensa contra los miasmas que lo asaltan, pues surgen del sitio más corrompido que existe entre la tierra y el cielo, del sitio donde la locura yace en la ternura, cloaca de utopías y gusanera de sueños: nuestra alma. Y aunque pudiésemos incluso cambiar las leyes del universo o prever sus caprichos, ella nos subyugaría por sus miserias, por el principio de su ruina. ¿Un alma que no esté perdida? ¡Dónde está, para que se le levante atestado, para que la ciencia, la santidad y la comedia se apoderen de ella!

Apoteosis de lo vago

Se podría captar la esencia de los pueblos —más aún que la de los individuos— por su manera de participar en *lo vago*. Las evidencias no desvelan más que su carácter transitorio, sus periferias, sus apariencias.

Lo que un pueblo puede expresar sólo tiene un valor histórico: es su éxito en el devenir; pero lo que no puede expresar, *su fracaso en lo eterno*, es la sed infructuosa de sí mismo: su esfuerzo en agotarse en la expresión, estando aquejado de impotencia lo ha suplido por ciertas palabras, alusiones a lo indecible...

¡Cuántas veces, en nuestras peregrinaciones fuera del intelecto, no hemos reposado nuestras preocupaciones a la sombra de esos *Sehnsucht, yearning, saudade*, de esos frutos sonoros abiertos para corazones demasiado maduros! Levantemos el velo de esas palabras: ¿esconden un mismo contenido? ¿Es posible que la misma significación viva y muera en las ramificaciones verbales de una capa de lo indefinido? ¿Puede concebirse que pueblos tan diversos padezcan la nostalgia de la misma manera? Quien se afanase en encontrar la fórmula del *mal de lo lejano* sería víctima de una arquitectura mal construida. Para remontarse al origen de esas expresiones de lo vago hay que practicar una regresión afectiva hacia su esencia, ahogarse en lo inefable y salir con los conceptos hechos jirones. Una vez perdida la seguridad teórica y el orgullo de lo inteligible, puede intentarse comprenderlo todo, comprenderlo todo *por sí mismo*.

Se llega entonces a gozar en lo inexpresable, a pasar los días al margen de lo comprehensible y a encenagarse en el arrabal de lo sublime. Para escapar a la esterilidad hay que disfrutar en el umbral de la razón...

Vivir en la espera, en lo que todavía no es, es aceptar el desequilibrio estimulante que supone la idea de porvenir.

Toda nostalgia es una superación del presente. Incluso bajo la forma de remordimiento, toma un carácter dinámico: se quiere forzar el pasado, actuar retroactivamente; protestar contra lo irreversible. La vida no tiene contenido más que por la violación del tiempo. La obsesión de estar en otra parte, es la imposibilidad del instante; y esta imposibilidad es la nostalgia misma.

Que los franceses se hayan rehusado a experimentar y sobre todo a cultivar la imperfección de lo indefinido, no deja de tener un acento revelador. Bajo forma colectiva, ese mal no existe en Francia: el *cafard* no tiene calidad metafísica y el *ennui* está singularmente dirigido. Los franceses rechazan toda complacencia hacia lo posible; su lengua misma elimina toda complicidad con sus peligros. ¿Hay otro pueblo que se encuentre más a su gusto en el mundo, para quien el *chez soi* tenga más sentido y más peso, para quien la inmanencia ofrezca más atractivos? Para desear fundamentalmente otra cosa, es preciso estar desvestido del espacio y del tiempo, y vivir en un mínimo de parentesco con el lugar y el momento. Lo que hace que la historia de Francia ofrezca tan escasas discontinuidades, es esta fidelidad a su esencia, que halaga nuestra inclinación a la perfección y decepciona la necesidad de inacabado que implica una visión trágica. La única cosa contagiosa en Francia es la lucidez, el horror de ser engañado, de ser víctima de cualquiera. Por eso un francés sólo acepta la aventura con plena conciencia; *quiere* ser engañado; se venda los ojos; el heroísmo inconsciente le parece, justificadamente, una falta de gusto, un sacrificio inelegante.

Pero el equívoco brutal de la vida exige que predomine en todo instante *el impulso*, y no la voluntad, de ser cadáver, de ser engañado metafísicamente.

Si los franceses han cargado de excesiva claridad la nostalgia, si le han sustraído ciertos prestigios íntimos y peligrosos, la Sehnsucht, por el contrario, agota lo que hay de insoluble en los conflictos del alma alemana, descoyuntada entre la Heimat y el Infinito.

¿Cómo podría encontrar un apaciguamiento? De un lado, la voluntad de estar sumergido en la indivisión del corazón y de la tierra; del otro, la de absorber siempre el espacio en un deseo insatisfecho. Y como la extensión no ofrece límites, y con ella crece la tendencia a nuevos vagabundeos, la meta retrocede a medida que se avanza.

De aquí el gusto exótico, la pasión por los viajes, la delectación en el paisaje en tanto que paisaje, la falta de forma interior, la profundidad tortuosa, juntamente seductora y repelente. No hay solución a la tensión entre la Heimat y el Infinito: es estar enraizado y desarraigado al mismo tiempo, no haber podido encontrar un compromiso entre el hogar y lo lejano. ¿El imperialismo, constante funesta en su última esencia no es la traducción política y vulgarmente concreta de la *Sehnsucht*?

No sabríamos insistir suficientemente sobre las consecuencias históricas de ciertas aproximaciones interiores. La nostalgia es una de ellas; nos impide reposar en la existencia o en lo absoluto; nos obliga a flotar en lo indistinto, a perder nuestros agarraderos, a vivir a la intemperie en el tiempo.

Estar arrancado de la tierra, exilado en la duración, desgajado de las raíces inmediatas, es desear una reintegración a las fuentes originales de antes de la separación y el desgarramiento. La nostalgia es sentirse perpetuamente lejos de casa; y, fuera de las proporciones luminosas del Hastío, y de la postulación contradictoria del Infinito y de la Heimat, toma la forma de vuelta a lo finito,

hacia lo inmediato, hacia una llamada terrestre y maternal. Del mismo modo que el espíritu, el corazón forja utopías: y la más extraña de todas es la de un universo *natal*, donde uno reposa de sí mismo, un universo-almohada cósmica de todas nuestras fatigas.

En la aspiración nostálgica no se desea algo palpable, sino una especie de calor abstracto, heterogéneo al tiempo próximo de un presentimiento paradisíaco. Todo lo que no acepta la existencia como tal, confina con la teología. La nostalgia no es más que una teología sentimental; donde el Absoluto está construido con los elementos del deseo, donde Dios es lo Indeterminado elaborado por la languidez.

La soledad, cisma del corazón

Estamos abocados a la perdición siempre que la vida no se revela como un milagro, siempre que el instante no gime ya bajo un escalofrío sobrenatural. ¿Cómo renovar esta sensación de plenitud, estos segundos de delirio, estos relámpagos volcánicos, estos prodigios de fervor que rebajan a Dios a simple accidente de nuestra arcilla? ¿Por medio de qué subterfugio revivir esta fulguración en la cual incluso la música nos parece superficial; como el desecho de nuestro órgano interior?

No está en nuestra mano el lograr que vuelvan los arrebatos que nos hacían coincidir con el comienzo del movimiento, convirtiéndonos en dueños del primer momento del tiempo y artesanos repentinos de la Creación. De ésta no percibimos ya más que el despojamiento, la realidad lúgubre: vivimos para desaprender el éxtasis. Y no es el milagro lo que determina nuestra tradición y nuestra sustancia, sino el vacío de un universo privado de sus

llamas, ahogado en sus propias ausencias, objeto exclusivo de nuestra rumia: un universo solitario ante un corazón solitario, predestinados, uno y otro, a desgarrarse, y a exasperarse en la antítesis. Cuando la soledad se acentúa hasta el punto de constituir no tanto nuestro *dato* como nuestra única *fe*, cesamos de ser solidarios con el todo: heréticos de la existencia, somos excluidos de la comunidad de los vivientes, cuya sola virtud es esperar, anhelantes, algo que no sea la muerte.

Pero liberados de la fascinación de esta espera, expulsados del ecumenismo de la ilusión, somos la secta más herética, pues nuestra misma alma ha nacido en la herejía.

«Cuando el alma está en estado de gracia, su belleza es tan sublime y admirable que sobrepasa incomparablemente todo lo que hay de hermoso en la naturaleza, y encanta los ojos de Dios y de los Ángeles» (Ignacio de Loyola).

He intentado establecerme en alguna gracia; he querido liquidar las interrogaciones y desaparecer en una luz ignorante, en cualquier luz desdeñosa del intelecto. Pero, ¿cómo alcanzar el suspiro de felicidad superior a los problemas, cuando ninguna «belleza» te ilumina, y Dios y los Ángeles son ciegos?

Antes, cuando Santa Teresa, patrona de España y de tu alma, te prescribía un trayecto de tentaciones y de vértigos, el abismo trascendente te maravillaba como una caída en los cielos. Pero esos cielos se han desvanecido —como las tentaciones y los vértigos— y, en el corazón frío, se han apagado para siempre las fiebres de Avila.

¿Por qué rareza de la suerte, ciertos seres, llegados al punto en el que podrían coincidir con una fe, retroceden para seguir un camino que no les lleva más que a ellos mismos y por tanto a ninguna parte? ¿Es por miedo por lo

que, una vez instalados en la gracia, pierden sus virtudes claras? Cada hombre evoluciona a expensas de sus profundidades, cada hombre es un místico que se rehúsa: la tierra está poblada de gracias fallidas y de misterios pisoteados.)

Pensadores crepusculares

Atenas se moría y, con ella, el culto del conocimiento. Los grandes sistemas habían vivido ya: limitados al dominio conceptual, rechazaban la intervención de los tormentos, la búsqueda de la liberación y de la meditación desordenada sobre el dolor.

En la ciudad agonizante, que había permitido la conversión de los accidentes humanos en teoría, cualquier cosa —el estornudo o la muerte— suplantaba a los antiguos problemas. La obsesión de los remedios marca el fin de una civilización; la búsqueda de la salvación, el de una filosofía. Platón y Aristóteles no habían cedido a esas preocupaciones más que por exigencia de equilibrio; después de ellos, triunfaban en todos los sectores.

Roma, en su poniente, no ha recogido de Atenas más que los ecos de su decadencia y los reflejos de su agotamiento. Cuando los griegos paseaban sus dudas a través del Imperio, el hundimiento de éste y de la filosofía era un hecho virtualmente consumado.

Como todas las cuestiones parecían legítimas, la superstición de los límites formales no impedía ya el desenfreno de las curiosidades arbitrarias. La infiltración del epicureísmo y del estoicismo era fácil: la moral reemplazaba los edificios abstractos, la razón adulterada se hacía instrumento de la práctica. En las calles de Roma, con

recetas diferentes de «felicidad», hormigueaban los epicúreos y los estoicos, expertos en sabiduría, nobles charlatanes surgidos en la periferia de la filosofía para curar una laxitud incurable y generalizada. Pero faltaban a su terapéutica la mitología y las anécdotas extrañas que, en la abulia universal, iban a constituir el vigor de una religión despreocupada de los matices, venida de más lejos que ellos. La sabiduría es la última palabra de una civilización que expira, el nimbo de los crepúsculos históricos, la fatiga transfigurada en visión del mundo, la última tolerancia antes de la llegada de otros dioses más frescos y de la barbarie; es también un vano intento de melodía en los estertores del final, que surgen de todas partes. Pues el Sabio —teórico de la muerte límpida, héroe de la indiferencia y símbolo de la última etapa de la filosofía, de su degeneración y vacuidad— ha resuelto el problema de su propia muerte... y ha suprimido así todos los problemas. Dotado de ridiculeces más exquisitas, es un caso límite, que se encuentra en períodos extremos como una confirmación excepcional de la patología general.

Encontrándonos en el punto simétrico de la agonía antigua, presas de los mismos males y bajo hechizos igualmente ineluctables, vemos los grandes sistemas abolidos por su perfección limitada. También para nosotros todo se vuelve tema de una filosofía sin dignidad y sin rigor... El destino impersonal del pensamiento se desparrama en mil almas, en mil humillaciones de la Idea... Ni Leibniz, ni Kant, ni Hegel nos pueden ya prestar ayuda. Hemos venido con nuestra propia muerte ante las puertas de la filosofía: podridas, sin nada que guardar, se abren por sí mismas... y cualquier cosa se vuelve tema filosófico. Los párrafos son sustituidos por gritos: el resultado es una

filosofía de *fundus animae*, cuya intimidad se reconocería en las apariencias de la historia y en las ilusiones del tiempo.

También nosotros buscamos la «felicidad», sea por frenesí, sea por desdén; despreciarla es no olvidarla todavía, y rechazarla pensando en ella; también nosotros buscamos la «salvación», no fuera más que no queriéndola. Y si somos los héroes negativos de una edad demasiado madura, por lo mismo somos sus *contemporáneos*: traicionar su tiempo o serle ferviente, expresa —bajo una contradicción aparente— un mismo acto de participación. Los altos desfallecimientos, las sutiles decrepitudes, la aspiración a aureolas intemporales —todo ello conducente a la sabiduría— ¿quién no las reconoce en sí mismo? ¿Quién no siente el derecho de afirmarlo todo en el vacío que le rodea, antes de que el mundo se desvanezca en la aurora de un absoluto o de una negación nueva? Un dios amenaza siempre en el horizonte. Estamos al margen de la filosofía, puesto que consentimos en su ocaso. Hagamos que el Dios no se instale en nuestros pensamientos, guardemos aún nuestras dudas, las apariencias de equilibrio y la tentación del destino inmanente, pues toda aspiración arbitraria y fantástica es preferible a las verdades inflexibles. Cambiamos de remedios, al no encontrar ninguno eficaz ni válido, porque no tenemos fe ni en el apaciguamiento que buscamos ni en los placeres que perseguimos. Sabios versátiles, somos los epicúreos y los estoicos de las Romas modernas...

Recursos de la autodestrucción

Nacidos en una prisión, con fardos sobre nuestras espaldas y nuestros pensamientos, no podríamos alcanzar

el término de un solo día si la posibilidad de acabar no nos incitara a comenzar al día siguiente... Los grilletes y el aire irrespirable de este mundo nos lo quitan todo salvo la libertad de matarnos; y esta libertad nos insufla una fuerza y un orgullo tales que triunfan sobre los pesos que nos aplastan.

Poder disponer absolutamente de uno mismo y rehusarse: ¿hay don más misterioso?

La consolación por el suicidio posible amplía infinitamente esta morada donde nos ahogamos. La idea de destruirnos, la multiplicidad de los medios para conseguirlo, su facilidad y proximidad nos alegran y nos espantan; pues no hay nada más sencillo y más terrible que el acto por el cual decidimos irrevocablemente sobre nosotros mismos. En un solo instante, suprimimos todos los instantes; ni Dios mismo sabría hacerlo igual. Pero, demonios fanfarrones, diferimos nuestro fin: ¿cómo renunciaríamos al despliegue de nuestra libertad, al juego de nuestra soberbia?...

Quien no haya concebido jamás su propia anulación, quien no haya presentido el recurso a la cuerda, a la bala, al veneno o al mar, es un recluso envilecido o un gusano reptante sobre la carroña cósmica. Este mundo puede quitarnos todo, puede prohibirnos todo, pero no está en el poder de nadie impedir nuestra autoabolición.

Todos los útiles nos ayudan, todos nuestros abismos nos invitan; pero todos nuestros instintos se oponen. Esta contradicción desarrolla en el espíritu un conflicto sin salida.

Cuando comenzamos a reflexionar sobre la vida, a descubrir en ella un infinito de vacuidad, nuestros instintos se han erigido ya en guías y fautores de nuestros actos; refrenan el vuelo de nuestra inspiración y la ligereza de nuestro desprendimiento. Si, en el momento de nuestro nacimiento, fuéramos tan conscientes como lo somos al

salir de la adolescencia, es más que probable que a los cinco años el suicidio fuera un fenómeno habitual o incluso una cuestión de honorabilidad. Pero *despertamos* demasiado tarde: tenemos contra nosotros los años fecundados únicamente por la presencia de los instintos, que deben quedarse estupefactos de las conclusiones a las que conducen nuestras meditaciones y decepciones. Y reaccionan; sin embargo, como hemos adquirido la conciencia de nuestra libertad, somos dueños de una resolución tanto más atractiva cuanto que no la ponemos en práctica. Nos hace soportar los días y, más aún, las noches; ya no somos pobres, ni oprimidos por la adversidad: disponemos de recursos supremos. Y aunque no los explotásemos nunca, y acabásemos en la expiración tradicional, hubiéramos tenido un tesoro en nuestros abandonos: ¿hay mayor riqueza que el suicidio que cada cual lleva en sí?

Si las religiones nos han prohibido morir por nuestra propia mano, es porque veían en ello un ejemplo de insumisión que humillaba a los templos y a los dioses. Cierto concilio de Orléans consideraba el suicidio como un pecado más grave que el crimen, porque el asesino puede siempre arrepentirse, salvarse, mientras que quien se ha quitado la vida ha franqueado los límites de la salvación. Pero el acto de matarse ¿no parte de una fórmula radical de salvación? Y la nada, ¿no vale tanto como la eternidad? Sólo el existente no tiene necesidad de hacer la guerra al universo; es a sí mismo a quien envía el ultimátum. No aspira ya a ser para siempre, si en un acto incomparable ha sido *absolutamente* él mismo. Rechaza el cielo y la tierra como se rechaza a sí mismo. Al menos, habrá alcanzado una plenitud de libertad inaccesible al que la busca indefinidamente en el futuro...

Ninguna iglesia, ninguna alcaldía ha inventado hasta el presente un solo argumento válido contra el suicidio. A quien no puede soportar la vida, ¿qué se le responde? Nadie está a la altura de tomar sobre sí los fardos de otro. Y ¿de qué fuerza dispone la dialéctica contra el asalto de las penas irrefutables y de mil evidencias desconsoladas?

El suicidio es uno de los caracteres distintivos del hombre, uno de sus descubrimientos; ningún animal es capaz de él y los ángeles apenas lo han adivinado; sin él, la realidad humana sería menos curiosa y menos pintoresca: le faltaría un clima extraño y una serie de posibilidades funestas, que tienen su valor estético, aunque no sea más que por introducir en la tragedia soluciones nuevas y una variedad de desenlaces.

Los sabios antiguos, que se daban la muerte como prueba de su madurez, habían creado una disciplina del suicidio que los modernos han desaprendido. Vocados a una agonía sin genio, no somos ni autores de nuestras postrimerías, ni árbitros de nuestros adioses; el final no es *nuestro* final: la excelencia de una iniciativa única —por la que rescataríamos una vida insípida y sin talento— nos falta, como nos falta cl cinismo sublime, el fasto antiguo del arte de perecer. Rutinarios de la desesperación, cadáveres que se aceptan, todos nos sobrevivimos y no morimos más que para cumplir una formalidad inútil. Es como si nuestra vida no se atarease más que en aplazar el momento en que podríamos librarnos de ella.

Los ángeles reaccionarios

Es difícil formular un juicio sobre la rebelión del menos filósofo de los ángeles, sin mezclar en él simpatía, asombro

y reprobación. La injusticia gobierna el universo. Todo lo que se construye, todo lo que se deshace, lleva la huella de una fragilidad inmunda, como si la materia fuese el fruto de un escándalo en el seno de la nada. Cada ser se nutre de la agonía de otro ser; los instantes se precipitan como vampiros sobre la anemia del tiempo; el mundo es un receptáculo de sollozos... En este matadero, cruzarse de brazos o sacar la espada son gestos igualmente vanos. Ningún soberbio desencadenamiento sabría sacudir el espacio ni ennoblecer las almas. Triunfos y fracasos se suceden según una ley desconocida que tiene por nombre *destino*, nombre al que recurrimos cuando, filosóficamente desguarnecidos, nuestra estancia aquí abajo o no importa dónde nos parece sin solución y como una maldición que debemos sufrir, irracional e inmerecida. Destino: palabra selecta en la terminología de los vencidos...

Ávidos de una nomenclatura para lo irremediable, buscamos un alivio en la invención verbal, en las claridades suspendidas encima de nuestros desastres. Las palabras son caritativas: su frágil realidad nos engaña y nos consuela...

Y así es como el «destino», que no puede querer nada, es quien ha *querido* lo que nos sucede... Prendados de lo Irracional como único modo de explicación, le vemos cargar la balanza de nuestra suerte, en la cual no pesan sino los elementos negativos, de la misma naturaleza. ¿De dónde sacar el orgullo para provocar a las fuerzas que lo han decretado así y que, es más, son irresponsables de tal decreto? ¿Contra quién llevar la lucha y a dónde dirigir el asalto cuando la injusticia hostiga el aire de nuestros pulmones, el espacio de nuestros pensamientos, el silencio y el estupor de los astros?

Nuestra rebelión está tan mal concebida como el mundo que la suscita. ¿Cómo empeñarse en reparar los entuertos cuando, como Don Quijote en su lecho de muerte, hemos perdido —en el extremo de la locura, extenuados— vigor e ilusión para afrontar los caminos, los combates y las derrotas. Y ¿cómo encontrar de nuevo la frescura del arcángel sedicioso, aquel que, todavía al comienzo del tiempo, ignoraba esta sabiduría pestilente en la que nuestros impulsos se ahogan? ¿Dónde beberíamos suficiente verbo y desparpajo para infamar al rebaño de los otros ángeles, mientras que aquí abajo seguir a su colega es precipitarse más bajo todavía mientras que la injusticia de los hombres imita la de Dios y toda rebelión opone el alma al infinito y la rompe contra él?

A los ángeles anónimos —acurrucados bajo sus alas sin edad, eternamente vencedores y vencidos en Dios, insensibles a las nefastas curiosidades, soñadores paralelos a los lutos terrestres— quién se atrevería a tirarles la primera piedra y, por desafío, a dividir su sueño? La rebelión, orgullo de la caída, no extrae su nobleza más que de su inutilidad: los sufrimientos la despiertan y luego la abandonan; el frenesí la exalta y la decepción la niega... No podría tener sentido en un universo *no-válido*...

(En este mundo, nada está en su sitio, empezando por el mundo mismo. No hay que asombrarse entonces del espectáculo de la injusticia humana. Es igualmente vano rechazar o aceptar el orden social: nos es forzoso sufrir sus cambios a mejor o a peor con un conformismo desesperado, como sufrimos el nacimiento, el amor, el clima, y la muerte. La descomposición preside las leyes de la vida: más cercanos a nuestro polvo que lo están al suyo los objetos inanimados, sucumbimos ante ellos y corremos hacia nuestro destino bajo la mirada de las estrellas

aparentemente indestructibles. Pero incluso ellas estallarán en un universo que sólo nuestro corazón toma en serio para expiar después con desgarramientos su falta de ironía...

Nadie puede corregir la injusticia de Dios y de los hombres: todo acto no es más que un caso especial, aparentemente organizado, del Caos original. Somos arrastrados por un torbellino que se remonta a la aurora de los tiempos; y si ese torbellino ha tomado el aspecto del orden sólo es para arrastrarnos mejor...)

El desvelo por la decencia

Bajo el aguijón del dolor, la carne se despierta; materia lúcida y lírica, canta su disolución. Mientras era indiscernible de la naturaleza, reposaba en el olvido de los elementos: el yo no se había apoderado todavía de ella. La materia que sufre se emancipa de la gravitación, no es ya solidaria del resto del universo, se aísla del conjunto adormecido; pues el dolor, agente de separación, principio activo de individuación, niega las delicias de un destino estadístico.

El ser verdaderamente solitario no es el que ha sido abandonado por los hombres, sino el que sufre en medio de ellos, el que arrastra su desierto en las ferias y despliega sus talentos de leproso sonriente, de comediante de lo irreparable. Los grandes solitarios de antaño eran felices, no conocían el doblez, no tenían nada que ocultar: no se relacionaban más que con su propia soledad...

Entre todos los lazos que nos atan a las cosas, no hay uno sólo que no se afloje y perezca bajo la influencia del sufrimiento, que nos libera de todo, salvo de la obsesión de nosotros mismos y de la sensación de ser irrevocablemente *individuo*. Es la soledad hipostasiada en esencia. Además,

¿por qué medios comunicarse con los otros, si no es por la prestidigitación de la mentira? Pues si no fuéramos saltimbanquis, si no hubiésemos aprendido los artificios de un charlatanismo sabio, si en fin fuésemos *sinceros* hasta el impudor o la tragedia, nuestros mundos subterráneos vomitarían océanos de hiel, donde desaparecer sería nuestra prenda de honor: huiríamos así la inconveniencia de tanto de grotesco y de sublime. En un cierto grado de desgracia, toda franqueza llega a ser indecente. Job se detuvo a tiempo: un paso más y ni Dios ni sus amigos habrían seguido respondiéndole.

(Se está «civilizado» en la medida en que uno no proclama su lepra, en que se da prueba de respeto por la elegante falsedad, forjada por los siglos. Nadie tiene el derecho de doblegarse bajo el peso de sus horas... Todo hombre recela una posibilidad de apocalipsis, pero todo hombre se constriñe a nivelar sus propios abismos. Si cada uno diera libre curso a su soledad, Dios debería recrear de nuevo este mundo, cuya existencia depende en todo punto de nuestra educación y de este miedo que tenemos de nosotros mismos... ¿El caos? Es rechazar lo que se ha aprendido, es ser *uno mismo*...)

La gama del vacío

He visto a éste perseguir tal meta y aquél, tal otra; he visto a los hombres fascinados por objetos dispares, bajo el embrujo de proyectos y de sueños juntamente viles e indefinibles. Analizando cada caso aisladamente para penetrar en las razones de tanto fervor desperdiciado, he comprendido el sinsentido de todo gesto y de todo esfuerzo.

¿Existe una sola vida que no esté impregnada de los errores que hacen vivir? ¿Existe una sola vida clara, transparente, sin raíces humillantes, sin motivos inventados, sin los mitos surgidos de los deseos? ¿Dónde está el acto puro de toda utilidad: sol que aborrezca la incandescencia, ángel en un universo sin fe, o gusano ocioso en un mundo abandonado a la inmortalidad?

He querido defenderme contra todos los hombres, reaccionar contra su locura, descubrir su origen; he escuchado, he visto y he tenido miedo: miedo de actuar por los mismos motivos o por cualquier otro motivo, de creer en los mismos fantasmas o en cualquier otro fantasma, de dejarme ahogar por las mismas embriagueces o por cualquier otra embriaguez; miedo, finalmente, de delirar en común y de expirar en una multitud de éxtasis. Yo sabía que al separarme de una persona me iba desposeído de un error, pobre de la ilusión que le dejaba... Sus palabras enfebrecidas le descubrían prisionero de una evidencia absoluta para él e irrisoria para mí; al contacto de su absurdo, yo me despojaba del mío... ¿A qué adherirse sin el sentimiento de engañarse y sin enrojecer? No puede justificarse más que aquel que practica, *con plena conciencia*, lo disparatado necesario para cualquier acto, y que no embellece con ningún sueño la ficción a la que se entrega, del mismo modo que no puede admirarse más que a un héroe que muere sin convicción, tanto más presto al sacrificio por haber entrevisto su fondo. En lo que respecta a los amantes, serían odiosos si en medio de sus muecas el presentimiento de la muerte no les rozase. Es turbador pensar que nos llevamos a la tumba nuestro secreto —nuestra ilusión—, que no hemos sobrevivido al error misterioso que vivificaba nuestro aliento, que excepto las prostitutas y los escépticos todos caen en el engaño porque

no adivinan la equivalencia, en la nulidad, de los placeres y de las verdades.

He querido suprimir en mí las razones que invocan los hombres para existir y para actuar. He querido llegar a ser indeciblemente normal, y heme aquí en el alelamiento, en el mismo plano que los idiotas y tan vacío como ellos.

Ciertas mañanas

Pesar por no ser Atlas, por no poder sacudir los hombros para asistir al desplome de esta risible materia... La rabia sigue el camino inverso al de la cosmogonía. ¿Por qué misterio nos despertamos ciertas mañanas con la sed de demoler el conjunto inerte y vivo? Cuando el diablo se ahoga en nuestras venas, cuando nuestras ideas sufren convulsiones, y nuestros deseos hienden la luz, los elementos se abrasan y se consumen, mientras que nuestros dedos tamizan la ceniza.

¿Qué pesadillas hemos soportado durante la noche para levantarnos enemigos del sol?

¿Debemos liquidarnos a nosotros mismos para acabar con el todo? ¿Qué complicidad, qué lazos nos prolongan en una intimidad con el tiempo? La vida sería intolerable sin las fuerzas que la niegan. Dueños de una salida posible, de la idea de una huida, podríamos fácilmente abolirnos y, en el colmo del delirio, expectorar este universo.

...O, si no, rezar y esperar otras mañanas.

(Escribir sería un acto insípido y superfluo si uno pudiese llorar a discreción, imitar a los niños y a las mujeres presas de furor. En la materia de la que estamos amasados, en su más profunda impureza, se encuentra un principio de amargura, que sólo suavizan las lágrimas. Si cada vez que

las penas nos asaltan, tuviéramos la posibilidad de librarnos por el llanto, las enfermedades vagas y la poesía desaparecerían. Pero una reticencia nativa, agravada por la educación, o un funcionamiento defectuoso de las glándulas lacrimales, nos condenan al martirio de los ojos secos. Y además, los gritos, las tempestades de reniegos, la automaceración y las uñas clavadas en la carne, con las consolaciones de un espectáculo de sangre, no figuran ya entre nuestros procedimientos terapéuticos. De aquí se sigue que estamos todos enfermos y que necesitaríamos un Sahara cada uno para aullar a gusto, o las orillas de un mar elegíaco y fogoso para mezclar a sus lamentos desencadenados nuestros lamentos más desencadenados todavía. Nuestros paroxismos exigen el marco de lo sublime caricaturesco, de lo infinito apoplético, la visión de una horca donde el firmamento sirviera de patíbulo a nuestras osamentas y a los elementos.)

El luto atareado

Todas las verdades están contra nosotros. Pero continuamos viviendo porque las aceptamos en sí mismas, porque nos negamos a sacar las consecuencias. ¿Dónde hay alguien que haya traducido —en su conducta— una sola conclusión de la enseñanza de la astronomía, de la biología, y que haya decidido no volver a levantarse de la cama por rebelión o por humildad frente a las distancias siderales o a los fenómenos naturales?

¿Hubo alguna vez un orgullo vencido por la evidencia de nuestra irrealidad? Y ¿quién fue lo bastante audaz como para no hacer nada, ya que todo acto es ridículo en lo infinito? Las ciencias prueban nuestra nada. Pero, ¿quién ha

sacado de esto la última lección? ¿Quién se ha convertido en héroe de la pereza total? Nadie se cruza de brazos: somos más afanosos que las hormigas y las abejas. Pero si una hormiga, si una abeja —por el milagro de una idea o por una tentación de singularidad— se aislase del hormiguero o del enjambre, si contemplase *desde fuera* el espectáculo de sus penas, ¿se obstinaría todavía en su trabajo?

Sólo el animal racional no ha sabido aprender nada de su filosofía: se aparta y persevera sin embargo en los mismos errores de apariencia eficaz y de realidad nula.

Vista desde el exterior desde cualquier punto arquimédico, la vida —con todas sus creencias— no es posible, ni siquiera concebible. Sólo se puede *actuar* contra la verdad.

El hombre vuelve a comenzar cada día, pese a todo lo que sabe, contra todo lo que sabe. Ha llevado este equívoco hasta el vicio. La clarividencia está de luto pero —extraño contagio— incluso este luto es activo; así somos arrastrados en un séquito fúnebre hasta el Juicio; así, del mismo último reposo, del silencio final de la historia, hemos hecho una actividad: es el montaje escénico de la agonía, la necesidad de dinamismo hasta en los estertores...

(Las civilizaciones jadeantes se agotan más rápidamente que las que se acomodan en la eternidad. China, dilatándose durante milenios en la flor de su vejez, propone el único ejemplo a seguir; sólo ella ha llegado también desde hace mucho a una sabiduría refinada, superior a la filosofía: el taoísmo supera todo lo que el espíritu ha concebido en el plano del desapego. Contamos por *generaciones*: es la maldición de las civilizaciones apenas seculares el haber perdido, en su cadencia precipitada, la conciencia intemporal.

Según toda evidencia estamos en el mundo para no hacer nada; pero, en lugar de arrastrar perezosamente nuestra podredumbre, exhalamos sudor y echamos los bofes en el aire fétido. La Historia entera está en estado de putrefacción; sus relentes se desplazan hacia el futuro: hacia allí corremos, aunque no sea sino por la fiebre inherente a toda descomposición.

Es demasiado tarde para que la humanidad se emancipe de la ilusión del *acto*, es sobre todo demasiado tarde para que se eleve a *la santidad del ocio*.)

Inmunidad contra la renuncia

Todo lo que atañe a la eternidad se vuelve tópico inevitablemente. El mundo acaba por aceptar cualquier revelación y se resigna a cualquier escalofrío, con tal de que la fórmula haya sido encontrada. La idea de la futilidad universal —más peligrosa que todos los azotes— se ha degradado hasta la evidencia: todos la admiten y nadie se conforma. El espanto de una verdad última ha sido aprisionado; convertido en estribillo, los hombres no vuelven a pensar en ello, pues se han aprendido de memoria una cosa que, entrevista solamente, debería precipitarles al abismo o a la salvación. La visión de la nulidad del tiempo ha hecho nacer los santos y los poetas, y las desesperaciones de algunos solitarios, aquejados de anatema...

Esta visión no es extraña a las masas: repiten machaconamente: «¿De qué sirve eso?», «¿qué más da?»; «no hay mal que cien años dure», «todo cambia y todo sigue igual», y sin embargo nada ocurre, nada se interpone: ni un santo, ni un poeta más...

Si la gente se conformase con una sola de esas muletillas, la faz del mundo se transformaría. Pero la eternidad —surgida de un pensamiento antivital— no sabría ser un reflejo humano sin peligro para el ejercicio de los actos: se convierte en tópico para que se la pueda olvidar por una repetición maquinal. La santidad es una aventura como la poesía. Los hombres dicen «todo pasa», pero ¿cuántos captan el alcance de esta aterradora banalidad?, ¿cuántos huyen de la vida, la cantan o la lloran? ¿Quién no está imbuido de la convicción de que todo es vano? Pero ¿quién osa afrontar sus consecuencias? El hombre con vocación metafísica es más raro que un monstruo y sin embargo, cada hombre contiene virtualmente los elementos de esa vocación. Le bastó a un príncipe indio ver un inválido, un viejo y un muerto *para comprenderlo todo*; nosotros que también les vemos no comprendemos nada, pues nada cambia en nuestra vida. No podemos renunciar a ninguna cosa; sin embargo, las evidencias de la vanidad están a nuestro alcance. Enfermos de esperanza, esperamos siempre; y la vida no es más que la espera hipostasiada. Lo esperamos todo, incluso la Nada, antes que ser reducidos a una suspensión eterna, a una condición de divinidad neutra o de cadáver. Así, el corazón que se ha formado un axioma de lo Irreparable, espera todavía sorpresas. La humanidad vive amorosamente en los sucesos que la niegan...

Equilibrio del mundo

La simetría aparente de las alegrías y de las penas, no emana en absoluto de su distribución equitativa: es debida a la injusticia que golpea a ciertos individuos y los obliga así

a compensar con su aplastamiento la despreocupación de los otros. Sufrir las consecuencias de sus actos o ser preservado de ellas, tal es la suerte de los hombres.

Esta discriminación se efectúa sin ningún criterio: es una fatalidad, un reparto absurdo, una selección caprichosa. Nadie puede escapar de la condena a la felicidad o a la desdicha, ni escapar de la sentencia nativa del tribunal funambulesco cuya decisión se extiende entre el espermatozoide y la tumba.

Los hay que pagan todas sus alegrías, que expían todos sus placeres, que tienen que rendir cuentas de todos sus olvidos: no serán jamás deudores de un solo instante de felicidad. Mil amarguras han coronado para ellos un estremecimiento de placer como si no tuvieran derecho a las dulzuras admitidas, como si sus abandonos pusieran en peligro el equilibrio bestial del mundo... ¿Fueron felices en medio de un paisaje?, lo lamentarán en inminentes pesares; ¿estuvieron orgullosos de sus proyectos y de sus sueños?, se despertarán pronto, como de una utopía, corregidos por sufrimientos demasiado positivos.

Así hay sacrificados que pagan la inconsciencia de los otros, que expían no solamente su propia felicidad, sino también la de desconocidos. El equilibrio se restablece de esta manera; la proporción de las alegrías y de las penas se hace armoniosa. Si un oscuro destino universal ha decretado que tú pertenecerás al grupo de las víctimas, marcharás a lo largo de tus días pisoteando la pizca de paraíso que escondías dentro de ti, y el poco ímpetu que apuntaba en tus miradas y en tus sueños se emporcará ante la impureza del tiempo, de la materia y de los hombres. Como pedestal tendrás un muladar y como tribuna unos pertrechos de tortura. No serás digno más que de una gloria leprosa y de una corona de baba. ¿Intentar avanzar junto a

esos a quienes todo es debido, para quien todos los caminos son libres? Pero el polvo y la misma ceniza se erguirán para atajarte los escapes del tiempo y las salidas del sueño. Sea cual fuere la dirección en que te encamines, tus pasos se enlodarán, tus voces no clamarán más que los himnos del fango y, sobre tu cabeza inclinada hacia el corazón, donde sólo habita la piedad por ti mismo, pasará apenas el hálito de los bienaventurados, juguetes benditos de una ironía sin nombre; y tan poco culpables como tú mismo.

Adiós a la filosofía

Me aparté de la filosofía en el momento en que se hizo imposible descubrir en Kant ninguna debilidad humana, ningún acento de verdadera tristeza; ni en Kant ni en ninguno de los demás filósofos. Frente a la música, la mística y la poesía, la actividad filosófica proviene de una savia disminuida y de una profundidad sospechosa, que no guardan prestigios más que para los tímidos y los tibios. Por otra parte, la filosofía —inquietud impersonal, refugio junto a ideas anémicas— es el recurso de los que esquivan la exuberancia corruptora de la vida. Poco más o menos todos los filósofos han acabado *bien*: es el argumento supremo contra la filosofía. El fin del mismo Sócrates no tiene nada de trágico: es un malentendido, el fin de un pedagogo, y si Nietzsche se hundió fue como poeta y visionario; expió sus éxtasis y no sus razonamientos.

No se puede eludir la existencia con explicaciones, no se puede sino soportarla, amarla u odiarla, adorarla o temerla, en esa alternancia de felicidad y horror que expresa el ritmo

mismo del ser, sus oscilaciones, sus disonancias, sus vehemencias amargas o alegres.

¿Quién no está expuesto, por sorpresa o por necesidad, a un desconcierto irrefutable, quién no levanta entonces las manos en oración para dejarlas caer a continuación más vacías aún que las respuestas de la filosofía? Se diría que su misión es protegernos en tanto que la inadvertencia de la suerte nos deja caminar más acá del desquiciamiento y abandonarnos en cuanto somos obligados a zambullirnos en él. Y ¿cómo podría ser de otra manera, cuando se ve qué pocos de los sufrimientos de la humanidad han pasado a su filosofía? El ejercicio filosófico no es fecundo, sólo honorable. Se es siempre impunemente filósofo: un oficio sin destino que llena de pensamientos voluminosos las horas neutras y vacantes, las horas refractarias al Antiguo Testamento, a Bach y a Shakespeare. Y ¿acaso esos pensamientos se han materializado en una sola página equivalente a una exclamación de Job, a un terror de Macbeth o a una cantata? El universo no se discute; se expresa. Y la filosofía no lo expresa. Los verdaderos problemas no comienzan sino después de haberla recorrido o agotado, después del último capítulo de un inmenso tomo que pone el punto final en signo de abdicación ante lo desconocido, donde se enraizan todos nuestros instantes, y con el que nos es preciso luchar porque es naturalmente más inmediato, más importante que el pan cotidiano. Aquí el filósofo nos abandona: enemigo del desastre, es tan sensato como la razón y tan prudente como ella. Y quedamos en compañía de un anciano apestado, de un poeta instruido en todos los delirios y de un músico cuya sublimidad trasciende la esfera del corazón. No comenzamos a vivir realmente más que al final de la filosofía, sobre sus ruinas, cuando hemos comprendido su

terrible nulidad, y que era inútil recurrir a ella, que no iba a sernos de ninguna ayuda.

(Los grandes sistemas no son en el fondo más que brillantes tautologías. ¿Qué ventaja hay en saber que la naturaleza del ser consiste en la «voluntad de vivir», en la «idea», o en la fantasía de Dios o de la Química? Simple proliferación de palabras, sutiles desplazamientos de sentidos. Lo que *es* repele el abrazo verbal y la experiencia íntima no nos revela nada fuera del instante privilegiado e inexpresable. Por otro lado, el ser mismo no es más que una pretensión de la Nada.

Sólo se define por desesperación. Hace falta una fórmula; incluso hacen falta muchas, no fuera más que por dar justificación al espíritu y una fachada a la nada.

Ni el concepto ni el éxtasis son operativos. Cuando la música nos sumerge hasta las «intimidades» del ser, volvemos a salir rápidamente a la superficie: los efectos de la ilusión se disipan y el saber se declara nulo.

Las cosas que tocamos y las que concebimos son tan improbables como nuestros sentidos y nuestra razón; sólo estamos *seguros* en nuestro universo verbal, manejable a placer, e ineficaz. El ser es mudo y el espíritu charlatán. Eso se llama *conocer*.

La originalidad de los filósofos se reduce a inventar términos. Como no hay más que tres o cuatro actitudes ante el mundo —y poco más o menos otras tantas maneras de morir— los matices que las diversifican y las multiplican sólo dependen de la elección de vocablos, desprovistos de todo alcance metafísico.

Estamos abismados en un universo pleonástico, en el que las interrogaciones y las réplicas se equivalen.)

Del santo al cínico

La burla lo ha rebajado todo al rango de pretexto, salvo el Soy y la Esperanza, salvo las dos condiciones de la vida: el astro del mundo y el astro del corazón, el uno deslumbrante, el otro invisible. Un esqueleto, calentándose al sol y esperando, sería más vigoroso que un Hércules desesperado y cansado de luz; un ser, totalmente permeable a la Esperanza, sería más poderoso que Dios y más vivo que la Vida.

Macbeth, «aweary of the sun», es la última de las criaturas, pues la verdadera muerte no es la podredumbre, sino el asco de toda irradiación, la repulsión por todo lo que es germen, por todo lo que florece bajo el calor de la ilusión.

El hombre ha profanado las cosas que nacen y mueren bajo el sol, salvo el sol; las cosas que nacen y mueren en la esperanza, salvo la esperanza. No habiéndose atrevido a ir más lejos, ha puesto límites a su cinismo. Y es que un cínico, que se pretende consecuente, sólo lo es en palabras; sus gestos hacen de él el ser más contradictorio: nadie podría vivir después de haber diezmado sus supersticiones. Para llegar al cinismo total, sería preciso un esfuerzo inverso al de la santidad y al menos igualmente considerable; o, si no, imaginar un santo que, llegado a la cumbre de su purificación descubriera la vanidad del trabajo que se ha tomado y el ridículo de Dios...

Tal monstruo de clarividencia cambiaría las coordenadas de la vida: tendría fuerza y autoridad para poner en cuestión las condiciones mismas de su existencia; ya no correría el riesgo de contradecirse; ningún desfallecimiento humano debilitaría ya sus osadías; habiendo perdido el respeto religioso que tributamos, pese a nosotros, a

nuestras últimas ilusiones, se burlaría de su corazón y del sol...

Retorno a los elementos

Si la filosofía no hubiera hecho ningún progreso desde los presocráticos, no habría ninguna razón para quejarse. Hartos del fárrago de los conceptos, acabamos por advertir que nuestra vida se agita siempre en los elementos con los que ellos constituían el mundo, que son la tierra, el agua, el fuego y el aire los que nos condicionan, que esta física rudimentaria delimita el marco de nuestras pruebas y el principio de nuestros tormentos. Al haber complicado estos datos elementales hemos perdido —fascinados por el decorado y el edificio de las teorías— la comprensión del Destino, el cual, sin embargo, inmutable, es el mismo que en los primeros días del mundo. Nuestra existencia, reducida a su esencia, continúa siendo un combate contra los elementos de siempre, combate que nuestro saber no suaviza de ninguna manera.

Los héroes de cualquier época no son menos desdichados que los de Homero y, si han llegado a ser *personajes*, es que han disminuido de aliento y de grandeza. ¿Cómo podrían los resultados de la ciencia cambiar la posición metafísica del hombre? Y ¿qué representan los sondeos en la materia, los atisbos y los frutos del análisis junto a los himnos védicos y a esas tristezas de la aurora histórica deslizadas en la poesía anónima?

Mientras que las decadencias más elocuentes no nos elevan más sobre la desdicha que los balbuceos de un pastor, y que a fin de cuentas hay más sabiduría en la risotada de un idiota que en la investigación de los

laboratorios, ¿no es entonces locura perseguir la verdad por los caminos del tiempo o en los libros? Lao-tzé, reducido a unas cuantas lecturas, no es más ingenuo que nosotros, que lo hemos leído todo. La profundidad es independiente del saber. Traducimos a otros planos las revelaciones de las edades pasadas, o explotamos las intuiciones originales con las últimas adquisiciones del pensamiento. Así, Hegel es un Heráclito que ha leído a Kant; y nuestro Hastío, un eleatismo afectivo, la ficción de la diversidad desenmascarada y revelada al corazón...

Evasivas

Los únicos que sacan las últimas consecuencias son los que viven fuera del arte. El suicidio, la santidad, el vicio: otras tantas formas de falta de talento. Directa o camuflada, la confesión por la palabra, el sonido o el color detiene la aglomeración de fuerzas interiores y las debilita expulsándolas hacia el mundo exterior. Es una disminución salvadora que hace de todo acto de creación un factor de fuga. Pero el que acumula energías vive bajo presión, esclavo de sus propios excesos; nada le impide naufragar en lo absoluto...

La verdadera existencia trágica no se encuentra casi nunca entre los que saben manejar las potencias secretas que les abruman; ¿a fuerza de debilitar su alma con su obra de dónde sacarían la energía para alcanzar la extremosidad de los actos? Tal héroe se realizó en una modalidad soberbia del morir porque le faltaba la facultad de extinguirse progresivamente en los versos. Todo heroísmo expía —por el genio del corazón— una carencia de talento, todo héroe es un ser sin talento. Y es esta deficiencia lo que le proyecta

hacia delante y le enriquece, mientras que los que han empobrecido con la creación su fortuna de indecible son rechazados, en tanto que existencias, a un segundo plano, aunque su espíritu pudiera elevarse por encima de todos los otros.

Aquél se elimina del estamento de sus semejantes por el convento o por algún otro artificio: por la morfina, el onanismo o el aperitivo, mientras que una forma de expresión hubiera podido salvarle. Pero, presente siempre a sí mismo, perfecto posesor de sus reservas y de sus decepciones, acarreando la suma de su vida sin poder disminuirla con los pretextos del arte, invadido por sí mismo, no puede ser más que *total* en sus gestos y resoluciones, sólo puede sacar una conclusión que le afecte enteramente; no sabría probar los extremos: se ahoga en ellos; y se ahoga realmente en el vicio, en Dios o en su propia sangre, mientras que las cobardías de la expresión le hubieran hecho retroceder ante lo *supremo*. Quien se *expresa* no obra contra sí mismo; sólo conoce la *tentación* de las últimas consecuencias. Y el desertor no es quien las saca, sino el que se disipa y se divulga por miedo a que, entregado a sí mismo, se pierda y se desplome.

No resistencia a la noche

En el comienzo, creemos avanzar hacia la luz; después, fatigados por una marcha sin fin, nos dejamos deslizar: la tierra, progresivamente menos firme, no nos soporta ya: se abre. En vano buscaríamos perseguir un trayecto hacia un fin soleado, las tinieblas se dilatan alrededor y por debajo nuestro. Ninguna luz para alumbrarnos en nuestro deslizamiento: el abismo nos llama y nosotros le

escuchamos. Encima permanece todavía todo lo que queríamos ser, toso lo que no ha tenido el poder de elevarnos más alto. Y, enamorados otrora de las cumbres, decepcionados por ellas después, acabamos por venerar nuestra caída, nos apresuramos a cumplirla, instrumentos de una ejecución extraña, fascinados por la ilusión de tocar los confines de las tinieblas, las fronteras de nuestro destino nocturno. Una vez el miedo del vacío transformado en voluptuosidad, ¡qué suerte evolucionar en el lado opuesto al sol! Infinito al revés, dios que comienza bajo nuestros talones, éxtasis ante las resquebrajaduras del ser y sed de una aureola negra, el Vacío es un sueño invertido en el que nos hundimos.

Si el vértigo se convierte en nuestra ley, llevemos un nimbo subterráneo, una corona en nuestra caída. Destronados de este mundo, llevémonos el cetro para honrar la noche con un fasto nuevo.

(Y, sin embargo, esta caída —ciertos instantes de petulancia aparte— dista mucho de ser solemne y lírica. Habitualmente nos hundimos en un fango nocturno, en una oscuridad tan mediocre como la luz... La vida no es más que un sopor en el claroscuro, una inercia entre luces y sombras, una caricatura de ese sol interior que nos hace creer ilegítimamente en nuestra excelencia sobre el resto de la materia. Nada prueba que seamos más que nada. Para sentir constantemente esta dilatación en la que rivalizamos con los dioses, en la que nuestras fiebres triunfan sobre nuestros espantos, sería preciso mantenernos en una temperatura tan elevada que acabaría con nosotros en pocos días. Pero nuestros relámpagos son instantáneos; las caídas son nuestra regla. La vida es lo que se descompone en todo momento; es una pérdida monótona de luz, una

disolución insípida en la noche, sin cetros, sin aureolas, sin nimbos.)

Volviendo la espalda al tiempo

Ayer, hoy, mañana: categorías para uso de criados. Para el ocioso suntuosamente instalado en el Desconsuelo, y al que todo instante aflige, pasado, presente y futuro no son más que apariencias variables del mismo mal, idéntico en su sustancia, inexorable en su insinuación y monótono en su persistencia. Y ese mal es coextensivo con el ser, es el ser mismo.

Fui, soy o seré, es cuestión de gramática y no de existencia. El destino —en tanto que carnaval temporal— se presta a ser conjugado, pero desprovisto de sus máscaras, se muestra tan inmóvil y tan desnudo como un epitafio. ¿Cómo se puede conceder más importancia a la hora que es que a la que fue o será? El error en el que viven los criados —y todo hombre que se apegue al tiempo es un criado— representa un verdadero estado de gracia, un oscurecimiento embrujado; y este error —como un velo sobrenatural— cubre la perdición a la que se expone todo acto engendrado por el deseo. Pero para el ocioso desengañado, el puro hecho de vivir, el vivir puro de todo hacer, es una faena tan extenuante, que soportar la existencia sin más le parece un oficio pesado, una carrera agotadora, y todo gesto suplementario, impracticable y nulo.

Doble cara de la libertad

Aunque el problema de la libertad sea insoluble, podemos siempre discutir sobre él, ponernos del lado de la contingencia o de la necesidad... Nuestros temperamentos y nuestros prejuicios nos facilitan una opción que zanja y simplifica el problema sin resolverlo. Aunque ninguna construcción teórica logra volvérnosle sensible, hacernos experimentar su realidad frondosa y contradictoria, una intuición privilegiada nos instala en el corazón mismo de la libertad, a despecho de todos los argumentos inventados contra ella. Y tenemos miedo; tenemos miedo de la inmensidad de lo posible, no estando preparados para una revelación tan vasta y tan súbita, a ese bien peligroso al que aspiramos y ante el cual retrocedemos. ¿Qué vamos a hacer, habituados a las cadenas y a las leyes, frente a un infinito de iniciativas, a una orgía de resoluciones? La seducción de lo arbitrario nos espanta. Si podemos comenzar cualquier acto, si no hay límites para la inspiración y los caprichos, ¿cómo evitar nuestra pérdida en la embriaguez de tanto poder?

La conciencia, conmovida por esta revelación, se interroga y estremece. ¿Quién, en un mundo en el que puede disponer de todo, no ha sido presa del vértigo? El asesino hace un uso ilimitado de su libertad y no puede resistir a la idea de su poder. Está dentro de las posibilidades de cada uno de nosotros el arrebatar la vida a otro. Si todos los que hemos matado con el pensamiento desaparecieran de verdad, la tierra no tendría ya habitantes. Llevamos en nosotros un verdugo reticente, un criminal irrealizado. Y los que no tienen la audacia de confesarse sus tendencias homicidas, asesinan en sueños, pueblan de cadáveres sus pesadillas. Ante un tribunal absoluto, sólo los ángeles serían absueltos. Pues nunca hubo ser que no desease —al menos inconscientemente—

la muerte de otro ser. Cada cual arrastra tras de sí un cementerio de amigos y enemigos; importa poco que ese cementerio sea relegado a los abismos del corazón o proyectado a la superficie de los deseos.

La libertad, concebida en sus implicaciones últimas, plantea la cuestión de nuestra vida o de la de los otros; comporta la doble posibilidad de salvarnos o de perdernos.

Pero no nos sentimos libres, no comprendemos nuestras oportunidades y nuestros peligros, más que en ciertos sobresaltos. Y es la intermitencia de esos sobresaltos, su rareza, lo que explica por qué este mundo no es más que un matadero mediocre y un paraíso ficticio. Disertar sobre la libertad no lleva a ninguna consecuencia, ni para bien ni para mal; pero sólo tenemos instantes para darnos cuenta de que *todo* depende de nosotros...

La libertad es un principio *ético* de esencia *demoníaca*.

Agotamiento por exceso de sueños

Si pudiésemos conservar la energía que prodigamos en esa sucesión de sueños realizados nocturnamente, la profundidad y sutileza del espíritu alcanzaría proporciones insospechables. El argumento de una pesadilla exige un derroche nervioso más extenuante que la construcción teórica mejor articulada. ¿Cómo, tras el despertar, recomenzar la tarea de alinear ideas cuando, en la inconsciencia, estábamos inmersos en espectáculos grotescos y maravillosos, y deambulábamos a través de las esferas sin el obstáculo de la antipoética Causalidad? Durante horas fuimos semejantes a dioses ebrios y, súbitamente, cuando los ojos abiertos suprimen el infinito nocturno, tenemos que volver a enfrentarnos, bajo la

mediocridad del día, con un hartazgo de problemas incoloros, sin que nos ayude ninguno de los fantasmas de la noche. La fantasmagoría gloriosa y nefasta habrá sido pues inútil; el sueño nos ha agotado en vano. Al despertar, otro tipo de cansancio nos espera; tras haber tenido escasamente tiempo para olvidar el de la tarde, henos aquí enfrentados con el del alba. Nos hemos esforzado horas y horas en la inmovilidad horizontal sin que el cerebro aprovechase absolutamente nada de su absurda actividad. Un imbécil que no fuera víctima de este derroche, que acumulara todas sus reservas sin disiparlas en sueños, podría, posesor de una vigilia ideal, desintrincar todos los repliegues de las mentiras metafísicas o iniciarse en las más abstrusas dificultades matemáticas.

Después de cada noche estamos más vacíos: nuestros misterios, como nuestros pesares, han fluido en nuestros sueños. Así la labor del sueño no sólo disminuye la fuerza de nuestro pensamiento, sino también la de nuestros secretos...

El traidor modelo

Puesto que la vida no puede realizarse más que en la individuación —fundamento último de la soledad— cada ser está necesariamente sólo por el hecho de que es individuo. Sin embargo, todos los individuos no están solos de la misma manera ni con la misma intensidad: cada uno se coloca en un grado diferente en la jerarquía de la soledad; en el extremo se sitúa el traidor: lleva su calidad de individuo hasta la exasperación. En este sentido, Judas es el ser más solitario de la historia del Cristianismo, pero no en la de la soledad. No ha traicionado más que a un dios; ha

sabido a quién traicionaba; ha entregado a *alguien*, como otros entregan *algo*: una patria o otros pretextos más o menos colectivos. La traición que apunta un objetivo preciso, aunque traiga el deshonor y la muerte, no es misteriosa: se tiene siempre la imagen de lo que se ha querido destruir; la culpabilidad está clara, se la admita o se la niegue. Los otros te rechazan; y tú te resignas al presidio o a la guillotina...

Pero existe una modalidad mucho más compleja de traicionar; sin referencia inmediata, sin relación a un objeto o una persona. Así: abandonarlo *todo* sin saber que representa ese todo; aislarse de su medio propio; repeler —por un divorcio metafísico—la sustancia que os ha amasado, que os rodea y que os sustenta.

¿Quién, y por qué desafío, podría provocar a la existencia impunemente? ¿Quién, y con qué esfuerzos, podría desembocar en una liquidación del principio mismo de su propia respiración? Sin embargo, la voluntad de minar el fundamento de todo lo que existe produce un deseo de eficacia negativa, poderoso e inaprensible como un relente de remordimientos corrompiendo la joven vitalidad de una esperanza...

Cuando se ha traicionado al *ser*, uno no lleva consigo más que un malestar indefinido, ninguna imagen viene a apoyar con su precisión el objeto que suscita la sensación de infamia. Nadie os tira la piedra; se es un ciudadano respetable como antes; se goza de los honores de la ciudad, de la consideración de los semejantes; las leyes os protegen; se es tan estimable como cualquiera y sin embargo nadie ve que vivís de antemano vuestros funerales y que vuestra muerte no sabría añadir nada a vuestra condición irremediablemente establecida. Es que el traidor a la existencia sólo tiene que rendirse cuentas a sí mismo.

¿Qué otro podría pedírselas? Si no difamas ni a un hombre ni a una institución, no corres ningún riesgo; ninguna ley defiende a lo Real, pero todas castigan el menor perjuicio ocasionado a sus apariencias. Tienes derecho a zapar el ser mismo, pero *ningún* ser concreto; puedes lícitamente demoler las bases de todo lo que *es*, pero la prisión o la muerte os esperan al menor atentado a las fuerzas individuales.

Nada garantiza la Existencia: no hay proceso contra los traidores metafísicos, contra los Budas que rehúsan la salvación, pues éstos no son juzgados traidores más que a su propia vida. Sin embargo, de entre todos los malhechores, éstos son los más dañosos: no atacan los frutos, sino la savia, la savia misma del universo. Su castigo, sólo lo conocen ellos...

Puede que en todo traidor haya una sed de oprobio y que la elección que hace de un modo de traición dependa del grado de soledad al que aspira. ¿Quién no ha sentido el deseo de perpetrar una fechoría incomparable que le excluyese del número de los humanos? ¿Quién no ha deseado la ignominia, para cortar para siempre los lazos que le ataban a los otros, para sufrir una condena inapelable y llegar así a la quietud del abismo? Y cuando se rompe con el universo, ¿no es para hallar la paz de una falta imprescriptible? Un Judas con el alma de Buda: ¡qué modelo para una humanidad futura y agonizante!

En una de las buhardillas de la tierra

«He soñado primaveras lejanas, un sol que no alumbraba más que la espuma de las olas y el olvido de mi nacimiento, un sol enemigo del sol y de ese mal de no encontrar en

todas partes más que el deseo de estar en otro sitio. ¿Quién nos ha infligido la suerte terrestre, quién nos ha encadenado a esta materia morosa, lágrima petrificada contra la cual —nacidos del tiempo— nuestros llantos se estrellan, mientras que ella, inmemorial, cayó de un primer estremecimiento de Dios?

He detestado los mediodías y las medianoches del planeta, he languidecido por un mundo sin clima, sin las horas y este miedo que las hincha, he odiado los suspiros de los mortales bajo el volumen de las edades. ¿Dónde está el instante sin fin y sin deseo, y esa vacación, primordial, insensible a los presentimientos de las caídas y de la vida?

He buscado la geografía de la Nada, de los mares desconocidos, y otro sol, puro del escándalo de los rayos fecundos; he buscado el acunamiento de un océano escéptico donde se ahogarían los axiomas y las islas, el inmenso líquido narcótico y suave y cansado del saber.

¡Esta tierra, pecado del Creador! Pero no quiero expiar las faltas de los otros. Quiero curar de mi nacimiento en una agonía fuera de los continentes, en un desierto fluido, en un naufragio impersonal.»

El horror impreciso

No es la irrupción de un mal definido lo que nos recuerda nuestra fragilidad: advertencias más vagas, pero más turbadoras aparecen para señalarnos la inminente excomunión del seno temporal. La cercanía del asco, de esa sensación que nos separa fisiológicamente del mundo, nos revela cuán destructible es la solidez de nuestros instintos o la consistencia de nuestros amarres. En la salud, nuestra carne sirve de eco a la pulsación universal y nuestra sangre

reproduce su cadencia; en el asco, que nos acecha como un infierno virtual para atraparnos después súbitamente, estamos tan aislados en el todo como un monstruo imaginado por una teratología de la soledad.

El punto crítico de la vitalidad no es la enfermedad —que es lucha—, sino ese horror impreciso que rechaza todas las cosas y quita a los deseos la fuerza de procrear errores frescos. Los sentidos pierden su savia, las venas se secan y los órganos no perciben ya el intervalo que los separa de sus propias funciones. Todo pierde su sabor: alimentos y sueños. No hay ya aroma en la materia ni enigma en los pensamientos; gastronomía y metafísica se convierten igualmente en víctimas de nuestra inapetencia.

Permanecemos durante horas esperando otras horas, esperando instantes que no huyesen ya del tiempo, instantes fieles que nos reinstalasen de nuevo en la mediocridad de la salud... y en el olvido de sus escollos.

(Avidez del espacio, ambición inconsciente del futuro, la salud nos descubre cuán *superficial* es el nivel de la vida como tal, y hasta qué punto el equilibrio orgánico es incompatible con la profundidad interior.

El espíritu, en su ímpetu, procede de nuestras funciones comprometidas: remonta su vuelo a medida que el vacío se dilata en nuestros órganos. Sólo es *sano* en nosotros aquello por lo que no somos específicamente nosotros mismos: son nuestros ascos los que nos individualizan; nuestras tristezas las que nos conceden un nombre; nuestras pérdidas las que nos hacen posesores de nuestro yo. Sólo somos nosotros mismos por la suma de nuestros fracasos.)

Los dogmas inconscientes

Podemos incluso penetrar el *error* de un ser, desvelarle la inanidad de sus designios y de sus empresas; pero, ¿cómo arrancarle a su encarnizado apego al tiempo, cuando esconde un fanatismo tan inveterado como sus instintos, tan antiguo como sus prejuicios? Llevamos en nosotros, como un tesoro irrecusable un fárrago de creencias y de certezas indignas. Incluso quien llega a desembarazarse de ellas y a vencerlas permanece, en el desierto de su lucidez, todavía fanático: de sí mismo, de su propia existencia; ha humillado todas sus obsesiones, salvo el terreno en el que afloran; ha perdido todos sus puntos fijos, salvo la fijeza de la que provienen. La vida tiene dogmas más inmutables que la teología, pues cada existencia está anclada en infalibilidades que hacen palidecer las elucubraciones de la demencia y de la fe. El escéptico mismo, enamorado de sus dudas, se muestra fanático del escepticismo. El hombre es el ser dogmático por excelencia; y sus dogmas son tanto más profundos cuando no los formula, cuando los ignora y los sigue.

Todos creemos en muchas más cosas de las que pensamos, abrigamos intolerancias, cuidamos prevenciones sangrantes y, defendiendo nuestras ideas con medios extremos, recorremos el mundo como fortalezas ambulantes e irrefragables. Cada uno es para sí mismo un dogma supremo; ninguna teología protege a su dios como nosotros protegemos a nuestro yo; y este yo, si le asediamos con dudas y le ponemos en cuestión, no es más que por una falsa elegancia de nuestro orgullo: la causa está ganada de antemano.

¿Cómo escapar al absoluto de uno mismo? Habría que imaginar un ser desprovisto de instintos, que no llevara ningún nombre y a quien fuese desconocida su propia imagen.

Pero todo en el mundo nos repite nuestros rasgos; y la misma noche nunca es bastante espesa para impedir que nos miremos. Demasiado presentes a nosotros mismos, nuestra inexistencia antes del nacimiento y después de la muerte no influye sobre nosotros más que como idea y sólo unos pocos instantes; sentimos la fiebre de nuestra duración como una eternidad falsificada, pero que sin embargo permanece inagotable en su principio.

Está todavía por nacer quien no se adore a sí mismo. Todo lo que vive se aprecia; de otro modo, ¿de dónde provendría el espanto que hace estragos en las profundidades y en las superficies de la vida? Cada uno es para sí el único punto fijo en el universo. Y si alguien muere por una idea, es porque es su idea, y su idea es *su vida*.

Ninguna crítica de ninguna razón despertará al hombre de su «sueño dogmático».

Podrá quebrantar las certezas irreflexivas que abundan en la filosofía y sustituir las afirmaciones rígidas por otras más flexibles, pero, ¿cómo, por un método racional, logrará sacudir a la criatura, adormecida sobre sus propios dogmas, sin hacerla perecer?

Dualidad

Hay una vulgaridad que nos hace admitir cualquier cosa de este mundo, pero que no es lo bastante poderosa para hacernos admitir el mundo mismo. Así podemos soportar los males de la vida repudiando la Vida, dejarnos arrastrar por las efusiones del deseo rechazando el Deseo. En el asentimiento a la existencia existe una especie de bajeza, a la cual escapamos gracias a nuestros orgullos y a nuestros pesares, pero sobre todo gracias a la melancolía que nos

preserva de un deslizamiento hacia una afirmación final, arrancada a nuestra cobardía. ¿Hay cosa más vil que decir *sí* al mundo? Y sin embargo multiplicamos sin cesar ese consentimiento, esa trivial repetición, ese juramento de fidelidad a la vida, negado solamente por todo lo que en nosotros rehúsa la vulgaridad.

Podemos vivir como los otros viven y sin embargo esconder un *no* más grande que el mundo: es la infinitud de la melancolía...

(Sólo se puede amar a los seres que no superan el mínimo de vulgaridad indispensable para vivir. Sin embargo, sería difícil delimitar la cantidad de esta vulgaridad, tanto más cuanto que ningún acto se dispensa de ella. Todos los desechados de la vida prueban que fueron insuficientemente sórdidos... Quien triunfa en un conflicto con su prójimo surge de un muladar; y quien es vencido paga por una pureza que no ha querido ensuciar. En todo hombre, nada es más existente y verídico que su propia vulgaridad, fuente de todo lo que es elementalmente vivo. Pero, por otra parte, cuanto más establecido se está en la vida, tanto más despreciable se es. Quien no esparce a su alrededor una vaga irradiación fúnebre, y no deja al pasar un rastro de melancolía venida de mundos lejanos, ese pertenece a la sub-zoología y, más específicamente, a la historia humana.

La oposición entre la vulgaridad y la melancolía es tan irreductible que al lado de ella todas las demás parecen invenciones del espíritu, arbitrarias y placenteras; incluso las más cortantes antinomias se embotan ante esta oposición en la que se afrontan —siguiendo una dosificación predestinada— nuestros bajos fondos y nuestra hiel pensativa.)

El renegado

Se acuerda de haber nacido en algún sitio, de haber creído en los errores natales, propuesto principios y propugnado tonterías inflamadas. Enrojece... , y se encarniza en abjurar de su pasado, de sus patrias reales o soñadas, de las verdades surgidas de su médula. No encontrará la paz más que después de haber aniquilado en él el último reflejo de ciudadano y los entusiasmos heredados. ¿Cómo podrían encadenarle todavía las costumbres del corazón, cuando quiere emanciparse de las genealogías y cuando el ideal mismo del sabio antiguo, denigrador de todas las ciudades, le parece una transacción? Quien no puede tomar partido, porque todos los hombres tienen necesariamente razón y sinrazón, porque todo está justificado y es irrazonable juntamente, ése debe renunciar a su propio nombre, pisotear su identidad y volver a comenzar una nueva vida en la impasibilidad o la desesperanza. O, si no, inventar otro tipo de soledad; expatriarse en el vacío y seguir —al azar de los exilios— las etapas del desarraigo. Liberado de todos los prejuicios, se convierte en el hombre inutilizable por excelencia, al cual nadie recurre y a quien nadie teme, porque lo admite y lo repudia todo con el mismo desapego. Menos peligroso que un insecto distraído, es sin embargo un azote para la Vida, pues ella ha desaparecido de su vocabulario, junto con los siete días de la Creación. Y la Vida le perdonaría si al menos tomase gusto por el Caos, en el que ella comenzó. Pero él reniega los orígenes febriles, empezando por el suyo, sin conservar del mundo más que una memoria fría y un pesar cortés.

(De reniego en reniego, su existencia disminuye: más vago y más irreal que un silogismo de suspiros, ¿cómo será

todavía un ser de carne y hueso? Exangüe, rivaliza con la idea; se ha abstraído de sus antepasados, de sus amigos, de todas las almas y de sí mismo; en sus venas, antaño turbulentas, reposa una luz de otro mundo.

Emancipado de lo que ha vivido, desinteresado de lo que vivirá, demuele los mojones de todas sus carreteras y se sustrae a las referencias de todos los tiempos. ¿Nunca me volveré a encontrar conmigo?, se dice, feliz de volver su último odio contra sí mismo, más feliz todavía al aniquilar —*con su perdón*— los seres y las cosas.)

La sombra futura

Podemos imaginar un tiempo en el que lo habremos superado todo, incluso la música, incluso la poesía, en el cual, detractores de nuestras tradiciones y nuestros ardores, alcanzaremos tal retractación de nosotros mismos que, cansados de una tumba archisabida, pasaremos los días en una mortaja raída. Cuando un soneto, cuyo rigor eleva el mundo verbal por encima de un cosmos soberbiamente imaginado, cuando un soneto cese de ser para nosotros una tentación de lágrimas y cuando en medio de una sonata nuestros bostezos triunfen sobre nuestra emoción, entonces ya no nos querrán ni los cementerios, que no acogen más que cadáveres recientes, penetrados todavía de un poco de calor y de un recuerdo de vida.

Antes de nuestra vejez vendrá un tiempo en el que, retractándonos de nuestros ardores y doblados bajo las palinodias de la carne, avanzaremos mitad carroñas, mitad espectros. Habremos reprimido —por miedo de complicidad con la ilusión— toda palpitación en nosotros. Por no haber sabido desencarnar nuestra vida en un soneto,

arrastraremos los andrajos de nuestra podredumbre y, por haber ido más lejos que la música o la muerte, trompicaremos, ciegos, hacia una fúnebre inmortalidad...

La flor de las ideas fijas

Mientras el hombre está protegido por la demencia, actúa y prospera; pero cuando se libra de la tiranía fecunda de las ideas fijas, se pierde y se arruina. Comienza a aceptarlo todo, a envolver en su tolerancia no solamente los abusos menores, sino también los crímenes y las monstruosidades, los vicios y las aberraciones: todo vale lo mismo para él. Su indulgencia destructora de sí misma, se extiende al conjunto de los culpables, a las víctimas y a los verdugos; es de todos los partidos porque comparte todas las opiniones; gelatinoso, contaminado por el infinito, ha perdido su «carácter» a falta de un punto de referencia o de una obsesión. La vista universal funda las cosas en la indistinción, quien las distingue todavía, sin ser ni su amigo ni su enemigo, lleva en él un corazón de cera que se moldea indiferentemente sobre los objetos o sobre los seres. Su piedad se orienta a la existencia entera y su caridad es la de la duda y no la del amor; es una caridad escéptica, consecuencia del conocimiento y que excusa todas las anomalías. Pero quien toma partido, quien vive en la locura de la decisión y de la elección, nunca es caritativo; inepto para abarcar todos los puntos de vista, confinado en el horizonte de sus deseos y de sus principios, se hunde en una *hipnosis de lo finito*.

Es que las criaturas no florecen más que dando la espalda a lo universal... Ser algo —sin condiciones— es

siempre una forma de demencia cuya vida —flor de las ideas fijas— no se libera más que para marchitarse.

El «perro celestial»

No puede saberse lo que un hombre debe perder por tener el valor de pisotear todas las convenciones, no puede saberse lo que Diógenes ha perdido por llegar a ser el hombre que se lo permite todo, que ha traducido en actos sus pensamientos más íntimos con una insolencia sobrenatural como lo haría un dios del conocimiento, a la vez libidinoso y puro. Nadie fue más franco; caso límite de sinceridad y lucidez al mismo tiempo que ejemplo de lo que podríamos llegar a ser si la educación y la hipocresía no refrenasen nuestros deseos y nuestros gestos.

«Un día un hombre le hizo entrar en una casa ricamente amueblada y le dijo: "Sobre todo no escupas en el suelo". Diógenes, que tenía ganas de escupir, le lanzó el lapo a la cara, gritándole que era el único sitio sucio que había encontrado para poder hacerlo.» (Diógenes Laercio).

¿Quién, después de haber sido recibido por un rico, no ha lamentado no disponer de océanos de saliva para verterlos sobre todos los propietarios de la tierra? Y, ¿quién no ha vuelto a tragarse su pequeño escupitinajo por miedo a lanzarlo a la cara de un ladrón respetado y barrigón?

Somos todos ridículamente prudentes y tímidos: el cinismo no se aprende en la escuela. El orgullo, tampoco.

«Menipo, en su libro titulado *La virtud de Diógenes*, cuenta que fue hecho prisionero y vendido y que le preguntaron qué sabía hacer. Respondió: "Mandar", y gritó al heraldo: "Pregunta quién quiere comprar un amo".» El hombre que se enfrentaba con Alejandro y con Platón, que

se masturbaba en la plaza pública («Pluguiere al cielo que bastase también frotarse el vientre para no tener ya hambre»), el hombre del célebre tonel y de la famosa linterna, y que en su juventud fue falsificador de moneda (¿hay dignidad más hermosa para un cínico?), ¿qué experiencia debió tener de sus semejantes? Ciertamente la de todos nosotros, pero con la diferencia de que el hombre fue el único tema de su reflexión y de su desprecio. Sin sufrir las falsificaciones de ninguna moral ni de ninguna metafísica, se dedicó a desnudarle para mostrárnosle más despojado y más abominable que lo hicieron las comedias y los apocalipsis.

«Sócrates enloquecido», le llamaba Platón. «Sócrates sincero», así debía haberle llamado. Sócrates renunciando al Bien, a las fórmulas y a la Ciudad, convertido al fin en psicólogo únicamente. Pero Sócrates —incluso sublime— es aún convencional; permanece siendo *maestro*, modelo *edificante*. Sólo Diógenes no propone nada; el fondo de su actitud y la esencia del cinismo, está determinado por un horror testicular del ridículo de ser hombre.

El pensador que reflexiona sin ilusión sobre la realidad humana, si quiere permanecer en el interior del mundo y elimina la mística como escapatoria, desemboca en una visión en la que se mezclan la sabiduría, la amargura y la farsa; y, si escoge la plaza pública como espacio de su soledad, despliega su facundia burlándose de sus «semejantes» o paseando su asco, asco que hoy, con el cristianismo y la policía, no podríamos ya permitirnos. Dos mil años de sermones y de códigos han edulcorado nuestra hiel; por otra parte, en un mundo con prisas, ¿quién se detendría para responder a nuestras insolencias o para deleitarse con nuestros ladridos?

Que el mayor conocedor de los humanos haya sido motejado de *perro* prueba que en ninguna época el hombre ha tenido el valor de aceptar su verdadera imagen y que siempre ha reprobado las verdades sin miramientos. Diógenes ha suprimido en él la *fachenda*. ¡Qué monstruo a los ojos de los otros! Para tener un lugar honorable en la filosofía, hay que ser comediante, respetar el juego de las ideas y excitarse con falsos problemas. En ningún caso el hombre tal cual es debe ser vuestra *tarea*. Siempre según Diógenes Laercio:

«En los juegos olímpicos, habiendo proclamado el heraldo: "Dioxipo ha vencido a los hombres", Diógenes respondió: "Sólo ha vencido a esclavos, los hombres son asunto mío".»

Y, en efecto, los venció como ningún otro, con armas más temibles que las de los conquistadores; él, que no poseía más que una alforja, el menos propietario de los mendigos, verdadero santo de la risotada.

Tenemos que agradecer el azar que le hizo nacer antes de la llegada de la Cruz.

¿Quién sabe si, injertada en su desapego, una malsana tentación de aventura extrahumana le hubiera inducido a llegar a ser un asceta cualquiera, canonizado más tarde y perdido en la masa de los bienaventurados y del calendario? Entonces es cuando se hubiera vuelto loco, él, el ser más profundamente normal, porque estaba alejado de toda enseñanza y toda doctrina. Fue el único que nos reveló el rostro repugnante del hombre. Los méritos del cinismo fueron empañados y pisoteados por una religión enemiga de la evidencia. Pero ha llegado el momento de oponer a las verdades del Hijo de Dios las de este «perro celestial» como le llamó un poeta de su tiempo.

El equívoco del genio

Toda inspiración procede de una facultad de exageración: el lirismo —y el mundo entero de la metáfora— sería una excitación lamentable sin esa fogosidad que hincha las palabras hasta hacerlas estallar. Cuando los elementos o las dimensiones del cosmos parecen demasiado reducidos para servir de términos de comparación a nuestros estados, la poesía no espera —para superar su fase de virtualidad y de inminencia— más que un poco de claridad en las emociones que la prefiguran y la hacen nacer. No hay verdadera inspiración que no surja de la anomalía de un alma más vasta que el mundo... En el incendio verbal de un Shakespeare y de un Shelley sentimos la ceniza de las palabras, desecho y relente de la imposible demiurgia. Los vocablos se incrustan los unos en los otros, como si ninguno pudiera alcanzar el equivalente de la dilatación interior; es la hernia de la imagen, la ruptura trascendente de las pobres palabras, nacidas del uso cotidiano y ascendidas milagrosamente a las alturas del corazón. Las verdades de la belleza se nutren de exageraciones que, ante un poco de análisis, se revelan monstruosas y ridículas. La poesía: divagación cosmogónica del vocabulario... ¿Se ha combinado alguna vez más eficazmente el charlatanismo y el éxtasis? ¡La mentira, fuente de las lágrimas!, esta es la impostura del genio y el secreto del arte. ¡Naderías infladas hasta el cielo; lo improbable, generador de universos! Es que en todo genio coexiste un marsellés y un Dios.

Idolatría de la desdicha

Todo lo que construimos más allá de la existencia bruta, todas las fuerzas múltiples que dan una fisonomía al mundo, las debemos a la Desdicha, arquitecto de la diversidad, factor inteligible de nuestras acciones. Lo que su esfera no engloba, nos supera: ¿qué sentido podría tener para nosotros un acontecimiento que no nos aplastase? El Futuro nos *espera* para inmolarnos: el espíritu no registra más que la fractura de la existencia y los sentidos sólo vibran aun en la expectativa del mal... Así, pues, ¿cómo no inclinarse *sobre* el destino de Lucila de Chateaubriand o de la Günderode, y no repetir con la primera: «Me dormiría con un sueño de muerte sobre mi destino», o no embriagarse con la desesperación que hundió el puñal en el corazón de la otra? Con excepción de ciertos ejemplos de melancolía exhaustiva y de ciertos suicidios no vulgares, los hombres no son más que fantoches atiborrados de glóbulos rojos para prohijar la historia y sus muecas.

Cuando, idólatras de la desdicha, hacemos de ella el agente y la sustancia del devenir, nos bañamos en la limpidez de la suerte prescrita, en una aurora de desastres, en una gehena fecunda... Pero cuando, creyendo haberla agotado, tememos sobrevivirla, la existencia se oscurece y ya no *deviene*. Y tenemos miedo de readaptarnos a la Esperanza..., de traicionar nuestra desdicha, de traicionarnos...

El demonio

Ahí está, en el brasero de la sangre, en la amargura de cada célula, en el estremecimiento de los nervios, en esas oraciones al revés que exhala el odio, por doquiera que hace del horror, su confort. ¿Le dejaré socavar mis horas,

cuando podría, cómplice meticuloso de mi destrucción, vomitar mis esperanzas y desistir de mí mismo? Comparte —inquilino criminal— mi posada, mis olvidos y mis vigilias; para perderle, me es necesario perderme. Y cuando sólo se tiene un cuerpo y un alma, el uno demasiado pesado y la otra demasiado oscura, ¿cómo sobrellevar aún un suplemento de peso y de tinieblas? ¿Cómo arrastrar nuestros pasos en un tiempo negro? Sueño con un minuto dorado, fuera del devenir, con un minuto soleado, trascendente al tormento de los órganos y a la melodía de su descomposición.

¿Escuchar los lamentos de agonía y de gozo del Mal que se retuerce en tus pensamientos y no estrangular a tal intruso? Pero si le golpeas, sólo será por una complacencia inútil contigo mismo. Es ya tu seudónimo; no sabrías hacerle violencia impunemente. ¿Por qué torcerse cuando se acerca el último acto? ¿Por qué no ensañarte con tu propio nombre?

(Sería enteramente falso creer que la «revelación» demoníaca es una presencia inseparable de nuestra duración; sin embargo, cuando se apodera de nosotros, no podemos imaginar la cantidad de instantes neutros que hemos vivido antes. Invocar al *diablo* es colorear con un resto de teología una excitación equívoca, que nuestro orgullo rehúsa aceptar como tal. Pero, ¿quién desconoce esos temores, en los cuales uno se encuentra frente al Príncipe de las Tinieblas? Nuestro orgullo precisa de un nombre, de un gran nombre para bautizar una angustia, que sería lastimosa si no emanase más que de la filosofía. La explicación tradicional nos parece más halagadora; un residuo metafísico sienta bien al espíritu...

Es así como para velar nuestro mal demasiado inmediato, recurrimos a entidades elegantes. aunque ya en

desuso. ¿Cómo admitir que nuestros vértigos más misteriosos no proceden más que de malestares nerviosos, mientras que nos basta pensar en el Demonio en nosotros o fuera de nosotros, para erguirnos inmediatamente? De nuestros ancestros nos viene esta propensión a objetivar nuestros males íntimos; la mitología ha impregnado nuestra sangre y la literatura ha cultivado en nosotros el gusto por los *efectos*...)

La irrisión de una «nueva vida»

Clavados a nosotros mismos, carecemos de la facultad de apartarnos del camino inscrito en la inanidad de nuestra desesperación. ¿Exceptuarnos de la vida porque no constituye nuestro elemento? Nadie expide certificados de inexistencia. Nos vemos obligados a perseverar en la respiración, a sentir el aire quemar nuestros labios, a acumular pesares en el corazón de una realidad que no hemos deseado y renunciar a dar una explicación al Mal que cultiva nuestra perdición. Cuando cada momento del tiempo se precipita sobre nosotros como un puñal y nuestra carne, instigada por los deseos, rehúsa petrificarse, ¿cómo afrontar un solo instante añadido a nuestra suerte?

¿Con ayuda de qué artificios encontraríamos la fuerza de ilusión suficiente para ir en busca de otra vida, de una nueva vida?

Y es que todos los hombres que lanzan una mirada sobre sus ruinas pasadas se imaginan —para evitar las ruinas futuras— que está en su mano iniciar otra vez algo radicalmente nuevo. Se hacen una promesa solemne y esperan un milagro que les sacaría de ese abismo mediocre en el que el destino les ha hundido. Pero nada sucede.

Todos continúan siendo los mismos, modificados únicamente por la acentuación de esa tendencia a decaer que es su distintivo. No vemos en torno a nosotros sino inspiraciones y ardores degradados: todo hombre lo *promete* todo, pero todo hombre vive para conocer la fragilidad de su destello y la falta de genialidad de la vida. La autenticidad de una existencia consiste en su propia ruina. El florecimiento de nuestro porvenir: camino de apariencia gloriosa y que conduce a un fracaso; la realización de nuestros dones: camuflaje de nuestra gangrena... Bajo el Sol triunfa una primavera de carroñas. La Belleza misma no es más que la muerte pavoneándose en los capullos...

No he conocido ninguna «nueva» vida que no fuese ilusoria y estuviese amenazada en sus raíces. He visto a cada hombre avanzar en el tiempo para aislarse en una rumia angustiada y recaer en sí mismo, a guisa de renovación, la mueca imprevista de sus propias esperanzas.

Triple aporía

El espíritu descubre la Identidad; el alma, el Hastío; el cuerpo; la Pereza. Es un mismo principio de invariabilidad, expresado diferentemente bajo las tres formas del bostezo universal.

La monotonía de la existencia justifica la tesis racionalista; nos revela un universo legal, donde todo está previsto y ajustado; la barbarie de alguna sorpresa no viene a turbar su armonía.

Si el mismo espíritu descubre la Contradicción, la misma alma, el Delirio, el mismo cuerpo, el Frenesí, es para dar a luz nuevas irrealidades, para escapar a un universo

demasiado manifiestamente invariable; y es la tesis anti-racionalista la que triunfa. La eflorescencia de absurdos descubre una existencia ante la cual toda claridad de visión se muestra de una indigencia irrisoria. Es la agresión perpetua de lo Imprevisible.

Entre estas dos tendencias, el hombre despliega su equívoco: al no encontrar su *lugar* en la vida, ni en la Idea, se cree predestinado a lo Arbitrario; sin embargo, la embriaguez de su libertad no es más que un zarandeo en el interior de una fatalidad, pues la forma de su destino no está menos determinada que la de un soneto o la de un astro.

Cosmogonía del deseo

Habiendo vivido y verificado todos los argumentos contra la vida, la he despojado de sus sabores y, enfangado en sus heces, he sentido su desnudez. He conocido la metafísica postsexual, el vacío del universo inútilmente procreado y esa disipación de sudor que nos hunde en un frío inmemorial, anterior a los furores de la materia. Y he querido ser fiel a mi saber, constreñir los instintos a amodorrarse y he constatado que no sirve de nada manejar las armas de la Nada si uno no puede volverlas contra sí mismo. Pues la irrupción de los deseos, en medio de nuestros conocimientos que los invalida, crea un conflicto temible entre nuestro espíritu enemigo de la creación y el trasfondo irracional que nos une a ella.

Cada deseo humilla la suma de nuestras verdades y nos obliga a reconsiderar nuestras negaciones. Sufrimos una derrota en la práctica; sin embargo, nuestros principios permanecen inalterables... Esperábamos no ser ya hijos de

este mundo y henos aquí sometidos a los apetitos como ascetas equívocos, dueños del tiempo y enfeudados en las glándulas. Pero este juego no tiene límite: cada uno de nuestros deseos recrea el mundo y cada uno de nuestros pensamientos lo aniquila... En la vida de todos los días alternan la cosmogonía y el apocalipsis: creadores y demoledores cotidianos, practicamos a una escala infinitesimal los mitos eternos; y cada uno de nuestros instantes reproduce y prefigura el destino de semen y de ceniza adjudicado al Infinito.

Interpretación de los actos

Nadie ejecutaría el acto más ínfimo sin el sentimiento de que ese acto es la sola y única realidad. Esta ceguera es el fundamento absoluto, el principio indiscutible de todo lo que existe. El que lo discute prueba solamente que él *existe* menos, que la duda ha socavado su vigor... Pero incluso en medio de sus dudas tiene que sentir la importancia de su encaminamiento hacia la negación. Saber que *nada vale la pena* se convierte implícitamente en una creencia, por ende en una posibilidad de acto; sucede que incluso una pizca de existencia presupone una fe inconfesada; un simple paso —aunque sólo fuera hacia una apariencia de realidad— es una apostasía respecto a la nada; la misma respiración procede de un fanatismo en germen, como toda participación en el movimiento...

Desde salir a dar una vuelta hasta la matanza, el hombre no recorre la gama de los actos más que porque no percibe su sinsentido: todo lo que se hace sobre la tierra emana de una ilusión de plenitud en el vacío, de un *misterio* de la Nada...

Fuera de la Creación y de la Destrucción del mundo, todas las empresas son igualmente nulas.

La vida sin objeto

Ideas neutras como ojos secos; miradas lúgubres que quitan a las cosas todo relieve; autoauscultaciones que reducen los sentimientos a fenómenos de atención; vida vaporosa, sin llantos ni risas, ¿cómo inculcaros una savia, una vulgaridad primaveral?

¿Y cómo soportar ese corazón dimisionario y ese tiempo demasiado embotado para transmitir aún a sus propias estaciones el fermento del crecimiento y la disolución?

Cuando has visto en toda convicción una deshonra y en todo apegamiento una profanación, ya no tienes derecho a esperar, ni en este mundo ni en el otro, un destino modificado por la esperanza. Se te hace preciso elegir un promontorio ideal, ridículamente solitario, o una estrella farsante, rebelde a las constelaciones.

Irresponsable por tristeza, tu vida ha ridiculizado sus instantes; pero la vida es la *piedad de la duración*, el sentimiento de una eternidad danzarina, el tiempo que se sobrepasa y rivaliza con el sol...

Acedía

Este estancamiento de los órganos, este embotamiento de las facultades, esa sonrisa petrificada, ¿no te recuerdan a menudo el hastío de los claustros, los corazones desiertos de Dios, la sequedad y la idiotez de monjes execrándose en el arrebato extático de la masturbación? No eres más que

un monje, sin hipótesis divinas y sin el orgullo del vicio solitario.

La tierra, el cielo, son las paredes de tu celda y, en el aire que ningún hálito agita, sólo reina la ausencia de la oración. Prometido a las horas huecas de la eternidad, a la periferia de los estremecimientos y a los deseos enmohecidos que se pudren al acercarse la salvación, te bamboleas hacia un Juicio sin fasto y sin trompetas, aunque tus pensamientos, por toda solemnidad, no han imaginado más que la procesión irreal de las esperanzas.

A favor de las esperanzas, las almas se lanzaban otrora hacia las bóvedas; tú chocas contra ellas. Y vuelves a caer en el mundo como en una Trapa sin fe, arrastrándote por el bulevar, Orden de las mujeres públicas y de tu perdición.

Las fechorías del valor y del miedo

Tener miedo es pensar continuamente en sí mismo y no poder imaginar un curso objetivo de las cosas. La sensación de lo terrible, la sensación de que todo ocurre *contra* uno, supone un mundo concebido sin peligros *indiferentes*. El miedoso —víctima de una subjetividad exagerada— se cree, en mayor medida que el resto de los humanos, el blanco de acontecimientos hostiles. En este error se aproxima al valiente, que en las antípodas no vislumbra por todas partes más que invulnerabilidad. Los dos han alcanzado el punto álgido de una conciencia infatuada de sí misma: contra el uno, todo conspira; para el otro, todo es favorable. (El valeroso no es sino un fanfarrón que abraza la amenaza, que huye hacia el peligro.) El uno se instala negativamente en el centro del mundo, el otro positivamente; pero su ilusión es la misma, pues su conocimiento tiene un punto de

partida idéntico: el precio claro con respecto a las cosas, lo refieren todo a ellos, están demasiado agitados (y todo el mal en el mundo viene de un exceso de agitación, de las ficciones dinámicas de la bravura y la cobardía). Así, esos ejemplares antinómicos y parejos son los agentes de todos los disturbios, los perturbadores de la marcha del tiempo; colorean afectivamente el menor esbozo de suceso y proyectan sus designios enfebrecidos sobre un universo que —a menos de un abandono a tranquilos ascos— es degradante e intolerable. Valor y miedo, dos polos de una misma enfermedad consistente en conceder abusivamente un significado y una gravedad a la vida... Es la falta de amargura perezosa la que hace de los hombres bestias sectarias: los crímenes más matizados tanto como los más groseros son perpetrados por los que se toman las cosas en serio. Sólo el dilettante no tiene gusto por la sangre, sólo él no es criminal...

Desembriagamiento

Las preocupaciones no misteriosas de los seres se dibujan tan claramente como el contorno de esta página... ¿Qué inscribir ahí sino el asco de las generaciones que se encadenan como proposiciones en la fatalidad estéril de un silogismo?

La aventura humana tendrá ciertamente un término, que puede concebirse sin ser contemporáneo de él. Cuando se ha consumado en uno mismo el divorcio con la historia es enteramente superfluo asistir a su clausura. No hay más que mirar al hombre cara a cara para apartarse de ella y no echar de menos sus supercherías.

Millares de años de sufrimientos, que hubieran enternecido a las piedras, no hicieron más que insensibilizar a este efímero de acero, ejemplo monstruoso de evanescencia y de endurecimiento, agitado por una locura insípida, por una voluntad de existir inaprehensible e impúdica juntamente. Cuando uno se apercibe de que ningún motivo humano es compatible con el infinito y que ningún gesto vale la pena de ser esbozado, el corazón, con sus latidos, no puede ocultar ya su vacuidad. Los hombres se confunden en un azar uniforme y vano como sucede, para una mirada indiferente, con los astros o las cruces de un cementerio militar. De todos los fines propuestos a la existencia, ¿cuál, sometido al análisis, escapa al sainete o al depósito de cadáveres?

¿Cuál no se nos revela fútil o siniestro? ¿Hay algún sortilegio que pueda engañarnos todavía?

(Cuando se está excluido de las prescripciones visibles se hace uno, como el diablo, metafísicamente *ilegal*; se ha salido del orden del mundo: al no encontrar ya lugar en él, se le mira sin reconocerle; la estupefacción se regulariza en reflejo, mientras que el asombro plañidero, falto de objeto, permanece por siempre clavado en el Vacío. Se padecen sensaciones que no responden ya a las cosas porque nada las irrita ya; se supera así el sueño mismo del ángel de la melancolía y se lamenta que Durero no haya languidecido por ojos aún más lejanos...

Cuando todo parece demasiado concreto, demasiado existente, hasta la más noble visión y se suspira por algo Indefinido que no proviniese ni de la vida ni de la muerte, cuando todo contacto con el ser es una violación para el alma, ésta se excluye de la jurisdicción universal y no teniendo ya que dar cuentas ni que infringir leyes, rivaliza —por la tristeza— con la omnipotencia divina.)

Itinerario del odio

No odio a nadie; pero el odio ennegrece mi sangre y quema esta piel que los años fueron incapaces de curtir. ¿Cómo domar, bajo juicios tiernos o rigurosos, una espeluznante tristeza y un grito de despellejado?

Quise amar la tierra y el cielo, sus hazañas y sus fiebres, y no encontré nada que no me recordase la muerte: ¡flores, astros, rostros, símbolos de marchitamiento, losas virtuales de todas las tumbas posibles! Lo que se crea en la vida, y la ennoblece, se encamina hacia un fin macabro o vulgar. La efervescencia de los corazones ha provocado desastres que ningún demonio se hubiera atrevido a concebir. En cuanto veáis un espíritu inflamado, podéis estar seguros de que acabaréis por ser víctimas suyas. Los que creen en su verdad —los únicos de los que la memoria de los hombres guarda huella— dejan tras ellos el suelo sembrado de cadáveres. Las religiones cuentan en su balance más crímenes de los que tienen en su activo las más sangrientas tiranías y aquellos a quien la humanidad ha divinizado superan de lejos a los asesinos más concienzudos en su sed de sangre.

El que propone una fe nueva es perseguido, en espera de que llegue a ser a su vez perseguidor: las verdades empiezan por un conflicto con la policía y terminan por apoyarse en ella; pues todo absurdo por el que se ha sufrido degenera en legalidad, como todo martirio desemboca en los párrafos de un código, en la sosera del calendario o en la nomenclatura de las calles. En este mundo, hasta el mismo cielo llega a ser *autoridad*; y se han visto períodos que sólo vivieron para él, Medievos más pródigos en guerras que las épocas más disolutas, cruzadas bestiales, falsamente

teñidas de sublimidad, ante las cuales las invasiones de los hunos parecen travesuras de hordas decadentes.

Las hazañas inmaculadas se degradan en empresa pública; la consagración oscurece el nimbo más aéreo. Un ángel protegido por un guardia civil: así mueren las verdades y expiran los entusiasmos. Basta que una revuelta tenga razón y que cree entusiastas, que una revelación se propague y una institución la confisque para que los estremecimientos otrora solitarios —caídos en suerte a unos cuantos neófitos pensativos— se emporquen en una existencia prostituida. Que se me señale en este mundo una sola cosa que comenzase bien y que no haya acabado mal. Las palpitaciones más orgullosas se hunden en una alcantarilla, donde dejan de latir, como llegadas a su término natural: esta decadencia constituye el drama del corazón y el sentido negativo de la historia. Cada «ideal» alimentado, en los comienzos, con sangre de sus sectarios se aja y se desvanece cuando lo adopta la masa. He ahí la pila de agua bendita transformada en escupidera: es el ritmo ineluctable del «progreso»...

En estas condiciones, ¿sobre quién volcar el odio? Nadie es responsable de ser y aún menos de ser lo que es. Aquejado de existencia, cada uno sufre como un animal las consecuencias que de ello se derivan. Así es como en un mundo en el que todo es odioso, el odio llega a ser más vasto que el mundo y por haber superado su objeto, se anula.

(No son las fatigas sospechosas, ni los trastornos precisos de los órganos los que nos revelan el punto bajo de nuestra vitalidad; no son tampoco nuestras perplejidades o las variaciones del termómetro; pero nos basta con sentir esos accesos de odio y de piedad sin motivos, esas fiebres no mensurables, para comprender que nuestro equilibrio

está amenazado. Odiarlo todo y odiarse en un desenfreno de rabia caníbal; tener piedad de todo el mundo y apiadarse de uno mismo: movimientos en apariencia contradictorios, pero originariamente idénticos; pues no es posible apiadarse más que sobre lo que se quisiera hacer desaparecer, sobre lo que no merece existir. Y en estas convulsiones, el que las sufre y el universo al que se dirigen están abocados al mismo furor destructivo y enternecido. Cuando, súbitamente, uno es presa de compasión sin saber por quién, es que una laxitud de los órganos presagia un deslizamiento peligroso; y cuando esta compasión vaga y universal se vuelve hacia uno mismo, se está en la condición del último de los hombres. Es de una inmensa debilidad física de la que emana esta solidaridad negativa que, en el odio o la piedad, nos une a las cosas.

Estos dos accesos, simultáneos o consecutivos, no son tanto síntomas inciertos como signos claros de una vitalidad en baja y a la que todo irrita, desde la existencia sin delineamiento hasta la precisión de nuestra propia persona.

Sin embargo, no debemos engañarnos: estos accesos son los más claros y los más inmoderados, pero en modo alguno los únicos: en diversos grados, todo es patología, salvo la Indiferencia.)

«La perduta gente»

¡Qué idea tan ridícula, construir círculos en el infierno, variar por compartimentos la intensidad de las llamas y jerarquizar los tormentos! Lo importante es estar allí: el resto, simples florituras o... quemaduras. En la ciudad de arriba —prefiguración más dulce de la de abajo, cortadas ambas por el mismo patrón—, lo esencial, igualmente, no es

ser algo en concreto —rey, burgués, jornalero—, sino adherirse o sustraerse a ella.

Podéis sostener tal idea o tal otra, tener una posición o arrastraros; pero, desde el momento en que vuestros actos y vuestros pensamientos sirven a una especie de ciudad real o soñada, sois idólatras y prisioneros. El más tímido empleado como el anarquista más fogoso, llevados por intereses diferentes, viven en función de ella: son los dos *interiormente* ciudadanos, aunque el uno prefiera sus zapatillas y el otro su bomba. Los «círculos» de la ciudad terrestre, igual que los de la ciudad subterránea, encierran a los seres en una comunidad condenada y les arrastran a un mismo desfile de sufrimientos en el que sería ocioso buscar matices. Quien da su aquiescencia a los asuntos humanos —bajo cualquier forma, sea revolucionaria o conservadora— se consume en una delectación lamentable: mezcla sus noblezas y sus debilidades en la confusión del devenir...

Al que no consiente, de este lado o del otro de la ciudad; a quien le repugna intervenir en el curso de los grandes y de los pequeños sucesos, todas las modalidades de la vida en común le parecen igualmente despreciables. La historia no sabría presentar a sus ojos más que interés pálido de decepciones renovadas y de artificios previstos. Quien ha vivido entre los hombres y *acecha todavía un solo acontecimiento inesperado*, ése no ha comprendido nada y nunca comprenderá nada. Está maduro para la Ciudad: todo debe serle ofrecido, todos los puestos y todos los honores. Tal es el caso de todos los hombres y eso explica la longevidad de este infierno sublunar.

Historia y verbo

¿Cómo no amar la sabiduría otoñal de las civilizaciones blandas y pasadas? El horror del griego, como del romano tardío, ante la frescura y los reflejos hiperbóreos, emanaba de una repulsión por las auroras, por la barbarie desbordante de porvenir y por las tonterías de la salud. La resplandeciente corrupción de todo fin de temporada histórico se ensombrece por la proximidad del escita. Ninguna civilización logra apagarse en una agonía indefinida; alrededor merodean tribus, olfateando los efluvios de los cadáveres perfumados... Así, el entusiasta de los ponientes contempla el fracaso de todo refinamiento y el impúdico avance de la vitalidad. Sólo le queda por recoger, del conjunto del devenir, unas cuantas anécdotas... Un sistema de acontecimientos no prueba nada: las grandes hazañas han unido los cuentos de hadas y los manuales. Las empresas gloriosas del pasado; así como los hombres que las suscitaron, ya no interesan más que por las bonitas palabras que las coronaron. ¡Pobre del conquistador que no tenga ingenio! El mismo Jesús, aun siendo dictador indirecto desde hace dos milenios, no ha marcado el recuerdo de sus fieles y de sus detractores más que por los retazos de paradojas que jalonan su vida tan hábilmente escénica. ¿Cómo interesarse aún por un mártir si no profirió una frase adecuada a su sufrimiento? Sólo guardamos memoria de las víctimas pasadas o recientes si su verbo ha inmortalizado la sangre que les salpicó. Incluso los mismos verdugos no sobreviven más que en la medida en que fueron comediantes: Nerón hubiera sido olvidado hace mucho sin sus salidas de payaso sanguinario.

Cuando junto a un moribundo sus semejantes se inclinan hacia sus balbuceos, no es tanto para descifrar una última voluntad, sino más bien para recoger una frase ingeniosa que poder citar más tarde a fin de honrar su memoria. Si los

historiadores romanos no omiten jamás describir la agonía de sus emperadores, es para poner en ella una sentencia o una exclamación que éstos pronunciaron o se reputa que pronunciaron. Esto es cierto para todas las agonías, incluso las más comunes. Que la vida no significa nada, todo el mundo lo sabe o lo presiente: ¡que se salve al menos por un giro verbal! Una frase en los momentos cruciales de la vida: he aquí poco más o menos todo lo que se pide a los grandes y a los pequeños. Si faltan a esta exigencia, a esta obligación, están perdidos para siempre; pues se perdona todo, hasta los crímenes, a condición de que estén exquisitamente *comentados* y acabados. Es la absolución que el hombre concede a la historia en su conjunto, cuando ningún otro criterio se muestra operante y válido, y él mismo, recapitulando la inanidad general, no se encuentra otra dignidad que la de un literato del fracaso y un esteta de la sangre.

En este mundo, donde los sufrimientos se confunden y borran, sólo reina la *Fórmula*.

Filosofía y prostitución

El filósofo, de vuelta de los sistemas y las supersticiones, pero perseverante aún en los caminos del mundo, debería imitar el pirronismo de acera del que hace gala la criatura menos dogmática: la mujer pública. Desprendida de todo y abierta a todo; compartiendo el humor y las ideas del cliente; cambiando de tono y de rostro en cada ocasión; dispuesta a ser triste o alegre, permaneciendo indiferente; prodigando los suspiros por interés comercial; lanzando sobre los esfuerzos de su vecino superpuesto y sincero una mirada lúcida y falsa, propone al espíritu un modelo de

comportamiento que rivaliza con el de los sabios. Carecer de convicciones respecto a los hombres y a uno mismo: tal es la elevada enseñanza de la prostitución, academia ambulante de lucidez, al margen de la sociedad, como la filosofía. «Todo lo que sé lo he aprendido en la escuela de las fulanas», debería exclamar el pensador que lo acepta todo y lo niega todo; cuando, a ejemplo suyo, se ha especializado en la sonrisa fatigada, cuando los hombres no son para él sino clientes, y las aceras del mundo, el mercado donde vende su amargura, como sus compañeras su cuerpo.

Obsesión de lo esencial

Cuando toda interrogación parece accidental y periférica, cuando el espíritu busca problemas más y más vastos, sucede que en su avance no tropieza ya con ningún objeto, sino con el obstáculo difuso del vacío. Desde ese punto, el impulso filosófico, exclusivamente vuelto hacia lo inaccesible, se expone a la quiebra. Cuando examina las cosas y los pretextos temporales, se impone preocupaciones saludables; pero si inquiere por un principio más y más general, se pierde y se anula en la vaguedad de lo Esencial.

Sólo prosperan en filosofía los que se detienen a propósito; los que aceptan la limitación y el confort de un estadio razonable de inquietud. Todo problema, si se toca el fondo, lleva a la bancarrota y deja el intelecto al descubierto: no hay ya ni preguntas ni respuestas en un espacio sin horizontes. Las interrogaciones se vuelven contra el espíritu que las concibió: se convierte en víctima suya. Todo le es hostil: su propia soledad, su propia audacia,

el absoluto opaco, los dioses inverificables y la nada manifiesta: ¡Malhaya quien, llegado a un cierto momento de lo esencial, no hace alto!

La historia muestra que los pensadores que subieron hasta el final por la escala de las preguntas, que pusieron el pie en el último escalón, el del absurdo, no han legado a la posteridad más que un ejemplo de esterilidad, mientras que sus colegas, que se pararon a medio camino, han fecundado el curso del espíritu; han servido a sus semejantes, les han transmitido algún ídolo bien trabajado, algunas supersticiones corteses, algunos errores disfrazados de principios y un sistema de esperanzas. Si hubieran abrazado los peligros de un progreso excesivo, ese desdén de los errores caritativos les hubiera vuelto nocivos para los otros y para sí mismos; hubieran escrito su nombre en los confines del universo y del pensamiento, investigadores malsanos y réprobos áridos, gustadores de vértigos infructuosos, buscadores de sueños que no es lícito soñar...

Las ideas refractarias a lo Esencial son las únicas que tienen mordiente sobre los hombres. ¿Qué podrían hacer en una región del pensamiento donde periclita incluso quien aspira a instalarse en ella por inclinación natural o sed mórbida? No se puede respirar en un dominio ajeno a las dudas habituales. Y si ciertos espíritus se sitúan fuera de los interrogantes convenidos, es que un instinto enraizado en las profundidades de la materia o un vicio producido por una enfermedad cósmica, ha tomado posesión de ellos y les ha llevado a un orden de reflexiones tan exigente y tan vasto, que la misma muerte les parece sin importancia, los elementos del destino, soserías y el aparato de la metafísica, utilitario y sospechoso. Esta obsesión de una frontera última, este progreso en el vacío conllevan la forma más peligrosa de esterilidad al lado de la cual la nada

parece una promesa de fecundidad. El que es *difícil* en lo que hace —en su tarea o en su aventura— no tiene más que trasplantar su exigencia de lo *acabado* al plano universal para no poder acabar su obra ni su vida.

La angustia metafísica se origina en la condición de un artesano supremamente escrupuloso, cuyo objeto no fuera otro que *el ser*. A fuerza de análisis llega a la imposibilidad de componer, de rematar una miniatura del universo. El artista que abandona su poema, exasperado por la indigencia de las palabras, prefigura el malestar del espíritu descontento en el conjunto de lo existente. La incapacidad de aliñar los elementos —tan desnudos de sentido y de sabor como las palabras que los expresan— lleva a la revelación del vacío. Por eso el versificador se retira al silencio o a los artificios impenetrables. Ante el universo, el espíritu demasiado exigente sufre una derrota semejante a la de Mallarmé frente al arte. Se trata del pánico ante un objeto que ya no es objeto, que ya no es posible manejar, pues —idealmente— se han rebasado sus límites. Los que no permanecen en el *interior* de la realidad que cultivan, los que trascienden el oficio de existir deben o pactar con lo inesencial, dar marcha atrás e integrarse en la eterna farsa, o aceptar todas las consecuencias de una condición separada y que es sobreabundancia o tragedia, según que se la mire o que se la padezca.

Dichosos los epígonos

¿Hay delectación más sutilmente equívoca que asistir a la ruina de un mito? ¡Qué derroche de corazones para hacerlo nacer, qué excesos de intolerancia para hacerlo respetar, qué terror para los que no consienten y qué

despilfarro de esperanzas para verle... expirar! La inteligencia sólo florece en las épocas en que las creencias se ajan, en las que sus artículos y sus preceptos se relajan, en las que sus reglas se hacen más flexibles. Todo fin de época es un paraíso para el espíritu, que no recupera su juego y sus caprichos más que en medio de un organismo en plena disolución. Quien tiene la desgracia de pertenecer a un período de creación y de fecundidad sufre sus limitaciones y su encarrilamiento; esclavo de una visión unilateral, está encerrado en un horizonte limitado. Los momentos históricos más fértiles fueron al mismo tiempo los más irrespirables; se imponían como una fatalidad, feliz para un espíritu ingenuo, mortal para un amante de los espacios intelectuales. La libertad sólo tiene amplitud entre los epígonos desengañados y estériles, entre las inteligencias de las épocas tardías, épocas cuyo estilo se desagrega y no inspira más que una complacencia irónica.

Formar parte de una iglesia incierta de su dios —después de haberlo impuesto antaño a sangre y fuego— debería ser el ideal de todo espíritu liberado. Cuando un mito se hace languideciente y diáfano, y la institución que le sustenta, clemente y comprehensiva, los problemas adquieren una elasticidad agradable. El punto de desfallecimiento de una fe, el grado disminuido de su vigor, instalan un vacío tierno en las almas y las hacen receptivas, pero sin permitirlas cegarse aun ante las supersticiones que acechan y ensombrecen el porvenir. Sólo acunan al espíritu esas agonías de la historia que preceden a la insania de toda aurora...

Ultima osadía

Si es cierto que Nerón exclamó: «Feliz Príamo, que viste la ruina de tu patria», reconozcámosle el mérito de haber alcanzado el más sublime desafío, la última hipóstasis del ademán hermoso y del énfasis lúgubre. Después de tal frase, tan maravillosamente apropiada en boca de un emperador, ya se tiene derecho a la banalidad; incluso se está obligado. ¿Quién podría aún aspirar a la extravagancia? Los mínimos accidentes de nuestra trivialidad nos fuerzan a admirar a ese César cruel e histrión (y esto tanto más porque su demencia ha conocido una gloria mayor que los suspiros de sus víctimas, pues la historia escrita es tan inhumana al menos como los acontecimientos que la suscitan). Todas las *actitudes* al lado de las suyas parecen remedos. Y si fuera cierto que hizo incendiar Roma por amor a la Iliada, ¿hubo nunca homenaje más *sensible* a una obra de arte? Es en todo caso el único ejemplo de crítica literaria *en marcha*, de un juicio estético *activo*.

El efecto que un libro ejerce sobre nosotros no es real más que si experimentamos el deseo de imitar su intriga, de matar si el héroe mata, de estar celoso si está celoso, de estar enfermo o moribundo si él sufre o se muere. Pero todo eso, para nosotros, permanece en estado virtual o se degrada a letra muerta; sólo Nerón se ofrece la literatura como espectáculo; sus *reseñas* las hace con las cenizas de sus contemporáneos y de su capital...

Tales palabras y tales actos debían ser al menos una vez proferidas y realizados. Un infame se encargó de ello. Esto puede consolarnos, debe incluso pues, si no, ¿cómo reanudaríamos nuestro ajetreo cotidiano y nuestras verdades hábiles y prudentes?

Efigie del fracasado

Todo acto le horroriza y se repite a sí mismo: «¡El movimiento, menuda tontería!» No son tanto los acontecimientos lo que le irrita, sino la idea de tomar parte en ellos; sólo se agita para apartarse de ellos. Sus sarcasmos han devastado la vida antes de que agotase su savia. Es un Eclesiastés de la encrucijada, que extrae de la universal insignificancia una excusa para sus derrotas. Deseoso de encontrarlo todo sin importancia, lo logra fácilmente, pues toda la multitud de las evidencias está ampliamente de su lado. En la batalla de los argumentos vence siempre, del mismo modo que es siempre vencido en la acción: tiene «razón», lo rechaza todo y todo le rechaza. Ha comprendido prematuramente lo que no se debe comprender para vivir y como su talento era demasiado lúcido respecto a sus propias funciones, lo ha desperdiciado por miedo a que fluyese en la bobería de una obra. Lleva la imagen de lo que hubiera podido ser como un estigma o una aureola, enrojece y se congratula de la excelencia de su esterilidad, por siempre extraño a las seducciones ingenuas, único liberto entre los ilotas del Tiempo. Extrae su libertad de la inmensidad de sus incumplimientos; es un dios infinito y lastimoso a quien ninguna creación limita, a quien ninguna criatura adora, y a quien nadie disculpa. El desprecio que derramó sobre los otros le es devuelto por éstos. Sólo expía los actos que no ha efectuado, cuyo número excede sin embargo el cálculo de su orgullo dolorido. Pero finalmente, a guisa de consolación, y al término de una vida sin títulos, lleva su inutilidad como una corona.

(«¿Para qué?», adagio del Fracasado, de un simpatizante de la muerte... ¡Qué estimulante, cuando se comienza a sufrir un acoso! Pues la muerte, antes de que hagamos excesivo hincapié en ella, nos enriquece, y nuestras fuerzas

se acrecientan a su contacto; después, ejerce sobre nosotros su obra de destrucción. La evidencia de la inutilidad de todo esfuerzo, y esa sensación de cadáver futuro erigiéndose ya en el presente y llenando el horizonte del tiempo, acaban por embotar nuestras ideas, nuestras esperanzas y nuestros músculos, de tal suerte que el aumento de impulso suscitado por la recentísima obsesión se convierte, una vez implantada irrevocablemente en el espíritu, en un estancamiento de nuestra vitalidad. Así esta obsesión nos incita a llegar a serlo todo y nada. Normalmente, debería ponernos ante la única elección posible: el convento o el cabaret. Pero cuando no podemos huir de ella ni por la eternidad ni por los placeres, cuando, hostigados en medio de la vida, estamos igualmente lejanos del cielo y de la vulgaridad, nos transforma en esa especie de héroes descompuestos que lo prometen todo y no cumplen nada: ociosos desriñonándose en el Vacío; carroñas verticales, cuya única actividad se reduce a pensar que dejarán de ser...)

Condiciones de la tragedia

Si Jesús hubiera acabado su carrera en la cruz y no se hubiera comprometido a resucitar, ¡qué hermoso héroe de tragedia hubiese sido! Su vertiente divina ha hecho perder a la literatura un tema admirable. Comparte así la suerte, estéticamente mediocre, de todos los justos. Como todo lo que se perpetúa en el corazón de los hombres, como todo lo que se expone al culto y no muere irremediablemente, no se presta nada a esa visión de un fin total que marca un destino trágico. Para eso hubiese hecho falta que nadie le siguiese y que la transfiguración no viniese a elevarle a una

ilícita aureola. ¡Nada más extraño a la tragedia que la idea de redención, salvación e inmortalidad! El héroe sucumbe bajo sus propios actos, sin que le sea dado escamotear su muerte por una gracia sobrenatural; no se prolonga —en tanto que *existencia*— de ningún modo, permanece *distinto* en la memoria de los hombres como un espectáculo de sufrimiento; al no tener discípulos, su destino infructuoso no fecunda nada salvo la imaginación de los otros. Macbeth se desploma sin esperanza de rescate: no hay *extremaunción* en la tragedia...

Lo propio de una fe, aunque deba fracasar, es eludir lo irreparable. (¿Qué hubiera podido hacer Shakespeare por un mártir?) El verdadero héroe combate y muere en nombre de su destino, no en nombre de una creencia. Su existencia elimina toda idea de escapatoria; los caminos que no le llevan a la muerte le resultan callejones sin salida; trabaja en su «biografía», cuida su desenlace y hace todo lo posible, instintivamente, para componerse acontecimientos funestos. Puesto que la fatalidad es su savia, cualquier escapatoria no podría ser más que una infidelidad a su perdición.

Por eso el hombre del destino no se convierte nunca a ninguna creencia, fuera la que fuese; equivocaría su fin. Y si estuviese inmovilizado sobre la cruz, no sería él quien levantase los ojos hacia el cielo: su propia historia es su único absoluto, como su *voluntad* de tragedia su único deseo...

La mentira inmanente

Vivir significa: creer y esperar, mentir y mentirse. Por eso la imagen más verídica que se ha creado nunca del hombre

sigue siendo la del caballero de la Triste Figura, ese caballero que se encuentra incluso en el sabio más cumplido. El episodio penoso en torno a la Cruz o ese otro más majestuoso coronado por el Nirvana participan de la misma irrealidad, aunque se les haya reconocido una calidad simbólica que fue rehusada después a las aventuras del pobre hidalgo. No todos los hombres pueden tener éxito: la fecundidad de sus mentiras varía... Tal engaño triunfa: resulta una rebelión, una doctrina o un mito y una muchedumbre de fieles; tal otro fracasa: no es entonces más que una divagación, una teoría o una ficción. Sólo las cosas inertes *no añaden* nada a lo que son: una piedra no miente: no interesa a nadie, mientras que la vida inventa sin cesar: la vida es la *novela* de la materia.

Polvo prendado de fantasmas, tal es el hombre: su imagen absoluta, de parecido ideal, se encarnaría en un Don Quijote visto por Esquilo...

(Si en la jerarquía de las mentiras la vida ocupa el primer puesto, el amor le sucede inmediatamente, mentira en la mentira. Expresión de nuestra posición híbrida, se rodea de un aparato de beatitudes y de tormentos gracias al cual encontramos en otro un sustituto de nosotros mismos. ¿Merced a qué superchería dos ojos nos apartan de nuestra soledad? ¿Hay quiebra más humillante para el espíritu? El amor adormece el conocimiento; el conocimiento despierto mata al amor. La irrealidad no puede triunfar indefinidamente, ni siquiera disfrazada con la apariencia de la más exaltante mentira. Y por otra parte, ¿quién tendría una ilusión tan firme como para encontrar en *otro* lo que ha buscado vanamente en sí mismo? «Un retortijón de tripas nos dará lo que el universo entero no ha sabido ofrecernos? Y, sin embargo, ese es el fundamento de esta anomalía corriente y sobrenatural: resolver entre dos —o más bien,

suspender— todos los enigmas; a favor de una impostura, olvidar esta ficción en que flota la vida; con un doble arrullo llenar la vacuidad general; y —parodia del éxtasis—, ahogarse, finalmente, en el sudor de un cómplice cualquiera...)

El advenimiento de la conciencia

¡Cuánto debieron embotarse nuestros instintos y flexibilizarse su funcionamiento antes de que la conciencia extendiese su control sobre el conjunto de nuestros actos y nuestros pensamientos! La primera reacción natural *refrenada* comportó todos los aplazamientos de la actividad vital, todos nuestros fracasos en lo inmediato. El hombre —animal de deseos retardados— es una nada lúcida que lo engloba todo y no es englobado por nada, que vigila todos los objetos y no dispone de ninguno.

Comparados con la aparición de la conciencia, los demás acontecimientos son de una importancia mínima o nula. Pero esta aparición, en contradicción con los datos de la vida, constituye una irrupción peligrosa en el seno del mundo animado, un escándalo en la biología. Nada lo hacía prever: el automatismo natural no sugería la eventualidad de un animal que se lanzase más allá de la materia. Un gorila que perdió sus pelos y los reemplazó por ideales, un gorila con guantes, forjador de dioses, agravando sus muecas y adorando al cielo, ¡cuánto debió sufrir la naturaleza, cuánto sufrirá todavía, ante semejante caída! Es que la conciencia lleva lejos y lo permite todo. Para el animal, la vida es un absoluto; para el hombre, es un absoluto y un pretexto. En la evolución del universo, no hay fenómeno más importante que esta posibilidad que nos fue

reservada de convertir todos los objetos en pretextos, de *jugar* con nuestras empresas cotidianas y nuestros fines últimos, de poner en el mismo plano, por la divinidad del capricho, un dios y una escoba.

Y el hombre no se desembarazará de sus ancestros —y de la naturaleza— más que cuando haya liquidado en él todos los vestigios de lo Incondicionado, cuando su vida y la de los otros le parezcan unos títeres de cuyos hilos tirará para reírse, una diversión de fin de los tiempos. Será entonces *el ser puro*. La conciencia habrá cumplido su papel...

La arrogancia de la oración

Cuando se llega al límite del monólogo, a los confines de la soledad, se inventa —a falta de un interlocutor— a Dios, pretexto supremo del diálogo. Mientras Le nombras, tu demencia está bien disfrazada y... todo te está permitido. El verdadero creyente apenas se distingue del loco; pero su locura es legal, admitida; acabaría en un asilo si sus aberraciones estuviesen horras de toda fe. Pero Dios las cubre, las hace legítimas.

El orgullo de un conquistador palidece junto a la ostentación del devoto que se dirige al Creador. ¿Cómo se puede ser tan atrevido? Y ¿cómo podría ser la modestia una virtud de los templos, cuando una vieja decrépita que se imagina el Infinito a su alcance, se eleva por la oración a un nivel de audacia al que ningún tirano aspiró nunca?

Sacrificaría el imperio del mundo por un solo momento en el que mis manos juntas implorasen al gran responsable de nuestros enigmas y nuestras banalidades. Empero ese momento constituye la calidad corriente —y a modo de

tiempo *oficial*— de cualquier creyente. Pero quien es verdaderamente modesto se repite a sí mismo: «demasiado humilde para rezar, demasiado inerte para franquear el umbral de una iglesia, me resigno a mi sombra y no quiero una capitulación de Dios ante mis oraciones». Y a los que le proponen la inmortalidad, les responde: «Mi orgullo no es inagotable: sus recursos son limitados. Vosotros pensáis, en nombre de la fe, vencer vuestro yo; *en realidad*, deseáis perpetuarlo en la eternidad, pues no os basta esta duración presente.

Vuestra soberbia excede en refinamiento todas las ambiciones del siglo. ¿Qué sueño de gloria, comparado con el vuestro, no se revela engaño y humo? Vuestra fe no es más que un delirio de grandeza tolerado por la comunidad, gracias a que utiliza caminos camuflados; pero vuestro polvo es vuestra única obsesión: golosos de lo intemporal, perseguís al tiempo que lo dispersa. Sólo el más allá es lo bastante espacioso para vuestras apetencias; la tierra y sus instantes os parecen demasiado frágiles. La megalomanía de los conventos supera todo lo que jamás imaginaron las fiebres suntuosas de los palacios. Quien no consiente su nada, es un enfermo mental. Y el creyente, entre todos, es el menos dispuesto a consentir. La voluntad de durar, llevada hasta tal punto, me espanta. Me niego a la seducción malsana de un Yo indefinido.

Quiero revolcarme en mi mortalidad. Quiero seguir siendo *normal*.»

(Señor, dame la facultad de no rezar jamás, librarme de la insania de toda adoración, aleja de mí esa tentación de amor que me entregaría para siempre a Ti. ¡Que el vacío se extienda entre mi corazón y el cielo! No deseo ver mis desiertos poblados con Tu presencia, mis noches tiranizadas con Tu luz, mis Siberias fundidas bajo Tu sol. Más solitario

que Tú, quiero mis manos puras, a diferencia de las tuyas, que se ensuciaron para siempre al modelar la tierra y al mezclarse en los asuntos del mundo. No pido a Tu estúpida omnipotencia más que respeto para mi soledad y mis tormentos. No tengo nada que hacer con tus palabras; y temo la locura que me las haría escuchar.

Dispénsame el milagro recoleto de antes del primer instante, la paz que Tú no pudiste tolerar y que te incitó a labrar una brecha en la nada para inaugurar esta feria de los tiempos, y para condenar así al universo, a la humillación y la vergüenza de existir.)

Lipemanía

¿Por qué no tienes la fuerza de sustraerte a la obligación de respirar? ¿Por qué aguantar todavía este aire solidificado que bloquea tus pulmones y se estrella contra tu carne? ¿Cómo vencer esas esperanzas opacas y esas ideas petrificadas, cuando, alternativamente, tú imitas la soledad de una roca, o el aislamiento de un esputo fijo en los bordes del mundo? Estás más alejado de ti mismo que de un planeta no descubierto, y tus órganos, vueltos hacia los cementerios, tienen celos de su dinamismo...

¿Abrirte las venas para inundar esta hoja que te irrita como te irritan las estaciones?

¡Ridícula tentativa! Tu sangre, decolorada por las noches en blanco, ha suspendido su curso... Nada despertará de nuevo en ti la sed de vivir y de morir, apagada por los años, por siempre alejada con repugnancia de esos manantiales sin murmullo ni prestigio en los que se abrevan los hombres. Aborto de labios mudos y secos, permanecerás más allá del

ruido de la vida y de la muerte, incluso más allá del ruido de las lágrimas...

(La verdadera grandeza de los santos consiste en ese poder —insuperable entre todos— de vencer el Miedo al Ridículo. Nosotros no podríamos llorar sin avergonzarnos; ellos invocan «el don de las lágrimas». Una preocupación de honorabilidad en nuestras «sequedades» nos inmoviliza como espectadores de nuestro infinito amargo y comprimido, de nuestros anegamientos que no suceden. Sin embargo, la función de los ojos no es ver, sino llorar; y para ver realmente hay que cerrarlos: es la condición del éxtasis, de la única visión reveladora, mientras que la percepción se agota en el horror de lo *ya visto*, de lo irreparablemente *sabido* desde siempre.

Para el que ha presentido los desastres inútiles del mundo, y a quien el saber no ha traído sino la confirmación de un desencanto innato, los escrúpulos que le impiden llorar acentúan su predisposición a la tristeza. Y si está en cierta manera celoso de las hazañas de los santos, no es tanto por su asco de las apariencias o su apetito trascendente, sino más bien por su victoria sobre ese miedo del ridículo; al cual él no puede sustraerse y que le retiene más acá de la inconveniencia sobrenatural de las lágrimas.)

Maldición diurna

Repetirse a uno mismo mil veces por día: «Nada tiene valor aquí abajo», encontrarse eternamente en el mismo punto y girar tontamente como un trompo... Pues no hay progreso en la idea de la vanidad de todo, ni desenlace; y, por más lejos que nos arriesguemos en tal meditación, nuestro conocimiento no crece en modo alguno: es en su

momento presente tan rico y tan nulo como lo era en un principio. Es un alto en lo incurable, una lepra del espíritu, una revelación por el estupor. Un simple de espíritu, un idiota, que sufriese una iluminación y que se instalase en ella sin ningún medio de salir y recuperar su condición nebulosa y confortable, tal es el estado de quien se ha enrolado, a su pesar, en la percepción de la universal futilidad. Abandonado por sus noches, presa de una claridad que le ahoga, no sabe qué hacer de ese día que ya no acaba. ¿Cuándo cesará la luz de derramar sus rayos, funestos para el recuerdo de un mundo nocturno y anterior a todo lo que fue? ¡Qué acabado está el caos, sedante y tranquilo, antes de la terrible Creación, o, más dulce aún, el caos de la nada mental!

Defensa de la corrupción

Si se pusiera en un platillo de la balanza el mal que los «puros» han derramado sobre el mundo y en el otro el mal proveniente de los hombres sin principios y sin escrúpulos, es el primer platillo el que inclinaría la balanza. En el espíritu que la propone, toda fórmula de salvación erige una guillotina... Los desastres de las épocas corrompidas tienen menos gravedad que los azotes causados por las épocas ardientes; el fango es más agradable; hay más suavidad en el vicio que en la virtud, más humanidad en la depravación que en el rigorismo. El hombre que reina y no cree en nada, he aquí el modelo de un paraíso de la decadencia, de una soberana solución de la historia. Los oportunistas han salvado a los pueblos: los héroes los han arruinado.

Hay que sentirse contemporáneo, no de la Revolución y Bonaparte, sino de Fouché y Talleyrand: no le ha faltado a la

versatilidad de éstos más que un suplemento de tristeza para que nos sugirieran con sus actos un Arte de vivir.

A las épocas disolutas corresponde el mérito de haber puesto al desnudo la esencia de la vida, de habernos revelado que todo no es sino *farsa* o *amargura*, y que ningún acontecimiento merece ser emperifollado, puesto que es necesariamente execrable. La mentira tramada de las grandes épocas de tal siglo, de tal rey, de tal papa... La «verdad» sólo se vislumbra en los momentos en los que los espíritus, olvidados del delirio constructivo, se dejan arrastrar por la disolución de las morales, de los ideales y de las creencias. Conocer, es *ver*; no es ni esperar ni emprender.

La estupidez que caracteriza las cimas de la historia sólo tiene equivalente en la ineptitud de sus agentes. Si se llevan hasta el fin los actos y los pensamientos es por una falta de agudeza. A un espíritu liberado le repugnan la tragedia y la apoteosis: las desgracias y las palmas le exasperan no menos que la banalidad. *Ir demasiado lejos*, es dar infaliblemente una prueba de mal gusto. El esteta tiene horror a la sangre, a lo sublime y a los héroes... No aprecia ya más que a los bromistas...

Un universo anticuado

El proceso de envejecimiento en el universo verbal sigue un ritmo de aceleración diferente al del mundo físico. Las palabras, demasiado repetidas, se extenúan y mueren, mientras que la monotonía constituye la ley de la materia: El espíritu necesitaría un diccionario infinito, pero sus medios se limitan a unos cuantos vocablos trivializados por el uso. Es así como lo *nuevo*, exigiendo combinaciones

extrañas, obliga a las palabras a funciones inesperadas: *la originalidad se reduce a la tortura del adjetivo y a una impropiedad sugestiva de la metáfora*. Coloca las palabras en su sitio: el cementerio cotidiano de la Palabra. Lo *sagrado* en una lengua constituye la muerte: una palabra *prevista* es una palabra difunta; sólo su empleo artificial le inyecta un nuevo vigor, en espera de que el vulgo la adopte, la aje y la manche. El espíritu es *preciosista* o no es, en tanto que la naturaleza se huelga en la simplicidad de sus medios siempre iguales.

Lo que llamamos *nuestra* vida en relación a la vida sin más, es una creación incesante de modas con ayuda de la palabra artificialmente manejada; es una proliferación de futilidades, sin las cuales nos haría falta expirar en un bostezo que se tragaría la historia y la materia. Si el hombre inventa físicas nuevas, no es tanto para llegar a una explicación válida de la naturaleza como para escapar al hastío del universo conocido, habitual, vulgarmente irreductible, al cual atribuye arbitrariamente tantas dimensiones como adjetivos proyectamos sobre una cosa inerte que estamos cansados de ver y de sufrir como era vista y sufrida por la estupidez de nuestros ancestros o de nuestros antepasados próximos. ¡Malhaya quien, habiendo comprendido esta mascarada se aleja de ella! Habrá pisoteado el secreto de su vitalidad e irá a reunirse con la verdad inmóvil y sin atractivos de aquellos en los que las fuentes del Preciosismo se han secado, y cuyo espíritu se marchitó falto de artificio.

(Es completamente legítimo el momento en que la vida pasará de moda, cayendo en desuso como la luna o la tuberculosis después del abuso romántico: irá a coronar el anacronismo de los símbolos despojados y de las enfermedades desenmascaradas; volverá a ser *ella misma*:

una dolencia sin prestigios, una fatalidad sin brillo. Y es fácilmente previsible el momento en el que ninguna esperanza surgirá ya de los corazones, en el que la tierra será tan glacial como las criaturas, en el que ningún sueño embellecerá la inmensidad estéril. La humanidad enrojecerá de procrear cuando vea las cosas como son. La vida sin la savia de los engaños y los errores, la vida pasada de moda, no encontrará ninguna clemencia ante el tribunal del espíritu. Pero, a fin de cuentas, ese mismo espíritu se desvanecerá: no es más que un pretexto en la nada, como la vida no es más que un prejuicio.

La historia se, sostiene mientras que por encima de las bogas transitorias, de las cuales los acontecimientos son la sombra, una moda más general planea como una invariante; pero cuando esta invariante se desvele a todos como un simple capricho, cuando la inteligencia del error de vivir llegue a ser un bien común y una verdad unánime, ¿de dónde sacaremos reaños para engendrar, o incluso para fingir el esbozo de un acto, el simulacro de un gesto? ¿Por qué arte sobrevivir a nuestros instintos clarividentes y a nuestros corazones lúcidos? ¿Qué prodigio reanimará un atentación futura en un universo anticuado?)

El hombre carcomido

No quiero ya colaborar con la luz ni emplear la jerga de la vida. No volveré a decir:

«Yo soy» sin enrojecer. El impudor del aliento, el escándalo de la respiración están unidos al abuso de un verbo auxiliar...

Ya ha pasado el tiempo en que el hombre se pensaba en términos de aurora; en reposo sobre una materia anémica,

helo aquí abierto a su verdadero deber, al deber de estudiar su perdición y de correr a ella... ¡está en el umbral de una nueva era: la de *la Piedad de sí mismo*. Y esta Piedad es su segunda caída, más neta y más humillante que la primera: es una caída sin rescate. En vano inspecciona los horizontes: mil y un salvadores se perfilan, salvadores de pega, ellos mismos desconsolados también. Se aparta de ellos para prepararse, en su alma excesivamente madura, a la dulzura de pudrirse... Llegado a lo más íntimo de su otoño, oscila entre la Apariencia y la Nada, entre la forma engañosa del ser y su ausencia: vibración entre dos irrealidades...

La conciencia ocupa el vacío que sigue a la erosión de la existencia por el espíritu. Se precisa la obnubilación de un creyente o de un idiota para integrarse a la «realidad», la cual se desvanece al acercarse la menor duda, cualquier sospecha de improbabilidad o un sobresalto de angustia, otros tantos rudimentos que prefiguran la conciencia y que, *desarrollados*, la engendran, la definen y la exasperan. Bajo el efecto de esta conciencia, de esta presencia incurable, el hombre accede a su más alto privilegio: el de perderse. Enfermo de honor de la naturaleza, corrompe la savia de ésta; vicio abstracto de los instintos, destruye su vigor. El universo se aja a su contacto y el tiempo hace las maletas... No podía realizarse —y descender la pendiente— más que sobre la ruina de los elementos. Una vez acabada su obra, ya está madura para desaparecer: ¿durante cuántos siglos todavía va a escucharse su estertor?

El pensador de ocasión

Las ideas son los sucedáneos de los pesares.

MARCEL PROUST

El pensador de ocasión

Vivo en la espera de la Idea; la presiento, la cerco, me apodero de ella, y no puedo formularla, se me escapa, no me pertenece todavía: ¿la habré concebido en mi ausencia? Y ¿cómo, de inminente y confusa, volverla presente y luminosa en la agonía inteligible de la expresión? ¿Qué estado debo esperar para que ella florezca y se marchite?

Anti-filósofo, aborrezco toda idea *indiferente*: no siempre estoy triste, luego no siempre pienso. Cuando *miro* a las ideas que parecen aún más inútiles que las cosas; de ese modo no he gustado más que de las elucubraciones de los grandes enfermos, de lo rumiado en los insomnios, de los relámpagos de un espanto incurable y de las dudas atravesadas de suspiros. La cantidad de claroscuro que una idea encubre es el único indicio de su profundidad, como el acento desesperado de su regocijo es el indicio de su fascinación. ¿Cuántas noches en blanco esconde vuestro pasado nocturno?: así deberíamos abordar a todo pensador. El que piensa *cuando quiere* no tiene nada que decirnos: está por encima, o más bien, *al lado* de su pensamiento, no es responsable de él, ni está en absoluto comprometido en él, pues nada gana ni pierde al arriesgarse en un combate en el que él mismo no es su propio enemigo. No le cuesta nada creer en la Verdad. No sucede lo mismo con un espíritu

para el que lo *verdadero* y lo *falso* han dejado de ser supersticiones; destructor de todos los criterios, él *se constata*, como los enfermos y los poetas; piensa por accidente: la gloria de un malestar o de un delirio le bastan. ¿No es acaso una indigestión más rica en ideas que un desfile de conceptos? Las disfunciones de los órganos determinan la fecundidad del espíritu: quien no *sienta* su cuerpo jamás estará en disposición de concebir un pensamiento vivo; esperará inútilmente la sorpresa ventajosa de algún inconveniente...

En la indiferencia afectiva las ideas se dibujan; sin embargo, ninguna toma forma: corresponde a la tristeza ofrecer un clima a su eclosión. Les hace falta una cierta tonalidad, un cierto color para vibrar e iluminarse. Ser durante largo tiempo estéril es acecharlas, desearlas sin poder comprometerlas en una fórmula. Las «estaciones» del espíritu están condicionadas por un ritmo orgánico; no depende de «mí» el ser ingenuo o cínico: *mis verdades son los sofismas de mi entusiasmo o de mi tristeza*. Existo, siento y pienso al azar del instante y pese a mí. El Tiempo me constituye; me opongo en vano a él y *soy*. Mi no deseado presente se desenvuelve, *me* desenvuelve; como no puedo controlarlo, me limito a comentarlo; esclavo de mis pensamientos, juego con ellos, como un bufón de la fatalidad...

Las ventajas de la debilidad

El individuo que no va más allá de su calidad de hermoso ejemplar, de modelo acabado, y cuya existencia se confunde con su destino vital, se coloca fuera del espíritu. La masculinidad ideal —obstáculo a la percepción de los

matices— comporta una insensibilidad para con lo *sobrenatural cotidiano*, de donde el arte saca su sustancia.

Cuanto más *naturaleza* se es, menos se es artista. El vigor homogéneo, no diferenciado, opaco, fue idolatrado por el mundo de las leyendas, por las fantasías de la mitología. Cuando los griegos se entregaron a la especulación, el culto al efebo anémico reemplazó al de los gigantes; y los mismos héroes, simplones sublimes en tiempos de Homero, llegaron a ser, gracias a la tragedia, portadores de tormentos y dudas incompatibles con su tosca naturaleza.

La riqueza interior resulta de los conflictos que se tienen con uno mismo; pero la vitalidad que dispone plenamente de sí misma no conoce más que el combate exterior, el encarnizamiento con el objeto. En el macho a quien una dosis de feminidad debilita, se afrontan dos tendencias: por su faceta pasiva, capta todo un mundo de abandonos; por su faceta imperiosa, convierte su voluntad en ley. Mientras sus instintos permanecen inalterados, sólo interesa a la especie; en cuanto una insatisfacción secreta se desliza en ellos, se convierte en un *conquistador*. El espíritu le justifica, le explica y le excusa y, archivándole en el orden de los tontos superiores, le abandona a la curiosidad de la Historia, investigación de la estupidez en marcha...

Aquel para quien la existencia no constituya un mal a la vez vigoroso y vago, no sabrá jamás instalarse en el corazón de los problemas ni conocer los peligros. La condición propicia a la búsqueda de la verdad o de la expresión se halla a medio camino entre el hombre y la mujer: las lagunas de la «virilidad» son la sede del espíritu... Si la hembra pura, de la que no podría sospecharse ninguna anomalía sexual ni psíquica, está más vacía interiormente que un animal, el macho intacto agota la definición del «cretino».

Considerad cualquier persona que haya retenido vuestra atención o excitado vuestro fervor: en su mecanismo algo se ha estropeado *en su provecho*. Despreciamos con justicia a los que no han aprovechado sus defectos, a los que no han explotado sus carencias y no se han enriquecido con sus pérdidas, lo mismo que despreciamos a todo hombre que no sufra por ser hombre o simplemente por ser. No se podría infligir a alguien ofensa más grave que llamarle «feliz», ni halagarle más que atribuyéndole «un fondo de tristeza»... Sucede que la alegría no está unida a ningún acto importante y que, salvo los locos, nadie ríe cuando está solo.

La «vida interior» es patrimonio de los delicados, de esos abortos estremecidos, sometidos a una epilepsia sin caídas ni baba. El ser biológicamente íntegro desconfía de la «profundidad», es incapaz de ella, la ve como una dimensión sospechosa que daña la espontaneidad de sus actos. No se engaña: con el repliegue sobre sí mismo comienza el drama del individuo —su gloria y su declinar—; aislándose del flujo anónimo, del correr utilitario de la vida, se emancipa de los *fines objetivos*. Una civilización está «tocada» cuando los delicados dan el tono en ella; pero, gracias a ellos, ha triunfado definitivamente sobre la naturaleza y se derrumba. Un ejemplar extremo del refinamiento reúne en sí al exaltado y al sofista: ya no se adhiere a sus impulsos, los cultiva sin creer en ellos; es la debilidad omnisciente de las épocas crepusculares, prefiguración del eclipse del hombre. Los delicados nos dejan entrever el momento en que las porteras se verán azoradas por escrúpulos de estetas; en que los campesinos, abrumados por las dudas, ya no tendrán vigor para empuñar el arado; en que todos los seres, carcomidos por la

clarividencia y vacíos de instintos, se extinguirán sin fuerzas para añorar la noche próspera de sus ilusiones...

El parásito de los poetas

I. No puede haber desenlace para la vida de un poeta. Todo lo que no ha emprendido, todos los instantes alimentados con lo inaccesible, le dan su poder. ¿Experimenta el inconveniente de existir? Entonces su facultad de expresión se reafirma, su aliento se dilata.

Una biografía sólo es legítima si hace evidente la elasticidad de un destino, la suma de variantes que comporta. Pero el poeta sigue una línea de fatalidad cuyo rigor nada flexibiliza. La vida les toca en suerte a los filisteos; y para suplir la que no han tenido se han inventado las biografías de los poetas...

La poesía expresa la esencia de lo que no podríamos poseer; su significación última: la imposibilidad de toda «actualidad». La alegría no es un sentimiento poético.

(Proviene, sin embargo, de un sector del universo lírico donde el azar reúne, en un mismo haz, las llamas y las estupideces.) ¿Se ha visto alguna vez un canto de esperanza que no inspirase una sensación de malestar, incluso de repulsión? Y ¿cómo cantar una presencia cuando incluso lo *posible* está manchado por una sombra de vulgaridad? Entre la poesía y la esperanza, la incompatibilidad es completa; de este modo el poeta es víctima de una ardiente descomposición. ¿Quién se atrevería a preguntarle cómo ha experimentado la vida, cuando ha vivido gracias a la muerte?

Cuando sucumbe a la tentación de felicidad, pertenece a la comedia... Pero si, por el contrario, de sus llagas brotan

llamaradas, y canta a la felicidad —esa incandescencia voluptuosa de la desdicha— se sustrae al matiz de vulgaridad inherente a todo acento positivo. Es Hölderlin refugiándose en una Grecia soñada y transfigurando el amor en embriagueces más puras, en las de la irrealidad...

El poeta sería un tránsfuga odioso de la realidad si en su huida no llevase consigo su desdicha. Al contrario del místico o el sabio, no sabría escapar a sí mismo ni evadirse del centro de su propia obsesión: incluso sus éxtasis son incurables, y signos premonitorios de desastres. Inapto para salvarse, para él todo es posible, salvo su vida...

II. En esto reconozco a un verdadero poeta: frecuentándole, viviendo largo tiempo en la intimidad de su obra, *algo* se modifica en mí: no tanto mis inclinaciones o mis gustos como mi misma sangre, como si una dolencia sutil se hubiera introducido en ella para alterar su curso, su espesor y su calidad. Valéry o Stefan George nos dejan allí donde les abordamos, o nos vuelven más exigentes en el plano formal del espíritu: son genios de los que no sentimos *necesidad*, sólo son artistas. Pero un Shelley, pero un Baudelaire, pero un Rilke intervienen en lo más profundo de nuestro organismo, que se los apropia como lo haría con un vicio. En su proximidad, un cuerpo se fortifica, y luego se ablanda y se desagrega. Pues el poeta es un agente de destrucción, un virus, una enfermedad disfrazada y el peligro más grave, aunque maravillosamente impreciso, para nuestros glóbulos rojos. ¿Vivir en su territorio? Es sentir adelgazarse la sangre, es soñar un paraíso de la anemia, y oír, en las venas, el fluir de las lágrimas...

III. Mientras que el verso lo permite todo, y en él podéis verter lágrimas, vergüenzas, éxtasis y sobre todo quejas, la prosa os prohíbe expansionaros o lamentaros: repugna a su abstracción convencional. Exige otras verdades:

controlables, deducidas, mesuradas. Pero, ¿y si se robasen las de la poesía; si se saquease su tema, y si uno se atreviese a tanto como los poetas? ¿Por qué no insinuar en el discurso nuestras indecencias, nuestras humillaciones, nuestras muecas y nuestros suspiros? ¿Por qué no estar descompuesto, podrido, ser cadáver, ángel o Satán en el lenguaje de lo vulgar, y traicionar patéticamente tantos aéreos y siniestros vuelos? Mucho mejor que en la escuela de los filósofos, es en la de los poetas en la que se aprende el valor de la inteligencia y la audacia de ser uno mismo. Sus «afirmaciones» hacen palidecer los apotegmas más extrañamente impertinentes de los antiguos sofistas. Nadie las adopta: ¿hubo jamás un solo pensador que fuese tan lejos como Baudelaire o que se atreviese a transformar en sistema una fulguración de Lear o un monólogo de Hamlet?

Quizá Nietzsche antes de su fin, pero, ay, se obstinaba aún en sus estribillos de profeta... ¿Buscaremos del lado de los santos? Ciertos frenesíes de Teresa de Avila o de Ángeles de Foligno... Pero se encuentra demasiado a menudo a Dios, ese *sinsentido consolador* que, apuntalando su valor, disminuye su calidad. Pasearse sin convicciones y solo no es propio de un hombre, ni siquiera de un santo; a veces, sin embargo, lo es de un poeta...

Imagino a un pensador exclamando en un movimiento de orgullo: «¡Me gustaría que un poeta se fabricase un destino con mis pensamientos!». Pero para que su aspiración fuese legítima, haría falta que él mismo frecuentase largo tiempo a los poetas, que sacase de ellos delicias de maldición, y que les devolviese, abstracta y acabada, la imagen de sus propias caídas o de sus propios delirios; haría falta sobre todo que sucumbiese en el umbral del canto, e, himno vivo más allá de la inspiración, que conociese *el pesar de no ser poeta*, de no estar iniciado en la «ciencia de las lágrimas»,

en los azotes del corazón, en las orgías formales, en las inmortalidades del instante...

...Muchas veces he soñado con un monstruo melancólico y erudito, versado en todos los idiomas, íntimo de todos los versos y de todas las almas y que errase por el mundo para nutrirse de venenos, de fervores, de éxtasis, a través de las Persias, las Chinas, las Indias muertas, y las Europas moribundas, muchas veces he soñado con un amigo de los poetas que los hubiese conocido a todos por desesperación de no ser de los suyos.

Tribulaciones de un meteco

Surgido de alguna tribu infortunada, merodea por los bulevares de Occidente.

Enamorado de patrias sucesivas, ya no espera ninguna: fijo en un crepúsculo intemporal, ciudadano del mundo —y de ningún mundo— es ineficaz, sin nombre y sin vigor. Los pueblos sin destino no sabrían dar uno a sus hijos que, sedientos de otros horizontes, se prendan de ellos y les agotan después, para acabar ellos mismos como espectros de sus admiraciones y de sus laxitudes. No teniendo nada que amar en su lugar de origen, ponen su amor en otra parte, en otros países, en donde su fervor asombra a los indígenas. Demasiado solicitados, los sentimientos se gastan y se degradan, empezando por la admiración... Y el meteco que se disipó en tantas carreteras, grita: «Me he forjado innumerables ídolos, he levantado por doquiera demasiados altares, me arrodillé ante multitud de dioses. Hoy, cansado de adorar, he despilfarrado la dosis de delirio que me tocó en suerte. No tenemos recursos más que para los absolutos de nuestra raza, pues un alma, como un país,

no se expande más que en el interior de sus fronteras: pago por haberlas franqueado, por haberme hecho de lo Indefinido una patria y de divinidades extranjeras un culto, por haberme prosternado ante siglos que excluyeron mis antepasados. De dónde vengo, no sabría decirlo: en los templos, permanezco sin creencia; en las ciudades, sin ardor; junto a mis semejantes, sin curiosidad; sobre la tierra, sin certidumbres. Dadme un deseo *preciso* y derribaré el mundo. Libradme de esta vergüenza de los actos que me hace interpretar cada mañana la comedia de la resurrección y cada tarde la del entierro; en el intervalo, nada más que este suplicio en el sudario del hastío... Sueño con querer y todo lo que quiero me parece sin valor. Como un vándalo roído por la melancolía, me dirijo sin fin, yo sin yo, hacia ya no sé qué rincones... para descubrir un dios abandonado, un dios que fuese él mismo ateo, y dormirme a la sombra de sus últimas dudas y de sus últimos milagros».

El hastío de los conquistadores

París pesaba sobre Napoleón, según confesión propia, como un «manto de plomo»: diez millones de hombres perecieron a consecuencia de ello. Es el balance del «mal del siglo», cuando un René a caballo es su agente. Ese *mal*, nacido en la ociosidad de los salones del XVIII, en la molicie de una aristocracia demasiado lúcida, hizo estragos lejos, en los campos: los campesinos debieron pagar con su sangre un modo de sensibilidad, extraño a su naturaleza, y, con ellos, todo un continente. Las naturalezas excepcionales en las que se ha insinuado el Hastío, que tienen horror de todo lugar y la obsesión de un perpetuo más allá, sólo explotan el entusiasmo de los pueblos para multiplicar los

cementerios. Aquel condotiero que lloraba sobre Werther y Ossian, ese Obermann que proyectaba su vacío en el espacio y que, según decía Josefina, no fue capaz más que de unos cuantos momentos de *abandono*, tuvo como misión inconfesada despoblar la tierra. El conquistador soñador es la mayor calamidad para los hombres; pero ellos no por esto dejan de idolatrarle; fascinados como están por los proyectos estrambóticos, los ideales dañosos, las ambiciones malsanas. Ninguna persona *razonable* fue objeto de culto, dejó un nombre, marcó con su huella un solo acontecimiento. Imperturbable ante una concepción precisa o un ídolo transparente, la masa se excita en torno a lo inverificable y los falsos misterios. ¿Quién murió jamás en nombre del *rigor*? Cada generación eleva monumentos a los verdugos de la precedente. No es menos cierto que las víctimas aceptaron de buen grado ser inmoladas en el momento en que creyeron en la gloria, ese triunfo de uno solo, esa derrota de todos...

La humanidad no ha adorado más que a los que la hicieron perecer. Los reinos o los ciudadanos que se extinguieron apaciblemente no figuran en la historia, ni tampoco el príncipe sensato, en todo tiempo despreciado por sus súbditos; la multitud gusta de lo novelesco incluso a sus expensas, pues el escándalo de las costumbres constituye la trama de la curiosidad humana y la corriente subterránea de todo suceso. La mujer infiel y el cornudo proveen a la comedia y a la tragedia, sin excluir la epopeya, de la casi totalidad de sus temas. Como la honestidad no tiene ni biografía ni encanto, desde la Ilíada hasta el sainete sólo el brillo del deshonor ha divertido e intrigado. Es, pues, muy natural que la humanidad se haya ofrecido como pasto a los conquistadores, que quiera hacerse pisotear, que una nación sin tiranos no haga hablar de ella, que la suma de

iniquidades que un pueblo comete sea el único índice de su presencia y vitalidad. Una nación que ya no viola está en plena decadencia; es por su número de violaciones por el que revela sus instintos, su porvenir. Investigad a partir de qué guerra ha dejado de practicar, en gran escala, ese tipo de crimen: encontraréis el primer símbolo de su declive; a partir de qué momento el amor se ha convertido para ella en un ceremonial y la cama en una condición del espasmo, e identificaréis el comienzo de sus deficiencias y el fin de su herencia bárbara.

Historia Universal: Historia del Mal. Quitar los desastres del devenir humano vale tanto como querer concebir la naturaleza sin estaciones. Si no habéis contribuido a una catástrofe, desaparecéis sin dejar huella. Interesamos a los otros gracias a la desgracia que sembramos en nuestro derredor. «¡Nunca hice sufrir a nadie!»: exclamación por siempre extraña a una criatura de carne y hueso. Cuando nos entusiasmamos por un personaje del presente o del pasado, nos planteamos inconscientemente la pregunta:

«¿Para cuántos seres fue causa de infortunio?» ¿Quién sabe si cada uno de nosotros no aspira al privilegio de matar a todos nuestros semejantes? Pero este privilegio está repartido entre un pequeño grupo de gente y nunca por entero: esta restricción explica únicamente por qué la tierra está poblada todavía. Asesinos indirectos, constituimos una masa inerte, una multitud de objetos frente a los verdaderos sujetos del Tiempo, frente a los grandes criminales cumplidos.

Pero consolémonos: nuestros descendientes próximos o lejanos nos vengarán. Pues no es difícil imaginar un momento en el que los hombres se degollarán los unos a los otros por asco de sí mismos, en el que el Hastío dará cuenta de sus prejuicios y sus reticencias, en el que saldrán a la

calle a apagar su sed de sangre y en el que el sueño destructor prolongado a través de tantas generaciones llegará a ser patrimonio común...

Música y escepticismo

He buscado la duda en todas las artes y no la he encontrado más que camuflada, furtiva, huida en los entreactos de la inspiración, surgida del relajamiento del impulso; pero he renunciado a buscarla, incluso bajo esa forma, en música; ahí no podría florecer: ignorando la ironía, la música procede no de las malicias del intelecto, sino de los matices tiernos o vehementes de la ingenuidad, estupidez de lo sublime, irreflexión de lo infinito... Como el *rasgo de ingenio* no tiene equivalente sonoro, es denigrar a un músico llamarle *inteligente*. Este atributo le disminuye y no tiene lugar en esa cosmogonía lánguida donde, a modo de dios ciego, improvisa universos. Si fuera consciente de su don, de su genio, sucumbiría al orgullo; pero es irresponsable; nacido en el oráculo, no puede comprenderse a sí mismo. A los estériles toca interpretarle: él no es crítico, como Dios no es teólogo.

Caso límite de irrealidad y de absoluto, ficción infinitamente real, mentira más verdadera que el mundo, la música pierde sus prestigios en cuanto, secos o morosos, nos disociamos de la Creación y el mismo Bach nos parece un rumor insípido; es el punto extremo de nuestra no-participación en las cosas, de nuestra frialdad y de nuestra decadencia. *Reir socarronamente en medio de lo sublime*, triunfo sardónico del *principio subjetivo*, que nos emparenta con el Diablo! Quien ya no tiene lágrimas para la música, quien ya no vive más que del recuerdo de las que vertió,

está perdido: la estéril clarividencia dio buena cuenta del éxtasis del que surgían mundos...

El autómata

Respiro por prejuicio. Y contemplo el espasmo de las ideas, mientras que el Vacío se sonríe a sí mismo... No más *sudor* en el espacio, no más vida; la menor vulgaridad la hará reaparecer: basta un segundo de espera.

Cuando uno se percibe existir, se experimenta la sensación de un demente maravillado que sorprende su propia locura y se empecina en vano en darle un nombre. La costumbre embota nuestro asombro de existir: *somos*, y ya no le damos más vueltas, ocupamos nuestra plaza en el asilo de los existentes.

Conformista, vivo, intento vivir, por imitación, por respeto a las reglas del juego, por horror a la originalidad. Resignación de autómata: poner cara de fervor y reírse secretamente; no plegarse a las convenciones más que para repudiarlas a escondidas; figurar en todos los registros, pero sin residencia en el tiempo; salvar la cara, cuando sería imperioso perderla...

El que lo desprecia todo debe adoptar un aire de dignidad perfecta, inducir a error a los otros e incluso a sí mismo: cumplirá así más fácilmente su tarea de *falso viviente*.

¿Para qué mostrar nuestra ruina si podemos fingir la prosperidad? El infierno no tiene *modales*: es la imagen exasperada de un hombre franco y grosero, es la tierra concebida sin ninguna superstición de elegancia y civismo.

Acepto la vida por cortesía: la perpetua rebelión es de tan mal gusto como lo sublime del suicidio. A los veinte

años se truena contra los cielos y la basura que cubren; después se cansa uno. La facha trágica no corresponde más que a una pubertad prolongada y ridícula; pero hacen falta mil pruebas para acceder al histrionismo del desapego.

Quien, emancipado de todos los principios al uso, no dispusiera de ningún don de comediante, sería el arquetipo del infortunio, el ser idealmente desgraciado. Es inútil construir tal modelo de franqueza: *la vida no es tolerable más que por el grado de mistificación que ponemos en ella*. Tal modelo sería la ruina súbita de la sociedad, pues la «dulzura» de vivir en común reside en la imposibilidad de dar libre curso al infinito de nuestros pensamientos ocultos. Gracias a que somos todos impostores, nos soportamos los unos a los otros. Quien no aceptase mentir vería a la tierra huir bajo sus pies: estamos *biológicamente* constreñidos a lo falso. No hay héroe moral que no sea o pueril, o ineficaz, o inauténtico; pues la verdadera autenticidad es el emporcamiento en el fraude, en el decoro de la pública adulación y la difamación secreta. Si nuestros semejantes pudiesen constatar nuestras opiniones sobre ellos, el amor, la amistad, la devoción, serían por siempre tachados de los diccionarios; y si tuviésemos el valor de mirar cara a cara las dudas que concebimos tímidamente sobre nosotros mismos, ninguno de nosotros proferiría un «yo» sin avergonzarse. La mascarada arrastra todo lo que vive, desde el troglodita hasta el escéptico. Como sólo el respeto de las apariencias nos separa de las carroñas, precisar el fondo de las cosas y de los seres es perecer; atengámonos a una nada más agradable: nuestra constitución no tolera más que una cierta dosis de verdad...

Guardemos en lo más profundo de nosotros una certeza superior a todas las otras: la vida no tiene sentido, *no puede* tenerlo. Deberíamos matarnos inmediatamente si una

revelación imprevista nos persuadiese de lo contrario. Si desapareciese el aire, aún respiraríamos; pero nos ahogaríamos en cuanto se nos quitase el gozo de la inanidad...

Sobre la melancolía

Cuando uno no puede librarse de sí mismo, se deleita devorándose. En vano se llamaría al Señor de las Sombras, el dispensador de una maldición precisa: se está enfermo sin enfermedad y se es réprobo sin vicios. La melancolía es el *estado soñado del egoísmo*: ningún objeto fuera de sí mismo, no más motivos de odio o de amor, sino esa misma caída en un fango languideciente, ese mismo revolverse de condenado sin infierno, esas mismas reiteraciones de un ardor de perecer... Mientras que la tristeza se contenta con un marco de fortuna, la melancolía precisa una orgía de espacio, un paisaje infinito para desplegar en él su gracia desagradable y vaporosa, su malestar sin contornos, que, por miedo a curar, teme un límite a su disolución y sus ondulaciones. Florece —la flor más extraña del amor propio — entre los venenos de los que extrae su savia y el vigor de todos sus desfallecimientos. Alimentándose de lo que la corrompe, esconde, bajo su nombre melodioso, el Orgullo de la Derrota y el Apiadamiento de sí mismo...

El ansia de primar

Un César está más cerca de un alcalde de pueblo que de un espíritu soberanamente lúcido pero desprovisto de instinto de dominio. Lo importante es mandar: a ello aspira la casi totalidad de los hombres. Ya tengáis en vuestras

manos un imperio, una tribu, una familia o un criado, desplegáis vuestro talento de tirano, glorioso o caricaturesco: todo un mundo o una sola persona está a vuestras órdenes. Así se establece la serie de calamidades que provienen de la necesidad de primar...

Nos codeamos con sátrapas por todas partes: cada uno —según sus medios— se busca una multitud de esclavos o se contenta con uno solo. Nadie se basta a sí mismo: el más modesto encontrará siempre un amigo o una compañera para hacer valer su sueño de autoridad. El que obedece se hará a su vez obedecer: de víctima pasará a ser verdugo; es el supremo deseo de todos. Sólo los mendigos y los sabios no lo experimentan; a menos que su juego sea aún más sutil...

El ansia de poder permite a la Historia renovarse y permanecer sin embargo fundamentalmente igual; las religiones tratan de combatir ese ansia; no logran sino exasperarla. El cristianismo hubiera tenido como desenlace que la tierra fuera un desierto o un paraíso. Bajo las formas variables que el hombre puede revestir se esconde una constante, un fondo idéntico, que explica por qué, contra todas las apariencias de cambio, evolucionamos en círculo, y por qué, si perdiésemos, a raíz de una intervención sobrenatural, nuestra condición de monstruos y fantoches, la historia desaparecería inmediatamente.

Intentad ser libres: os moriréis de hambre. La sociedad no os tolera más que si sois sucesivamente serviles y despóticos; es una prisión sin guardianes, pero de la que no se escapa uno sin perecer. ¿A dónde ir, cuando no puede vivirse más que en la sociedad y cuando no se tienen ya instintos, y cuando no se es tan lanzado como para mendigar, ni tan equilibrado como para entregarse a la sabiduría? A fin de cuentas, uno sigue como todo el mundo,

fingiendo atarearse; uno se resigna a tal extremo gracias a los recursos del artificio, entendiendo que es menos ridículo simular la vida que vivirla.

Mientras que los hombres sientan pasión por la sociedad, reinará en ella un canibalismo disfrazado. El instinto político es la consecuencia directa del Pecado, la materialización inmediata de la Caída. Cada uno debería estar ocupado en su soledad, pero cada uno vigila la de los otros. Los ángeles y los bandidos tienen sus jefes: ¿cómo las criaturas intermedias —el grueso de la humanidad— podrían prescindir de ellos?

Quitadles el deseo de ser esclavos o tiranos; demoléis la sociedad en un abrir y cerrar de ojos. El pacto de los monos está por siempre sellado; y la historia sigue su curso, horda jadeante entre crímenes y sueños. Nada puede detenerla: incluso los que la execran participan en su carrera...

Posición del pobre

Propietarios y mendigos: dos categorías que se oponen a cualquier cambio, a cualquier desorden renovador. Colocados en los dos extremos de la escala social, temen toda modificación para bien o para mal: están igualmente *establecidos*, los unos en la opulencia, los otros en la miseria. Entre ellos se sitúan —sudor anónimo, fundamento de la sociedad— los que se agitan, penan, perseveran y cultivan el absurdo de esperar. El Estado se nutre con su anemia; la idea de ciudadano no tendría ni contenido ni realidad sin ellos, lo mismo que el lujo y la limosna: los ricos y los mendigos son los parásitos del Pobre.

Hay mil remedios para la miseria, pero ninguno para la pobreza. ¿Cómo socorrer a los que se obstinan en no

morirse de hambre? Ni Dios podría corregir su suerte. Entre los favorecidos de la fortuna y los harapientos circulan esos hambrientos honorables, explotados por el fasto y los andrajos, saqueados por quienes, aborreciendo del trabajo, se instalan, según su suerte y vocación, en el salón o en la calle. Y así avanza la humanidad: con algunos ricos, con algunos mendigos y con todos sus pobres...

Rostros de la decadencia

Ganz vergessener Wölker Müdigkeiten
Kann ich nicht abtun von meinen Lidern.

HUGO VON HOFMANNSTHAL

Una civilización comienza a decaer a partir del momento en que la Vida se convierte en su única obsesión. Las épocas de apogeo cultivan los *valores* por sí mismos: la vida no es más que un medio de realizarlos; el individuo no *sabe* que vive, él *vive*, esclavo feliz de las formas que engendra, mima e idolatra. La afectividad le domina y le llena.

No hay creación alguna sin los recursos del «sentimiento», que son limitados; sin embargo, para el que no experimenta más que su riqueza, parecen inagotables: esta ilusión *produce* la historia. En la decadencia, el resecamiento afectivo no permite más que dos modalidades de sentir y de comprender: la sensación y la idea. Ahora bien, es por la afectividad por lo que uno se entrega al mundo de los valores, y se proyecta vitalidad en las categorías y en las normas. La actividad de una civilización en sus momentos fecundos consiste en hacer salir las ideas de su nada abstracta, en *transformar los conceptos en mitos*. El paso del individuo anónimo al individuo consciente no se ha dado todavía: sin embargo, es inevitable. Medidlo: en Grecia, de Homero a los sofistas; en Roma, de la antigua República austera a las «sabidurías» del Imperio; en el mundo moderno, de las catedrales a los encajes del siglo XVIII.

Una nación no podría crear indefinidamente. Está llamada a dar expresión y sentido a un conjunto de valores

que se agotan con el alma que les engendró. El ciudadano se despierta de una hipnosis productiva, el reino de la lucidez comienza: las masas ya no manejan más que categorías vacías. *Los mitos vuelven a convertirse en conceptos*: es la decadencia. Y las consecuencias se hacen sentir: el individuo *quiere* vivir, convierte la vida en finalidad, se asciende al rango de pequeña excepción. El balance de esas excepciones, al componer el déficit de una civilización, prefigura su desaparición. Todo el mundo ha alcanzado la delicadeza; pero ¿acaso no es la radiante estupidez de los cándidos quien realiza la tarea de las grandes épocas?

Montesquieu sostiene que al final del Imperio, el ejército romano no estaba formado más que por la caballería. Pero descuida indicarnos la razón de ello. ¡Imaginemos al legionario saturado de gloria, de riqueza y de desenfreno después de haber recorrido innumerables países y perdido su fe y su vigor al contacto de tantos templos y tantos vicios, imaginémosle a *pie*! Conquistó el mundo como infante; lo perderá como jinete.

En toda blandura se revela una incapacidad fisiológica de adherirse por más tiempo a los mitos de la comunidad. El soldado emancipado y el ciudadano lúcido sucumben bajo el bárbaro. El *descubrimiento* de la Vida aniquila la vida.

Cuando todo un pueblo, en diferentes grados, está al acecho de sensaciones raras, cuando por las sutilezas del gusto complica sus reflejos, accede a un nivel de superioridad fatal. La decadencia no es más que el instinto tornado impuro por la acción de la conciencia. Así, no puede sobrestimarse la importancia de la gastronomía en la existencia de una colectividad. El acto *consciente* de comer es un fenómeno alejandrino; el bárbaro se *alimenta*. El eclecticismo intelectual y religioso, el ingenio sensual, el

esteticismo y la obsesión experta de la buena mesa, son los signos diferentes de una misma forma de espíritu. Cuando Gabius Apicius peregrinaba por las costas de África para buscar langostas, sin establecerse en parte alguna porque no las encontraba a su gusto, era contemporáneo de las almas inquietas que adoraban multitud de dioses extranjeros sin encontrar satisfacción ni reposo. *Sensaciones raras, deidades diversas*, frutos paralelos de una misma sequedad, de una misma curiosidad sin resorte interior. El cristianismo apareció: *un solo Dios, y el ayuno*. Y la era de lo trivial y lo sublime comenzó...

Un pueblo se muere cuando no tiene fuerza para inventar otros dioses, otros mitos, otros absurdos; sus ídolos palidecen y desaparecen; busca otros, en otra parte, y se siente solo ante monstruos desconocidos. También esto es la decadencia. Pero si uno de esos monstruos adquiere primacía sobre él, otro mundo se pergeña, tosco, oscuro, intolerante hasta que agota su dios y se libera de él; pues el hombre sólo es libre —y estéril— en los intervalos en que los dioses mueren; esclavo —y creador— cuando, tiranos, prosperan.

Meditar las sensaciones —*saber* que se come—, he ahí una toma de conciencia gracias a la cual un acto elemental rebasa su objetivo inmediato. Junto al asco intelectual se desarrolla otro, más profundo y más peligroso: proveniente de las vísceras, desemboca en la forma más grave de nihilismo, el nihilismo de la plétora. Las consideraciones más amargas no podrían compararse, en sus efectos, a la visión que sigue a un festín opulento. Toda comida que supera en duración los escasos minutos y en manjares lo necesario, desarticula nuestras convicciones. El abuso culinario y la saciedad destruyeron al Imperio más implacablemente que lo hicieron las sectas orientales y las

doctrinas griegas mal asimiladas. Sólo se experimenta un auténtico estremecimiento de escepticismo en torno a una mesa copiosa. El «Reino de los Cielos» debía ofrecerse como una tentación después de tantos excesos o como una sorpresa deliciosamente perversa en la monotonía de la digestión. El hambre busca en la religión una vía de salvación; la saciedad, un veneno. «Salvarse» por medio de los virus y, en la indistinción de las oraciones y los vicios, huir del mundo y revolcarse en él por el mismo acto... esto es sin duda el summum de las amarguras del alejandrinismo.

Hay una *plenitud de disminución* en toda civilización demasiado madura. Los instintos se flexibilizan; los placeres se dilatan y no corresponden ya a su función biológica; el placer se convierte en fin en sí mismo, su prolongación en un arte, el escamoteamiento del orgasmo en una técnica, la sexualidad en una ciencia. Procedimientos e inspiraciones librescas para multiplicar las vías del deseo, la imaginación torturada para diversificar los preliminares del gozo, el mismo espíritu mezclado con un sector extraño a su naturaleza y sobre el cual no debería tener ninguna garra, son otros tantos síntomas de empobrecimiento de la sangre y de intelectualización mórbida de la sangre. El amor concebido como *ritual* hace a la inteligencia soberana en el imperio de la tontería. Se resienten de ello los automatismos; obstaculizados, pierden su impaciencia por provocar una inconfesable contorsión; los nervios se convierten en teatro de malestares y estremecimientos clarividentes y finalmente *la sensación* se continúa más allá de su duración bruta gracias a la habilidad de dos verdugos de la voluptuosidad estudiada. Se trata del *individuo engañando a la especie*, de la sangre demasiado tibia aún

para aturdir al espíritu, es la sangre enfriada y aguada por las ideas, la *sangre racional*...

Instintos roídos por la conversación...

Del diálogo nunca salió nada monumental, explosivo, «grande». Si la humanidad no se hubiera complacido en *discutir* sus propias fuerzas, nunca hubiera superado la visión y los modelos de Homero. Pero la dialéctica, estragando la espontaneidad de los reflejos y la frescura de los mitos, ha reducido al héroe a un modelo titubeante. Los Aquiles de hoy deben temer a más de un talón... La vulnerabilidad, antaño parcial y sin importancia, se ha convertido en el privilegio maldito, la esencia de cada ser. La conciencia ha penetrado en todas partes y se instala hasta en la médula; de tal modo que el hombre no vive ya en la existencia, sino en la teoría de la existencia...

Quien, lúcido, se comprenda, se explique, se justifique y domine sus actos, jamás hará un gesto memorable. La *psicología* es la tumba del héroe. Los millares de años de religión y razonamiento han debilitado los músculos, la decisión y la impulsividad aventurera. ¿Cómo no despreciar las empresas de la gloria? Todo acto en el que no preside la maldición luminosa del espíritu representa una supervivencia de la estupidez ancestral. Las ideologías no fueron inventadas más que para dar un lustre al fondo de barbarie que se mantiene a través de los siglos, para cubrir las inclinaciones asesinas comunes a todos los hombres. Hoy se mata en nombre de algo; nadie se atreve a hacerlo espontáneamente; de tal suerte que incluso los verdugos deben invocar motivos y, al estar el heroísmo en desuso, quien se deja tentar por él, más bien resuelve un problema que consuma un sacrificio. La *abstracción* se ha insinuado en la vida y en la muerte; los «complejos» se apoderan de

grandes y pequeños. *De la Ilíada a la Psicopatología*: este es todo el camino del hombre.

En las civilizaciones en retroceso, el crepúsculo es el signo de un noble castigo. ¡Qué deliciosa ironía deben experimentar al verse excluidas del devenir, tras haber fijado durante siglos las normas del poder y los criterios del gusto! Con cada una de ellas todo un mundo se extingue. ¡Sensaciones del último griego, del último romano! ¿Cómo no prendarse de las grandes puestas de sol? El encanto agónico que rodea una civilización, después de que ha abordado ya todos los problemas y los ha falseado maravillosamente, ofrece más atractivos que la ignorancia inviolada por la que comenzó.

Cada civilización finge una respuesta a las interrogaciones que el universo suscita; pero el misterio permanece intacto; otras civilizaciones, con nuevas curiosidades, se aventurarán en él, igualmente en vano, pues cada una de ellas no es sino *un sistema de equivocaciones*...

En el apogeo se engendran los valores; en el crepúsculo, usados y derrotados, son abolidos. Fascinación de la decadencia, de las épocas en que las verdades no tienen ya vida..., en las que se amontonan como esqueletos en el alma pensativa y seca, en el osario de los sueños...

¡Cuán caro me es ese filósofo de Alejandría llamado Olimpius, quien, como oyese a una voz cantar el Aleluya en el Serapeion, se expatrió para siempre! Esto sucedió hacia el fin del siglo cuarto: la sombría locura de la Cruz lanzaba ya sus sombras sobre el Espíritu.

Hacia la misma época, un gramático, Paladas, acertó a escribir: «Nosotros, los griegos, ya no somos sino cenizas. Nuestras esperanzas están tan enterradas como las de los

muertos.» Y esto es cierto para todas las inteligencias de entonces.

En vano los Celso, Porfirio, Juliano el Apóstata, se obstinan en detener esa sublimidad nebulosa que rebosa de las catacumbas: los apóstoles han dejado sus estigmas en las almas y multiplican sus estragos en las ciudades. La era de la gran Fealdad comienza: una histeria sin calidad se extiende por el mundo. San Pablo —el agente electoral más considerable de todos los tiempos— ha hecho sus giras, infectando con sus epístolas la claridad del mundo antiguo. ¡Un epiléptico triunfa sobre cinco siglos de filosofía! ¡La Razón confiscada por los Padres de la Iglesia! Y si busco la fecha más mortificante para el orgullo del espíritu, si recorro el inventario de las intolerancias, no encuentro nada comparable a ese año 529, en el que, por orden de Justiniano, se cerró la escuela de Atenas: Una vez oficialmente suprimido el derecho a la decadencia, *creer* se convierte en una obligación... Este es el momento más doloroso en la historia de la Duda.

Cuando un pueblo no tiene ya ningún prejuicio en la sangre, no le queda como último recurso más que la voluntad de disgregarse. A imitación de la música, esa disciplina de la disolución, se despide de las pasiones, del derroche lírico, de la sentimentalidad, de la ceguera. A partir de entonces, ya no podrá adorar sin ironía: el *sentido de las distancias* será por siempre su atributo.

El prejuicio es una verdad orgánica, falsa en sí misma, pero acumulada por las generaciones y transmitida: no hay modo de librarse de ella impunemente. El pueblo que renuncia a ella sin escrúpulos se reniega sucesivamente hasta que ya no le queda nada de lo que renegar. La duración y la consistencia de una colectividad coinciden con la duración y la consistencia de sus prejuicios. Los pueblos

orientales deben su perennidad a su fidelidad hacia ellos mismos: al no haber evolucionado apenas, no se han traicionado: no han *vivido*, en el sentido en que la vida es concebida por las civilizaciones de ritmo precipitado, las únicas de las que se ocupa la historia; pues esta disciplina de las auroras y de las agonías jadeantes es una novela que se pretende rigurosa y que bebe sus temas en los archivos de la sangre...

El alejandrinismo es un período de sabias negaciones, un estilo de inutilidad y de rechazo, un paseo de erudición y sarcasmo a través de la confusión de los valores y las creencias. Su espacio ideal se encontraría en la intersección de la Hélade y del París de antaño, en el punto de confluencia del ágora y del salón. Una civilización evoluciona de la agricultura a la paradoja. Entre estos dos extremos se desenvuelve el combate entre la barbarie y la neurosis: de aquí resulta el equilibrio inestable de las épocas creadoras. Tal combate se aproxima a su fin: todos los horizontes se abren sin que ninguno pueda excitar una curiosidad juntamente fatigada y despierta. Es ahora cuando toca al individuo desengañado florecer en el vacío y al vampiro intelectual abrevarse en la sangre viciada de las civilizaciones. ¿Hay que tomarse la Historia en serio o asistir a ella como espectador? ¿Hay que ver en ella un esfuerzo hacia una meta o el juego de una luz que se aviva y palidece sin necesidad ni razón? La respuesta depende de nuestro grado de ilusión sobre el hombre, de nuestra curiosidad por averiguar la manera en que se resolverá esa mezcla de vals y de matadero que compone y estimula su devenir.

Hay un *Weltschmerz*, un mal del siglo, que no es sino la dolencia de una generación; hay otro que se desprende de toda la experiencia histórica y que se impone como única

conclusión para los tiempos venideros. Se trata de «lo vago en el alma», la melancolía del «fin del mundo». Todo cambia de aspecto, hasta el sol, todo envejece, hasta la desdicha.

Incapaces de retórica, somos los románticos de la decepción clara. Hoy, Werther, Manfredo, René, conocedores de su dolencia, lo explayarían sin pompa. ¡Biología, fisiología, psicología, nombres grotescos que, al suprimir la ingenuidad de nuestra desesperación e introducir el análisis en nuestros cantos, nos hacen despreciar la declaración! Filtradas por los *Tratados*, nuestras doctas amarguras explican nuestras vergüenzas y clasifican nuestros frenesíes.

Cuando la conciencia llegue a inclinarse sobre todos nuestros secretos, cuando sea evacuado de nuestra desdicha el último vestigio de misterio, ¿guardaremos aún un resto de fiebre y de exaltación para contemplar la ruina de la existencia y de la poesía?

Sentir el peso de la historia, el fardo del devenir y ese abatimiento bajo el que se dobla la conciencia cuando considera el conjunto y la inanidad de los acontecimientos pasados o posibles... La nostalgia en vano invoca un impulso ignorante de las lecciones que se desprenden de todo lo que fue; hay un cansancio para el que el mismo futuro es un cementerio, un cementerio virtual como todo lo que espera llegar a ser. Los siglos se han hecho más gravosos y pesan sobre cada instante. Estamos más podridos que todas las épocas, más descompuestos que todos los imperios. Nuestro agotamiento interpreta la historia, nuestra postración nos hace escuchar estertores de las naciones. Como actores cloróticos, nos aprestarnos a interpretar los papeles de relleno en el tiempo castigado; el telón del universo está apolillado, y a través de sus agujeros no se ven sino máscaras y fantasmas...

El error de los que captan la decadencia es querer combatirla, mientras que lo que haría falta es fomentarla: al desarrollarse, se agota y permite el acceso de otras formas. El verdadero precursor no es quien propone un sistema cuando nadie lo quiere, sino más bien quien precipita el Caos y es su agente y turiferario. Es una vulgaridad trompetear dogmas en plena época extenuada, en la que todo sueño de futuro parece delirio o impostura. Encaminarse hacia el fin de la historia con una flor en la solapa: única vestimenta apropiada en el desenvolvimiento del tiempo. ¡Qué lástima que no haya un Juicio Final, que no tengamos ocasión para un gran desafío!

Los creyentes: farsantes de la eternidad; la fe: necesidad de una *escena* intemporal...

Pero los incrédulos morimos con nuestros decorados y demasiado cansados para dejarnos engañar por las pompas prometidas a nuestros cadáveres...

Según el Maestro Eckhart, la *divinidad* precede a Dios, y es su esencia, su fondo insondable. ¿Qué encontraríamos en lo más íntimo del hombre que definiese su sustancia por oposición a la esencia divina? La *neurastenia*; ésta es al hombre lo que la divinidad es a Dios.

Vivimos en un clima de agotamiento: el acto de crear, de forjar, de fabricar es menos significativo por sí mismo que por el vacío, por la caída que le sigue. Comprometido por nuestros esfuerzos siempre e inevitablemente, el fondo divino e inagotable se sitúa fuera del campo de nuestros conceptos y nuestras sensaciones. El hombre ha nacido con la vocación de la fatiga: cuando adoptó la posición vertical y disminuyó así sus posibilidades de *apoyo*, se condenó a debilidades desconocidas para el animal que fue.

¡Llevar sobre dos piernas tanta materia y todas las repugnancias anejas a ella! Las generaciones acumulan la

fatiga y la transmiten; nuestros padres nos legan un patrimonio de anemia, reservas de desánimo, recursos de descomposición y una energía de muerte que llega a ser más poderosa que nuestros instintos de vida. Y es así como la costumbre de desaparecer, apoyada por nuestro capital de laxitud, nos permitirá realizar, en la carne difusa, la neurastenia, nuestra esencia...

No hay ninguna necesidad de creer en una verdad para sostenerla ni de amar una época para justificarla, pues todo principio es demostrable y todo acontecimiento legítimo. El conjunto de los fenómenos —fruto del espíritu o del tiempo, indiferentemente— es susceptible de ser aceptado o negado según nuestra disposición del momento: los argumentos, surgidos de nuestro rigor o de nuestro capricho, valen todos igual. Nada es indefendible, desde la proposición más absurda al crimen más monstruoso. La historia de las ideas, como la de los hechos, se despliega en un clima insensato: ¿quién podría con buena fe encontrar un árbitro que zanjase los litigios de esos gorilas anémicos o sanguinarios? Este mundo es el lugar donde todo puede afirmarse con igual verosimilitud: axiomas y delirios son intercambiables; ímpetus y desfallecimientos se confunden; elevaciones y bajezas participan de un mismo movimiento. Indicadme un solo *caso* en apoyo del cual nada pudiera encontrarse. Los abogados del infierno no tienen menos títulos de verdad que los del cielo, y yo defendería la causa del sabio y la del loco con igual fervor. El tiempo corrompe todo lo que se agita y actúa: una idea o un suceso, cuando se actualizan, toman una figura y se degradan. Así, de la conmoción de la turba de los seres derivó la Historia y, con ella, el único deseo puro que ha inspirado: que se acabe de una manera o de otra.

Demasiado maduros para otras auroras, y comprendiendo demasiados siglos para desear otros nuevos, sólo nos queda el revolcarnos en la escoria de las civilizaciones.

La marcha del tiempo ya no seduce más que a los imberbes y a los fanáticos...

Somos los grandes decrépitos, apesadumbrados por los antiguos sueños, por siempre ineptos para la utopía, técnicos de fatigas, enterradores del futuro, horrorizados por los avatares del viejo Adán. El Arbol de la Vida no conocerá ya primavera: es un leño seco; con él harán ataúdes para nuestros huesos, nuestros sueños y nuestros dolores.

Nuestra carne ha heredado el relente de las hermosas carroñas diseminadas a lo largo de milenios. Su gloria nos fascinó y la agotamos. En el cementerio del Espíritu reposan los principios y las fórmulas: lo Bello está definido y allí yace enterrado. Y también lo Verdadero, el Bien, el Saber y los Dioses. Allí se pudren todos. (La historia, ámbito donde se descomponen las mayúsculas y con ellas los que las imaginaron y mimaron.)

...Me paseo. Bajo esta cruz duerme su último sueño la Verdad; a su lado, el Atractivo; más lejos, el Rigor y sobre una multitud de losas que cubren delirios e hipótesis se yergue el mausoleo de lo Absoluto: en él yacen las falsas consolaciones y las engañosas cimas del alma. Pero más alto aún, el Error planea y detiene los pasos del fúnebre sofista.

Como la existencia del hombre es la aventura más considerable y más extraña que haya conocido la naturaleza, es inevitable que sea también la más corta; su fin es previsible y deseable: prolongarla indefinidamente sería indecente. Penetrado de los riesgos de su excepción,

el animal paradójico va a jugar todavía durante siglos e incluso milenios su última carta. ¿Hay que lamentarlo? Es de todo punto evidente que jamás volverá a igualar sus glorias pasadas, pues nada presagia que sus posibilidades susciten un día un rival de Bach o de Shakespeare. La decadencia se manifiesta en primer lugar en las artes: la «civilización» sobrevive cierto tiempo a su descomposición. Así ocurrirá con el hombre: continuará sus proezas, pero sus recursos espirituales se habrán agotado, lo mismo que la frescura de su inspiración. La sed de poder y de dominio tiene demasiada garra sobre su alma: cuando sea dueño de todo no lo será ya de su fin. Como no está aún en posesión de todos los medios para destruir y destruirse, no perecerá de inmediato; pero es indudable que se forjará un instrumento de aniquilación total antes de descubrir una panacea, la cual, por otra parte, no parece entrar en las posibilidades de la naturaleza. Se anonadará en tanto que creador: ¿debemos concluir que todos los hombres desaparecerán de la tierra? No hay que ver las cosas color de rosa. Una buena parte, los supervivientes, seguirán arrastrándose, raza de infrahombres, alfeñiques del apocalipsis...

No está en la mano del hombre el evitar perderse. Su instinto de conquista y de análisis extiende su imperio para destruir a continuación lo que encuentra; lo que añade a la vida se vuelve contra ella. Esclavo de sus creaciones, es —en tanto que creador— un agente del Mal. Esto es tan cierto aplicado a un chapucero como a un sabio y —en un plano absoluto— al menor insecto y a Dios. La humanidad hubiera podido continuar estancada y prolongar su duración si no se hubiera compuesto más que de brutos y de escépticos; pero, aquejada de eficacia, ha promovido esa multitud jadeante y positiva, abocada a la ruina por exceso de trabajo y curiosidad. Ávida de su propio polvo, ha preparado

su fin y lo prepara todos los días. Así, más cercana ya de su desenlace que de su comienzo, no reserva a sus hijos más que el ardor desengañado ante el apocalipsis...

La imaginación concibe sin esfuerzo un porvenir en el que los hombres gritarán a coro: «Somos los últimos: cansados del futuro, y aún más de nosotros mismos, hemos exprimido el jugo de la tierra y despojado los cielos. Ni la materia ni el espíritu pueden seguir alimentando nuestros sueños: este universo está tan seco como nuestros corazones. Ya no hay sustancia en ninguna parte: nuestros antepasados nos legaron su alma harapienta y su médula carcomida. La aventura toca a su fin; la conciencia expira; nuestros cantos se han desvanecido; ¡he aquí que ya luce el sol de los moribundos!

Si, por azar o por milagro, las palabras se volatilizasen nos sumergiríamos en una angustia y un alelamiento intolerables. Tal súbito mutismo nos expondría al más cruel suplicio. Es el uso del concepto el que nos hace dueños de nuestros temores. Decimos: la Muerte, y esta abstracción nos dispensa de experimentar su infinitud y su horror.

Bautizando las cosas y los sucesos eludimos lo Inexplicable: la actividad del espíritu es un saludable trampear, un ejercicio de escamoteo; nos permite circular por una realidad dulcificada, confortable e inexacta. Aprender a manejar los conceptos —desaprender a mirar las cosas... La reflexión nació un día de fuga; de ella resultó la pompa verbal. Pero cuando uno vuelve a sí mismo y se está solo —*sin la compañía de las palabras*— se redescubre el universo incalificado, el objeto puro, el acontecimiento desnudo: ¿de dónde sacaremos la audacia para afrontarlos? Ya no se especula sobre la muerte, se es la muerte; en lugar de adornar la vida y asignarle fines, se le quitan sus galas y se la reduce a su justa significación: *un eufemismo para el*

Mal. Las grandes palabras: destino, infortunio, desgracia, se despojan de su brillo; y es entonces cuando se percibe a la criatura bregando con órganos desfallecientes, vencido por una materia postrada y atónita. Retirad al hombre la mentira de la Desdicha, dadle el poder de mirar por debajo de ese vocablo: no podrá un solo instante soportar *su* desdicha. Es la abstracción, las sonoridades sin contenido, dilapidadas y ampulosas, lo que le impidió hundirse, y no las religiones ni los instintos.

Cuando Adán fue expulsado del paraíso, en lugar de vituperar a su perseguidor se apresuró a bautizar las cosas: era la única manera de acomodarse en ellas y de olvidarlas; se pusieron las bases del idealismo. Y lo que no fue más que un gesto, una reacción de defensa en el primer balbuceador, se convirtió en teoría en Platón, Kant y Hegel.

Para no gravitar demasiado sobre nuestro accidente, convertimos en entidad hasta nuestro nombre: ¿cómo se va a morir uno cuando se llama Pedro o Pablo? Cada uno de nosotros, más atento a la apariencia inmutable de su nombre que a la fragilidad de su ser, se abandona a una ilusión de inmortalidad; una vez desvanecida la articulación, quedaríamos completamente solos; el místico que se desposa con el silencio ha renunciado a su condición de criatura. Imaginémosle, además, sin fe —místico nihilista— y tendremos la culminación desastrosa de la aventura terrestre.

...Es muy natural pensar que el hombre, cansado de palabras, al cabo del machaconeo del tiempo desbautizará las cosas y quemará sus nombres y el suyo en un gran auto de fe donde se hundirán sus esperanzas. Todos nosotros corremos hacia ese modelo final, hacia el hombre mudo y desnudo...

Experimento la edad de la Vida, su vejez, su decrepitud. Desde épocas incalculables transcurre sobre la superficie del globo gracias al milagro de esa falta inmortalidad que es la inercia; se retrasa aún en los reumatismos del Tiempo, en ese tiempo más viejo que ella, extenuado en su delirio senil, en el hartazgo de sus instantes, de su duración chocheante.

Y experimento todo el peso de la especie y asumo toda su soledad. ¡Ojalá desapareciese!, pero su agonía se prolonga hacia una eternidad de podredumbre.

Proporciono a cada instante la opción de destruirme: no avergonzarse de respirar es una canallada. Ni pacto con la vida, ni pacto con la muerte: habiendo desaprendido a ser, consiento en borrarme. ¡Devenir, qué fechoría! Fatigado por todos los pulmones, el aire ya no se renueva. Cada día vomita su mañana y en vano me esfuerzo en imaginar el rostro de un solo deseo. Todo me es gravoso: extenuado como una bestia de carga que tuviese que tirar de la Materia, arrastro los planetas.

Que me ofrezcan otro universo, o sucumbo.

No me gustan más que la irrupción y el desplome de las cosas, el fuego que las suscita y el que las devora. La duración del mundo me exaspera; su nacimiento y su desaparición me encantan. Vivir bajo la fascinación del sol virginal y del sol decrépito; saltarse las pulsaciones del tiempo para captar la original y la última... , soñar con la improvisación de los astros y con su decantación; desdeñar la rutina de ser y precipitarse hacia los dos abismos que la amenazan; agotarse en el debut y en el término de los instantes...

...Así descubre uno dentro de sí el Salvaje y el Decadente, cohabitación predestinada y contradictoria: dos personajes que sufren la misma atracción del *paso*, el uno de la nada hacia el mundo, el otro del mundo hacia la nada:

es la necesidad de una doble convulsión, a *escala metafísica*. Tal necesidad se traduce, a escala de la historia, en la obsesión del Adán a quien expulsó el paraíso y del que expulsará la tierra. Los dos extremos de la *imposibilidad* del hombre.

Por lo que hay de «profundo» en nosotros, estamos expuestos a todos los males: no hay salvación en tanto conservemos la conformidad con nuestro ser. *Algo* debe desaparecer de nuestra composición y un manantial nefasto debe secarse; no hay más que una salida: *abolir el alma*, sus aspiraciones y sus abismos; ello envenenó nuestros sueños; es preciso extirparla, lo mismo que su necesidad de «profundidad», su fecundidad «interior», y sus demás aberraciones. El *espíritu* y la *sensación* nos bastarán; de su concurso nacerá una *disciplina de la esterilidad* que nos preservará de los entusiasmos y de las angustias. Que ningún «sentimiento» vuelva a preocuparnos y que el «alma» llegue a ser el vejestorio más ridículo...

La santidad y las muecas de lo absoluto

Sí, en verdad, me parece que los demonios
juegan a la pelota con mi alma...

TERESA DE ÁVILA

La negativa a procrear

Aquel que, habiendo gastado sus apetitos se acerca a una forma límite de desapego, no quiere ya perpetuarse; detesta sobrevivirse en otro, al cual por otra parte no tiene nada que transmitir; *la especie* le espanta; es un monstruo y los monstruos ya no engendran. El «amor» le cautiva aún: aberración entre sus pensamientos. Busca un pretexto para volver a la condición común; pero el *hijo* le parece inconcebible, como la familia, la herencia, las leyes de la naturaleza. Sin profesión ni progenie, cumple —última hipóstasis— su propio acabamiento. Pero por alejado que esté de la fecundidad, un monstruo diferentemente audaz le supera: el santo, ejemplar justamente fascinador y repelente, por relación al cual siempre se está a medio camino y en una posición falsa; la suya, por lo menos, es clara: ya no hay juego posible, no más diletantismo. Llegado a las cimas doradas de sus repugnancias, en las antípodas de la Creación, hace de su nada una aureola. La naturaleza nunca conoció tamaña calamidad: desde el punto de vista de la perpetuación, marca un fin absoluto, un desenlace radical. Entristecerse, como Léon Bloy, porque no somos santos es desear la desaparición de la humanidad... ¡ *en nombre de la fe*! ¡Cuán positivo parece, por el contrario, el diablo, ya que constriñéndose a fijarnos en nuestras

imperfecciones, trabaja —pese a él y traicionando su esencia— en conservarnos! Desarraigad los pecados: la vida se marchita bruscamente. Las locuras de la procreación desaparecerán un día, por cansancio más bien que por santidad. El hombre se agotará, menos por haber tendido a la perfección que por haberse dilapidado; parecerá entonces un *santo vacío* y estará tan lejos de la fecundidad de la naturaleza como lo está ese modelo de acabamiento y esterilidad.

El hombre no engendra más que si permanece fiel al destino general. Si se aproxima a la esencia del demonio o del ángel, se hace estéril o procrea abortos. Para Raskolnikov, para Ivan Karamazóv o Stavroguin el amor no es más que un pretexto para acelerar su perdición; e incluso tal pretexto se desvanece para Kirilov: no se mide ya con los hombres, sino con Dios. En cuanto al Idiota o a Alioscha, el hecho de que uno mimetice a Jesús y el otro a los ángeles, los coloca de lleno entre los impotentes...

Pero arrancarse de la cadena de los seres y rehusar la idea de ascendencia o de posteridad no es, sin embargo, llegar a rivalizar con el santo, cuyo orgullo excede toda dimensión terrestre. En efecto, bajo la decisión por la que se renuncia a todo, bajo la inconmensurable hazaña de esta humildad, se oculta una efervescencia demoníaca: el punto inicial, el arranque de la santidad toma el cariz de un desafío lanzado al género humano: después, el santo asciende por la escala de la perfección, comienza a hablar de Dios, de amor, se vuelve hacia los humildes, intriga a las masas y nos fastidia. Pero no deja de habernos arrojado el guante...

El odio a la «especie» y su «genio» os emparenta con los asesinos; con los dementes, con las divinidades y con todos los grandes estériles. A partir de un cierto grado de soledad,

sería preciso dejar de amar y de cometer la fascinante mancilla de la cópula.

Quien a todo precio quiere perpetuarse apenas se distingue del perro: todavía es *naturaleza*; no comprenderá jamás que se pueda sufrir el imperio de los instintos y rebelarse contra ellos, gozar de las ventajas de la especie y despreciarlas: un fin de raza, con *apetitos*... Ahí está el conflicto de quien adora y abomina a la mujer, supremamente indeciso entre la atracción y el asco que le inspira. Por eso —no logrando renegar totalmente de la especie— resuelve ese conflicto soñando, sobre los senos, con el desierto y mezclando un perfume claustral al vaho de sudores demasiado concretos. Las *insinceridades de la carne* le aproximan a los santos...

Soledad del odio.. Sensación de un dios entregado a la destrucción, pisoteando las esferas, babeando sobre el azur y sobre las constelaciones... , de un dios frenético, sucio y malsano; un demiurgo eyaculando, a través del espacio, paraísos y letrinas; cosmogonía de delirium tremens; apoteosis convulsiva en que la hiel corona a los elementos... Las criaturas se lanzan hacia un arquetipo de fealdad y suspiran por un ideal de deformidad... Universo de la mueca, júbilo del topo, de la hiena y del piojo...

No más horizontes, salvo para los monstruos y la tiña. Todo se encamina hacia lo repulsivo y gangrenoso: este globo que supura mientras que los vivientes muestran sus llagas bajo los rayos del chancro luminoso...

El esteta hagiógrafo

No es un signo de bendición haber estado obsesionado por la existencia de los santos.

Se mezcla a esta obsesión un gusto por las enfermedades y una avidez de depravaciones. Uno no se inquieta por la santidad más que si ha sido decepcionado por las paradojas *terrestres*; se confía en locuras inencontrables en los estremecimientos cotidianos, locuras grávidas de un exotismo celeste; se tropieza así con los santos, con sus gestos, con su temeridad, con su universo. ¡Insólito espectáculo! Uno se permite permanecer inclinado sobre él toda la vida, examinarlo con voluptuosa devoción, apartarse de las otras tentaciones porque al fin hemos encontrado la verdadera e inaudita. He ahí al esteta convertido en hagiógrafo, dedicado a un peregrinaje erudito... Se entrega a ello sin sospechar que no es más que un paseo y que en este mundo todo decepciona, incluso la santidad.

La disciplina de las santas

Hubo un tiempo en el que solamente pronunciar el *nombre* de una santa me llenaba de delicias, en el que envidiaba a los cronistas de los conventos, los íntimos de tantas histerias inefables, de tantas iluminaciones y de tantas palideces. Estimaba yo que ser secretario de una santa constituía la más alta carrera reservada a un mortal. E imaginar el papel de confesor junto a bienaventuradas ardientes y todos los detalles, todos los secretos que un Pedro de Alvastra nos ocultó sobre santa Brígida, Henri de Halle sobre Mechtilda de Magdeburgo, Raymond de Capua sobre Catalina de Siena, el hermano Arnoldo sobre Angela de Foligno, Juan de Marienwerder sobre Dorotea de Montau, Brentano sobre Catalina Emmerich... Me parecía que una Diodata degli Ademari o una Diana de Andolo se elevaron al

cielo por el solo prestigio de su nombre: me daban el gusto *sensual* de otro mundo.

Cuando recapitulaba las pruebas de Rosa de Lima, de Lydwina de Schiedam de Catalina de Ricci y de tantas otras, cuando pensaba en su refinamiento de crueldad hacia ellas mismas, en sus suplicios de verdugos de sí mismas, y en ese pisoteo voluntario de sus encantos y sus gracias, odiaba al parásito de sus angustias, al Novio sin escrúpulos, insaciable y celeste Don Juan, que tenía en su corazón el derecho de primer ocupante. Harto de los suspiros y sudores del amor terrestre, me volvía hacia ellas, aunque no fuera más que por su búsqueda de otro modo de amar: «Si una simple gota de lo que siento, decía Catalina de Génova, cayese en el Infierno, lo transformaría de inmediato en Paraíso.» Yo esperaba esa gota que, si hubiese caído, me hubiera alcanzado al término de su descenso...

Repitiéndome las exclamaciones de Teresa de Avila, la veía gritar a los seis años «eternidad, eternidad», después seguía la evolución de sus delirios, de sus ardores, de sus agostamientos. Nada más cautivador que las revelaciones *privadas*, que desconciertan los dogmas y comprometen a la Iglesia... Me hubiera gustado llevar el diario de esas confesiones equívocas, refocilarme en todas esas nostalgias sospechosas... No es en una cama donde se alcanza la cumbre de la voluptuosidad: ¿cómo encontrar en el éxtasis sublunar lo que las santas os dejan presentir de sus arrobos? La calidad de sus secretos nos la hizo conocer Bernini, en la estatua de Roma, en la que la santa española nos incita a numerosas consideraciones sobre la ambigüedad de sus desfallecimientos...

Cuando vuelvo a pensar a quién debo el haber sospechado el extremo de la pasión, los estremecimientos más turbios como los más puros, y esa especie de

desvanecimiento en que las noches se incendian, donde tanto la menor brizna de yerba como los astros se funden en una voz de gozo y crispación —infinito instantáneo, incandescente y sonoro, tal como lo concebiría un dios feliz y demente—, cuando vuelvo a pensar en todo esto, sólo un nombre me obsesiona: Teresa de Avila, y las palabras de una de sus revelaciones que yo me repetía diariamente: «No debes hablar con los hombres, sino con los ángeles.»

He vivido años a la sombra de las santas, descreyendo de que un poeta, un sabio o un loco pudiera igualarlas jamás. He dilapidado en mi fervor por ellas toda la potencia de adorar, la vitalidad en los deseos, el ardor en los sueños de que era capaz. Y después... dejaron de gustarme.

Sabiduría y santidad

De todos los grandes enfermos, son los santos los que mejor saben sacar partido de sus males. Naturalezas voluntariosas, desenfrenadas, explotan su propio desequilibrio con habilidad y violencia. El Salvador, su modelo, fue un ejemplo de ambición y de audacia, un conquistador sin rival: su fuerza de insinuación, su poder de identificarse con las insuficiencias y las taras del alma le permitieron establecer un reino como ninguna espada soñó jamás. Apasionado con *método*: esta habilidad es la que imitaron los que le tomaron por ideal.

Pero el sabio, desdeñoso del drama y del fasto, se siente tan lejos del santo como del regalón, ignora lo novelesco y se compone un equilibrio de desengaño y desinterés.

Pascal es un santo sin *temperamento*: la enfermedad hizo de él un poco más que un sabio, un poco menos que un

santo. Esto explica sus oscilaciones y la sombra escéptica que sigue a sus fervores. Un *alma bella* en lo incurable...

Desde el punto de vista del sabio, no puede haber ser más impuro que el santo; desde el punto de vista de este último, no hay ser más vacío que el sabio. Ahí está toda la diferencia entre el hombre que comprende y el hombre que aspira.

La mujer y lo Absoluto

«Mientras Nuestro Señor me hablaba, y yo contemplaba su maravillosa belleza, notaba la dulzura y a veces la severidad con la que su boca tan bella y divina profería las palabras. Tenía yo un extremo deseo de saber cuál era el color de sus ojos y las proporciones de su estatura a fin de poder contarlo: pero nunca merecí tener tal conocimiento. Todo esfuerzo para eso es completamente inútil.» (Teresa de Avila.) *El color de sus ojos*... ¡Impurezas de la santidad femenina! Mantener hasta en el cielo la indiscreción de su sexo, esto puede consolar e indemnizar a todos los que —y aun más, las que— se quedaron más acá de la aventura divina. El primer hombre, la primera mujer: aquí está el fondo permanente de la Caída, que nadie, ni el genio ni la santidad, rescatará jamás. ¿Se ha visto alguna vez un solo hombre *nuevo*, totalmente superior a su condición? Para el mismo Jesús, la Transfiguración no significó quizá más que un suceso fugitivo, una etapa sin relevancia...

Entre Santa Teresa y las otras mujeres no habrá entonces más que una diferencia en la capacidad de delirar, una cuestión de intensidad y dirección de los *caprichos*. El amor —humano o divino— nivela a los seres: amar a una furcia o amar a Dios presupone *el mismo* movimiento: en los dos

casos, seguís un impulso de *criatura*. Sólo el objeto cambia; pero ¿qué interés presenta éste, considerando que no es más que un pretexto de la necesidad de adorar, y que Dios no es más que un exutorio entre otros?

España

Cada pueblo traduce en el devenir y a su manera los atributos divinos; el ardor de España permanece, sin embargo, único; si hubiera sido compartido por el resto del mundo, Dios estaría agotado, desprovisto y vacío de El mismo. Y es para no desaparecer por lo que hace, prosperar en *sus países* —por autodefensa— el ateísmo.

Teniendo los ardores que ha inspirado, reacciona contra sus hijos, contra su frenesí que le mengua; su amor quebranta Su poder y Su autoridad; sólo la incredulidad le deja intacto; no son las dudas las que le gastan, sino la fe. Desde hace siglos, la Iglesia trivializa sus prestigios y, haciéndole accesible, le prepara, gracias a la teología, una muerte sin enigmas, una agonía comentada, esclarecida. ¿Si está abrumado bajo las oraciones, cómo no lo estaría bajo las explicaciones? Teme a España como teme a Rusia: en ambos sitios multiplica los ateos. Sus ataques, al menos, le permiten guardar aún la ilusión de la omnipotencia: ¡siempre es un atributo de salvación! ¡Pero, los creyentes! Dostoyewski, el Greco: ¿hay enemigos más febriles? ¿Cómo no preferiría Él Baudelaire a Juan de la Cruz? Teme a los que le ven y a aquellos a través de los cuales Él ve.

Toda santidad es más o menos española: si Dios fuera Cíclope, España le serviría de ojo.

Histeria de la eternidad

Concibo que pueda tenerse gusto por la cruz, pero reproducir todos los días el fatigado acontecimiento del Calvario, tiene algo de maravilloso, de insensato y de estúpido. Pues a fin de cuentas, el Salvador, si se abusa de sus prestigios, se hace tan fastidioso como cualquier otro.

Los santos fueron grandes perversos, como las santas magníficas voluptuosas. Los unos y las otras —locos de una sola idea— transformaron la cruz en vicio. La «profundidad» es la dimensión de los que no pueden variar sus pensamientos y sus apetitos, y que exploran una misma región del placer y del dolor.

Atentos a la fluctuación de los instantes, no podemos admitir un acontecimiento absoluto: Jesús no sería capaz de dividir la historia en dos partes, ni la irrupción de la cruz de romper el curso imparcial del tiempo. El pensamiento religioso —forma de pensamiento obsesivo— sustrae del conjunto de los acontecimientos una porción temporal y la reviste con todos los atributos de lo incondicionado. Así es como los dioses y sus hijos fueron posibles...

La vida es el lugar de mis apasionamientos: todo lo que arranco a la indiferencia, se lo restituyo de nuevo inmediatamente. No es ése el procedimiento de los santos: *eligen* de una vez para todas. Vivo para desprenderme de todo lo que amo; ellos, para infatuarse de un solo objeto; yo saboreo la eternidad, ellos la tragan.

Las maravillas de la tierra —y, con más razón, las del cielo— resultan de una histeria duradera. La santidad: seísmo del corazón, aniquilamiento a fuerza de creer, expresión culminante de la sensibilidad fanática, deformidad trascendente... Entre un iluminado y un simple

de espíritu, hay más correspondencia que entre el primero y un escéptico.

Tal es la distancia que separa la fe del conocimiento sin esperanza, de la existencia sin *resultado*.

Etapas del orgullo

Le ocurre a uno a veces, al frecuentar la locura de los santos, olvidar vuestros límites, cadenas y fardos y gritar: «Soy el alma del mundo; enrojezco el universo con mis llamas. No volverá a haber noche: he preparado la fiesta eterna de los astros; el sol es superfluo: todo luce, y las piedras son más ligeras que las alas de los ángeles.»

Y después, entre el frenesí y el recogimiento: «Si no soy ese Alma, al menos aspiro a serlo. ¿Acaso no he dado mi nombre a todos los objetos? Todo me proclama, desde los muladares hasta las bóvedas: ¿Acaso no soy el silencio y el estruendo de las cosas?»

...Y, más abajo, pasada ya la embriaguez: «Soy la tumba de las centellas, la irrisión del gusano, una carroña que importuna al azur, un émulo carnavalesco de los cielos, una Nada de antaño y sin siquiera el privilegio de haberme podrido alguna vez. ¿A qué perfección de abismo he llegado, que ya no me queda espacio para decaer más?»

Cielo e higiene

La santidad: fruto supremo de la enfermedad; cuando se está sano, parece monstruosa, ininteligible y malsana en el más alto grado. Pero basta que ese hamletismo automático llamado Neurosis reclame sus derechos para que los cielos tomen forma y constituyan el marco de la inquietud. Uno se

defiende contra la santidad *cuidándose*: proviene de una suciedad particular del cuerpo y del alma. Si el cristianismo hubiera propuesto, en lugar de lo Inverificable, la higiene, en vano buscaríamos, en su historia, un solo santo; pero ha cultivado nuestras llagas y nuestra mugre, una mugre intrínseca, fosforescente...

La salud: arma decisiva contra la religión. Inventad el elixir universal: el cielo desaparecerá sin vuelta de hoja. Es inútil seducir al hombre con otros ideales: siempre serán más débiles que las enfermedades. Dios es nuestra herrumbre, el deterioro insensible de nuestra sustancia: Cuando penetra en nosotros, pensamos elevarnos, pero bajamos más y más; llegados a nuestro término, corona nuestra decadencia, y henos aquí «salvados» para siempre. Superstición siniestra, cáncer cubierto de aureolas que roe la tierra desde hace milenios...

Odio a todos los dioses; no estoy lo suficientemente sano como para despreciarlos. Es la gran humillación del Indiferente.

Sobre ciertas soledades

Hay corazones que Dios no podría mirar sin perder su inocencia. La tristeza comenzó más acá de la creación: si el Creador hubiera penetrado antes en el mundo hubiera comprometido su equilibrio. Quien cree que aún puede morir no ha conocido ciertas soledades, ni *lo inevitable* de la inmortalidad percibida en ciertas angustias...

La suerte de los modernos es haber localizado el infierno en nosotros: si hubiéramos conservado su figura antigua, el miedo, sostenido por dos mil años de amenazas, nos hubiera petrificado. Ya no hay espantos sin trasponer a lo

subjetivo: la *psicología* es nuestra salvación, nuestra falsa puerta de escape. Antaño, se reputó que este mundo había surgido de un bostezo del diablo; hoy, sólo es error de los sentidos, prejuicio del espíritu, vicio del sentimiento. Sabemos a qué atenernos respecto a la visión del Juicio de Santa Hildegarda o ante la del infierno de Santa Teresa: lo sublime —trátese del horror o de lo elevado— está clasificado en cualquier tratado de enfermedades mentales. Y aunque nuestros males nos son conocidos, no por eso estamos libres de visiones; pero ya no creemos en ellas. Versados en la química de los misterios, lo *explicamos* todo, hasta nuestras lágrimas. Algo permanece, empero, inexplicable: si el alma es tan poca cosa, ¿de dónde viene nuestro sentimiento de la soledad?, ¿qué espacio ocupa? ¿Y cómo reemplaza, de golpe, la inmensa realidad desvanecida?

Oscilación

En vano buscas tu modelo entre los restantes seres: de los que fueron más lejos que tú, no has aprovechado más que su aspecto comprometedor y dañoso: del sabio, la pereza; del santo, la incoherencia; del esteta, la acritud; del poeta, la desvergüenza —y de todos, el desacuerdo consigo mismos, el equívoco en las cosas cotidianas y el odio de lo que vive sólo por vivir—. Puro, tienes nostalgia de la basura; sórdido, del pudor; soñador, de la brutalidad. Nunca serás más que lo que no eres, y la tristeza de ser lo que eres. ¿Qué contrastes empaparon tu sustancia y qué genio mestizo presidió tu confinamiento en el mundo? El encarnizamiento en disminuirte te hizo adoptar el apetito de caída de los otros: de tal músico, tal enfermedad; de tal

profeta, tal tara; y de las mujeres —poetas, libertinas o santas— su melancolía, su savia alterada, su corrupción de carne y de ensueño. La amargura, principio de tu determinación, tu modo de actuar y de comprender, es el único punto fijo en tu oscilación entre el asco del mundo y la piedad por ti mismo.

Amenaza de santidad

No pudiendo vivir sino más allá o más acá de la vida, el hombre está expuesto a dos tentaciones: la imbecilidad y la santidad: infra-hombre o super-hombre, pero jamás *él mismo*. Pero en tanto que no padece miedo de ser *menos* que lo que es, la perspectiva de ser *más* le aterroriza. Empeñado en el dolor, teme su desenlace: ¿cómo aceptaría hundirse en ese abismo de perfección que es la santidad, y perder en él su propio control? Resbalar hacia la imbecilidad o hacia la santidad, es dejarse arrastrar *fuera* de sí. Sin embargo, no se teme la pérdida de conciencia que implica la aproximación a la idiotez, mientras que la perspectiva de la perfección es inseparable del vértigo. Gracias a la imperfección somos superiores a Dios; ¡es el temor de perderla lo que nos hace huir de la santidad! El terror de un porvenir en el que no estaríamos ya desesperados..., donde, al final de nuestros desastres, aparecería otro, no deseado: el de la salvación; el terror de llegar a ser santos...

Quien adora sus imperfecciones se alarma de la transfiguración que sus sufrimientos podrían prepararle. Desaparecer en una luz trascendente... Más vale encaminarse hacia el absoluto de las tinieblas, hacia las dulzuras de la imbecilidad...

La cruz inclinada

Mescolanza sublime, el cristianismo es demasiado profundo —y sobre todo, demasiado impuro— para seguir durando todavía: tiene los siglos contados. Jesús se hace más y más soso cada día; tanto sus preceptos como su mansedumbre irritan; sus milagros y su divinidad se prestan a la sonrisa. La Cruz se inclina: de símbolo, vuelve a ser materia..., y entra de nuevo en el orden de la descomposición en el que perecen sin excepción las cosas indignas u honorables. ¡Dos milenios de éxito! Resignación fabulosa por parte del más inconstante animal... Pero nuestra paciencia tiene un límite.

La idea de que he podido —como todo el mundo— ser sinceramente cristiano, aunque no fuera más que un segundo, me hunde en la perplejidad. El Salvador me aburre. Sueño con un universo exento de intoxicaciones celestes, de un universo sin cruz ni fe.

¿Cómo no prever el momento en que ya no haya religión, en que el hombre, claro y vacío, no disponga ya de ninguna palabra para designar sus abismos? Lo Desconocido será tan apagado como lo conocido; todo carecerá de interés y de sabor. Sobre las ruinas del Conocimiento, una letargia sepulcral hará espectros de todos nosotros, héroes lunarios de la Indiferencia...

Teología

Estoy de buen humor: Dios es bueno; estoy tristón: es malo; indiferente: es neutro.

Mis estados le confieren atributos correspondientes: cuando gusto del saber, es omnisciente, y cuando adoro la

fuerza, es todopoderoso. ¿Me parece que las cosas existen? Él existe; ¿me parecen ilusorias? El se evapora. Mil argumentos le apoyan, mil le destruyen; si mis entusiasmos le animan, mis malhumores le ahogan. No sabríamos formar imagen más cambiante: le tememos como a un monstruo y le aplastamos como a un insecto; si Le idolatramos, es el Ser; si Le repudiamos, es la Nada. La Oración, aunque debiera suplantar a la Gravitación, no lograría nunca asegurarle una duración universal: siempre permanecería a merced de nuestras horas. Su destino ha querido que no permaneciese inmutable más que a ojos de los ingenuos o de los ignorantes.

Un examen Le revela: causa inútil, absoluto sinsentido, patrón de los bobos, pasatiempo de solitarios, oropel o fantasma según divierta a nuestro espíritu u obsesione nuestras fiebres.

Si soy generoso, se magnifica de atributos; si amargado, se grava de ausencia. Lo he vivido bajo todas sus formas: *no resiste* ni la curiosidad ni la investigación: su misterio, su infinito, se degrada; su brillo se oscurece; sus prestigios disminuyen. Es un traje raído del que hay que desnudarse: ¿cómo seguir revistiéndose de un dios harapiento? Su despojo, su agonía se prolonga a través de los siglos; pero no nos sobrevivirá, pues ya envejece: su estertor precederá al nuestro. Agotados sus atributos, nadie tendrá energía para forjarle otros nuevos; y la criatura que los asumió, para rechazarlos después, irá a reunirse en la nada con su más alta invención: su creador.

El animal metafísico

¡Si pudiera borrarse todo lo que la Neurosis ha inscrito en el espíritu y en el corazón, todas las huellas malsanas que ha dejado en ellos, todas las sombras impuras que la acompañan! Lo que no es superficial, es sucio. Dios: fruto de la inquietud de nuestras entrañas y de los borborigmos de nuestras ideas... Sólo la aspiración al Vacío nos preserva de ese ejercicio mancillador que es el acto de creer. ¡Qué limpidez en el Arte de la Apariencia, en la indiferencia a nuestros fines y a nuestros desastres! Pensar en Dios, tender a Él, invocarle o soportarle —movimientos de un cuerpo averiado y de un espíritu confundido—. Las épocas noblemente superficiales —el Renacimiento, el siglo XVIII— se burlaron de la religión, despreciando sus retozos rudimentarios. Pero, ¡ay!, existe en nosotros una tristeza encanallada que ensombrece nuestros fervores y nuestros conceptos. En vano soñamos con un universo de encajes; Dios, surgido de nuestras profundidades, de nuestra gangrena, profana tal sueño de belleza.

Se es animal metafísico por la podredumbre que se abriga dentro de uno. Historia del pensamiento: desfile de nuestros desfallecimientos; vida del Espíritu: sucesión de nuestros vértigos. ¿Declina nuestra salud? Lo padece el universo, que sufre la curva de nuestra vitalidad.

Machaconear el «porqué» y el «cómo», remontarse en todo momento hasta la Causa —y a todas las causas— denota un desorden de las funciones y de las facultades, que acaba en «delirio metafísico», chochez del abismo, desplome de la angustia, última fealdad de los misterios...

Génesis de la tristeza

No hay insatisfacción profunda que no sea de naturaleza religiosa: nuestros fracasos provienen de nuestra incapacidad para concebir el paraíso y aspirar a él, lo mismo que nuestros malestares de la fragilidad de nuestras relaciones con lo absoluto. «Soy un animal religioso incompleto, padezco doblemente todos los males» —adagio de la Caída, que el hombre se repite para consolarse. Al no lograrlo, recurre a la moral, decide seguir, a riesgo del ridículo, su consejo edificante. « *Resuélvete* a no estar triste», le responde ésta. Y él se esfuerza por entrar en el universo del Bien y de la Esperanza...

Pero sus esfuerzos son ineficaces y *antinaturales*: la tristeza se remonta hasta la raíz de nuestra pérdida..., la tristeza es la poesía del pecado original...

Divagaciones en un convento

No hay para el incrédulo, enamorado del derroche y la dispersión, espectáculo más desconcertante que el de estos rumiantes de lo absoluto... ¿De dónde sacan tanta obstinación en lo inverificable, tanta atención para lo vagoroso y tanto ardor para apresarlo? No concibo nada de sus certezas ni de su serenidad. Son felices y les reprocho el serlo. ¡Si por lo menos se odiasen!, pero aprecian su «alma» más que al universo; esta falsa valoración es la fuente de sacrificios y renuncias de un absurdo imponente. En tanto nosotros hacemos experiencias sin continuidad ni sistema, llevados por el azar y nuestros humores, ellos no hacen más que una, siempre la misma, de una monotonía y de una profundidad que asquean. Cierto es que su objeto es Dios; pero, ¿qué interés pueden tener en Él aún? Siempre igual a Sí mismo, infinito de igual naturaleza, no se *renueva* nunca;

yo podría reflexionar sobre El de paso, pero ¡llenar así las horas!

... Aún no es de día. Desde mi celda oigo voces, y los estribillos seculares, ofrendas a un cielo latino y banal. Antes, en la noche, pasos se apresuraron hacia la Iglesia. ¡Los maitines! Y, sin embargo, ¡aunque Dios en persona asistiese a su propia celebración, no bajaría yo con un frío semejante! Pero, de todas maneras, el *debe* existir, porque si no estos sacrificios de criaturas de carne y hueso, sacudiendo su pereza para adorarle, serían de tal insania que la razón no podría soportar su pensamiento. Las pruebas de la teología son fútiles al lado de estos excesos que dejan perplejo al incrédulo, y le obligan a atribuir un sentido y una utilidad a tantos esfuerzos. A menos que se resigne a una perspectiva estética sobre estos insomnios queridos y que vea en la vanidad de estas vigilias la más gigantesca aventura, emprendida hacia una Belleza de sinsentido y espanto... ¡El esplendor de una oración que no se dirige a nadie! Pero *algo* debe existir; cuando lo Probable se trasmuta en certeza, la felicidad ya no es una simple palabra, tan cierto es que la única respuesta a la nada se encuentra en la ilusión. Esta ilusión, llamada, en el plano absoluto, *gracia* —¿cómo la adquirieron? ¿Merced a qué privilegio fueron movidos a esperar lo que ninguna esperanza del mundo nos deja entrever? ¿Con qué derecho se instalaron en la eternidad que todo nos niega? Estos propietarios —los únicos *verdaderos* que jamás encontré—, ¿a favor de qué subterfugio se arrogaron el misterio para gozar de él? Dios les pertenece: sería vano intentar sustraérselo: ni ellos mismos saben el *procedimiento* gracias al cual se apoderaron de él. *Un buen día*, creyeron. Uno se convirtió por una simple llamada: creía sin ser consciente de ello: cuando lo fue, tomó el hábito. Tal otro

conoció todos los tormentos: cesaron ante una luz súbita. No puede *quererse* la fe; como una enfermedad, se insinúa en vosotros, u os hiere; nadie puede mandar en ella y es absurdo desearlo si no se está predestinado. Se es creyente o no se es, como se es loco o normal. Yo no puedo creer ni desear creer: la fe es una forma de delirio a la que no soy propenso...

La posición del incrédulo es tan impenetrable como la del creyente. Me entrego al *placer de estar desengañado*: es la esencia misma del *siglo*; por encima de la Duda no pongo más que el contento que proporciona...

Y responde a todos esos monjes sonrosados o cloróticos: «Perdéis el tiempo insistiendo. Yo también he mirado hacia el cielo, pero no he visto nada. Renunciad a convencerme: si alguna vez he logrado encontrar a Dios por deducción, nunca lo encontré en mi corazón: y si lo encontrase, no podría seguiros en vuestro camino o en vuestras muecas, aún menos en esos ballets que son vuestras maitines o vuestras completas. Nada supera las delicias del ocio: aunque llegase el fin del mundo, no dejaría yo mi cama a una hora indebida: ¿cómo iba a correr entonces en plena noche a inmolar mi sueño en el altar de lo Incierto? Incluso si la gracia me obnubilase y los éxtasis me estremeciesen sin tregua, unos cuantos sarcasmos bastarían para distraerme. ¡Oh, no, ya veis, temo carcajearme en mis oraciones, y condenarme así más por la fe que por la incredulidad! Ahorradme un aumento de esfuerzo: de todos modos, mis hombros están demasiado cansados para sostener el cielo.

Ejercicio de insumisión

¡Cuánto execro, Señor, la vileza de tu obra y esas larvas almibaradas que te inciensan y se te parecen! Al odiarte, he escapado a las golosinas de tu reino, a las sandeces de tus fantoches. Eres el extintor de nuestras llamas y de nuestras rebeldías, el bombero de nuestros ardores, el represor de nuestros vicios. Antes de haberte relegado a simple fórmula, he pisoteado tus arcanos, despreciado tus tejemanejes y todos esos artificios que te componen una «toilette» de Inexplicable. Me has dispensado con largueza la hiel que tu misericordia ahorra a tus esclavos. Como no hay reposo más que a la sombra de tu nulidad, basta para la salvación del bestia entregarse a Ti o a tus imitaciones. Entre tus acólitos o yo, no sé a quién compadecer más: procedemos todos en línea directa de tu incompetencia: *chusco, chasco, chapuza*, vocablos de la Creación, de tu mangoneo...

De todo lo que fue intentado más acá de la nada, ¿hay algo más lamentable que este mundo, a no ser la idea que lo concibió? Por doquiera que algo respira, hay un achaque de más: no hay palpitación que no confirme la desventaja de existir; la carne me espanta: esos hombres, esas mujeres, entresijos que gruñen a favor de los espasmos... ya no tengo parentesco con el planeta: cada instante no es más que un sufragio en la urna de mi desesperación.

Que tu obra cese o se prolongue, ¡qué más da! Tus subalternos no sabrían perfeccionar lo que tú aventuraste sin talento. De la ceguera en que les sumergiste, terminarán por salir, sin embargo; pero, ¿tendrán fuerza para vengarse y Tú para defenderte? Esta raza está enmohecida, y Tú estás más enmohecido aún. Volviéndome hacia tu Enemigo, espero el día en que robe tu sol para colgarlo en otro universo.

El decorado del saber

Nuestras verdades no valen más que las de nuestros antepasados. Tras haber sustituido sus mitos y sus símbolos por conceptos, nos creemos más «avanzados», pero esos mitos y esos símbolos no expresan menos que nuestros conceptos. El Arbol de la Vida, la Serpiente, Eva y el Paraíso, significan tanto como: Vida, Conocimiento, Tentación, Incosciente. Las configuraciones concretas del mal y del bien en la mitología van tan lejos como el Mal y el Bien de la ética. El Saber —en lo que tiene de profundo— no cambia nunca: sólo su decorado varía. Prosigue el amor sin Venus, la guerra sin Marte, y, si los dioses no intervienen ya en los acontecimientos, no por ello tales acontecimientos son más explicables ni menos desconcertantes: solamente, una retahíla de fórmulas reemplaza la pompa de las antiguas leyendas, sin que por ello las constantes de la vida humana se encuentren modificadas, pues la ciencia no las capta más íntimamente que los relatos poéticos.

La suficiencia moderna no tiene límites: nos creemos más ilustrados y más profundos que todos los siglos pasados, olvidando que la enseñanza de un Buda puso a millares de seres ante el problema de la nada, problema que imaginamos haber descubierto porque hemos cambiado sus términos e introducido un poquito de erudición. Pero, ¿qué pensador occidental podría ser comparado con un monje budista? Nos perdemos en textos y en terminologías: la

meditación es un dato desconocido para la filosofía moderna. Si queremos conservar cierta decencia intelectual, el entusiasmo por la civilización debe ser barrido, lo mismo que la superstición de la Historia. Por lo que respecta a los grandes problemas, no tenemos ninguna ventaja sobre nuestros antepasados o sobre nuestros predecesores más recientes: siempre se ha sabido *todo*, al menos en lo que concierne a lo Esencial; la filosofía moderna no añade nada a la filosofía china, hindú o griega. Por otra parte, no podría haber un *problema nuevo*, pese a que nuestra ingenuidad o nuestra infatuación querrían persuadirnos de lo contrario. En lo tocante a *juego de las ideas*, ¿quién igualó jamás a un sofista chino o griego, quién llevó más lejos que él la osadía en la abstracción? Todos los extremos del pensamiento fueron alcanzados desde siempre y en todas las civilizaciones. Seducidos por el demonio de lo Inédito, olvidamos demasiado pronto que somos los epígonos del primer pitecántropo que se puso a reflexionar.

Hegel es el gran responsable del optimismo moderno. ¿Cómo no vio que la conciencia cambia solamente de forma y de modalidades, pero que no progresa en nada? El devenir excluye una realización absoluta, una meta: la aventura temporal se desarrolla sin un objetivo exterior a ella, y acabará cuando sus posibilidades de caminar se hayan agotado. El grado de conciencia varía con las épocas, sin que dicha conciencia aumente con su sucesión. No somos más conscientes que el mundo grecorromano, el Renacimiento o el siglo XVIII; cada época es perfecta en sí misma, y perecedera. Hay momentos privilegiados en que la conciencia se exaspera, pero jamás hubo eclipse de lucidez tal que el hombre fuera incapaz de abordar los problemas esenciales, pues la historia no es más que una perpetua crisis, una quiebra de la *ingenuidad*. Los *estados negativos*

—que son precisamente los que exasperan la conciencia— se distribuyen diversamente, pero, sin embargo, están presentes en todos los períodos históricos; si son equilibrados y felices, conocen el Hastío —término natural de la felicidad— si descentrados y tumultuosos, sufren la desesperación, y las crisis religiosas que de ella se derivan. La idea de Paraíso terrenal fue compuesta con todos los elementos incompatibles con la Historia, con el espacio donde florecen los estados negativos.

Todas las vías, todos los procedimientos de conocer son válidos: razonamiento, intuición, repugnancia, entusiasmo, gemido. Una visión del mundo articulada en conceptos no es más legítima que otra surgida de las lágrimas: argumentos y suspiros son modalidades igualmente concluyentes e igualmente nulas. Construyo una *forma* de universo: creo en ella, y es el universo, el cual se desploma empero bajo el asalto de otra certeza o de otra duda. El último de los iletrados y Aristóteles son igualmente irrefutables y frágiles. Lo absoluto y la caducidad caracterizan la obra madurada durante años tanto como el poeta surgido a favor del instante. ¿Acaso hay más verdad en la *Fenomenología del Espíritu* que en el *Epipsychidion*? La inspiración fulgurante, lo mismo que la profundización laboriosa, nos presentan resultados definitivos e irrisorios. Hoy, prefiero tal escritor a tal otro; mañana, le tocará la vez a una obra que antaño abominaba: Las creaciones del espíritu —y los principios que las presiden— se resignan al destino de nuestros humores, de nuestra edad, de nuestras fiebres y de nuestras decepciones. Ponemos en tela de juicio todo lo que antaño amamos, y tenemos siempre razón y siempre estamos equivocados; pues todo es válido y todo carece de importancia. Sonrío: nace un mundo; me entristezco: desaparece, y ya se perfila otro. No hay opinión,

sistema o creencia que no sea justa y al mismo tiempo absurda, según nos adhiramos o nos separemos de ella.

No se encuentra más rigor en la filosofía que en la poesía, ni en el espíritu que en el corazón; el rigor no existe más que en la medida que uno se identifica con la cosa que se aborda o se sufre; desde el exterior, todo es arbitrario: razones y sentimientos. Lo que llaman verdad es un error insuficientemente vivido, aun no vaciado, pero que no podrá dejar de envejecer pronto, un error nuevo, y que espera comprometer su novedad. El saber florece y se seca a la par que nuestros sentimientos. Y si recorremos todas las verdades, es porque nos hemos agotado juntos, y ya no hay más savia en nosotros que en ellas. La Historia es inconcebible fuera de *aquel a quien decepciona*.

De este modo, se precisa el deseo de dejarnos arrastrar por la melancolía y de morir de ella...

El verdadero saber se reduce a las vigilias en las tinieblas: sólo el conjunto de nuestros insomnios nos distingue de los animales y de nuestros semejantes. ¿Qué idea rica o extraña fue nunca fruto de un durmiente? ¿Es bueno vuestro sueño? ¿Son apacibles vuestros sueños?: engrosáis la turba anónima. El día es hostil a los pensamientos, el sol los obscurece; sólo florecen en plena noche... Conclusión del saber nocturno: quien llega a una conclusión tranquilizadora sobre lo que sea, da pruebas de imbecilidad o de falsa caridad. ¿Quién halló jamás una sola verdad alegre que fuera válida? ¿Quién salvó el honor del intelecto con propósitos diurnos?

Afortunado quien puede decir: «Tengo el saber triste».

La historia es la ironía *en marcha*, la risotada del espíritu a través de los hombres y los acontecimientos. Hoy triunfa tal creencia; mañana, vencida, será maldita y reemplazada: los que la creyeron la seguirán en su derrota. Después,

viene otra generación: la antigua creencia entra de nuevo en vigor; sus demolidos monumentos son reedificados de nuevo..., en espera de que perezcan otra vez. Ningún principio inmutable regula los favores y las severidades de la suerte: su sucesión participa en la inmensa farsa del Espíritu, que confunde, en su juego, los impostores y los fervientes, las astucias y los ardores. Contemplad las polémicas de cada siglo: no parecen motivadas ni necesarias. Sin embargo, fueron la vida de ese siglo. Calvinismo, quietismo, Port-Royal, la Enciclopedia, Revolución, positivismo, etc... ¡qué sarta de absurdos... que *debieron* ser, qué derroche inútil, y sin embargo fatal! Desde los concilios ecuménicos hasta las controversias políticas contemporáneas, las ortodoxias y las herejías han asaltado la curiosidad del hombre con su irresistible sinsentido. Bajo disfraces diversos, siempre habrá *anti y pro*, sea a propósito del Cielo o del Burdel.

Millares de hombres sufrirán por sutilezas relativas a la Virgen y a su Hijo; otros miles se atormentarán por dogmas menos gratuitos, pero igualmente improbables. Todas las verdades constituyen sectas que acaban por tener un destino tipo Port-Royal, siendo perseguidas y destruidas; después, sus ruinas llegan a ser veneradas, y aureoladas por la iniquidad sufrida, se transforman en lugares de peregrinaje...

No es más razonable conceder más interés a las discusiones sobre la democracia y sus formas, que a las que tuvieron lugar, en la edad media, sobre el nominalismo y el realismo: cada época se intoxica con un absoluto, menor y fastidioso, pero de apariencia única; no puede evitarse el ser contemporáneo de una fe, de un sistema, de una ideología, el ser, en resumen, de su tiempo. Para

emanciparse, haría falta tener la frialdad de un *dios del desprecio*...

Que la Historia no tenga ningún sentido, es algo que debería alegrarnos. ¿Nos atormentaríamos acaso por una solución feliz del porvenir, por una fiesta final en la que nuestros sudores y desastres corriesen con todos los gastos? ¿A favor de idiotas futuros, exultando sobre nuestras penas y bailoteando sobre nuestras cenizas? La visión de un desenlace paradisíaco supera, por su absurdo, las peores divagaciones de la esperanza. Todo lo que podríamos pretextar en excusa del Tiempo, es que se hallan en él momentos más aprovechables que otros, accidentes sin importancia en una intolerable monotonía de perplejidades. El universo comienza y acaba con cada individuo, sea Shakespeare o Don Nadie; pues cada individuo vive *en lo absoluto* su mérito o su nulidad...

¿Merced a que truco lo que *parece* ser escapó al control de lo que no es? Bastó un momento de inatención, de debilidad en el seno de la Nada: las larvas se aprovecharon; una laguna en su vigilancia: y aquí estamos. Igual que la vida suplantó a la nada, fue suplantada, a su vez, por la historia: así la existencia emprendió un ciclo de herejías que minaron la ortodoxia de la nada.

Abdicaciones

La cuerda

Ya no sé cómo me fue dado recoger esta confidencia: «Sin profesión ni salud, sin proyectos ni recuerdos, he relegado lejos de mí el porvenir y el saber, y ya no poseo más que un camastro sobre el que desaprender el sol y los suspiros. Permanezco tumbado en él, y devano las horas; en torno mío, utensilios, objetos que me intiman a perderme. El clavo me susurra; atraviésate el corazón, las pocas gotas que saldrían no deberían asustarte. El cuchillo insinúa: mi hoja es infalible: un segundo de decisión y triunfarás sobre la miseria y la vergüenza. La ventana se entreabre sola, chirriando en el silencio: compartes con los pobres las alturas de la ciudad; lánzate, mi abertura es generosa: sobre el pavimento, en un abrir y cerrar de ojos, te estrellarás con el sentido o sinsentido de la vida. Y una cuerda se enrosca como sobre un cuello ideal, adoptando un tono de fuerza suplicante: te espero desde siempre, he asistido a tus terrores, a tus abatimientos y a tus asperezas, he visto tus mantas estrujadas, la almohada que tu rabia mordía, como también escuché los reniegos con los que obsequiabas a los dioses. Caritativa, te compadezco y te ofrezco mis servicios. Pues tú has nacido para ahorcarte, como todos los que desdeñan una respuesta a sus dudas o una fuga a su desesperación».

El trasfondo de una obsesión

La idea de la nada no es la apropiada para la humanidad laboriosa: los atareados no tienen ni tiempo ni ganas de sopesar su polvo; se resignan a las durezas o a las estupideces de la suerte; esperan: la esperanza es una virtud de esclavos.

Son los vanidosos, los presumidos y las coquetas, quienes, temiendo las canas, las arrugas y los estertores, llenan su ocio cotidiano con la imagen de su carroña: se miman y se desesperan; sus pensamientos revolotean entre el espejo y el cementerio, y descubren en los rasgos amenazados de su rostro verdades tan graves como las de las religiones. Toda metafísica comienza con una angustia del cuerpo, que llega a ser después universal; de tal suerte que los inquietos *por frivolidad* prefiguran los espíritus auténticamente atormentados. El ocioso superficial, obseso por el espectro de la vejez, está más cerca de Pascal, de Bossuet o de Chateaubriand que el sabio que no se inquieta por sí mismo. La vanidad tiene un atisbo de genio: ahí tenéis al gran orgulloso, que se pliega mal a la muerte y la siente como una *ofensa personal*. El mismo Buda, superior a todos los sabios, no fue más que un presumido *a escala divina*. Descubrió la muerte, *su* muerte, y, herido, renunció a todo e impuso su renuncia a los otros. Así, los sufrimientos más terribles y más inútiles nacen del orgullo maltrecho, el cual, para hacer frente a la Nada, la transforma, por venganza, en Ley.

Epitafio

«Tuvo el orgullo de no mandar jamás, de no disponer de nada ni de nadie. Sin subalternos, sin amos, no dio ni recibió órdenes. Excluido del imperio de las leyes, y como si fuera anterior al bien y al mal, no hizo padecer nunca a nadie. En su memoria se borraron los nombres de las cosas; miraba sin percibir, escuchaba sin oír: los perfumes y aromas se desvanecían al aproximarse a los orificios de su nariz y a su paladar. Sus sentidos y sus deseos fueron sus únicos esclavos: de tal modo que apenas sintieron, apenas desearon. Olvidó dicha y desdicha, sed y temores; y si en alguna ocasión volvía a acordarse de ellos, desdeñaba nombrarlos y rebajarse así a la esperanza o la nostalgia. El gesto más ínfimo le costaba más esfuerzos que los que cuestan a otros fundar o derribar un imperio. Pues nació cansado de nacer, se quiso sombra: ¿cuándo vivió entonces?, ¿y por culpa de qué nacimiento? Y si llevó su sudario en vida, ¿merced a qué milagro logró morir?»

Secularización de las lágrimas

Sólo a partir de Beethoven la música se dirige a los hombres: antes, no se relacionaba más que con Dios. Bach y los grandes italianos no conocieron ese desliz hacia lo humano, ese falso titanismo que altera, desde el Sordo, el arte más puro. La torsión del querer reemplazó a las suavidades; la contradicción de los sentimientos, al ímpetu ingenuo; el frenesí, al suspiro disciplinado; una vez desaparecido *el cielo* de la música, en su lugar se instaló el hombre. El pecado fluía antes en dulces llantos; vino el momento en que se desbordó: la declamación dio cuenta de la razón, el romanticismo de la Caída triunfó sobre el sueño armonioso de la decadencia...

Bach: languidez de cosmogonía; escala de lágrimas por la que suben nuestros deseos de Dios; arquitectura de nuestras fragilidades, disolución positiva —y la más alta— de nuestra voluntad; ruina celeste en la Esperanza; único modo de perdernos sin derrumbarnos y de desaparecer sin morir...

¿Es ya demasiado tarde para volver a aprender esos desvanecimientos? ¿Nos es preciso continuar desfalleciendo fuera de los acordes del órgano?

Fluctuaciones de la voluntad

«¿Conocéis ese crisol de la voluntad en el que nada resiste a vuestros deseos, donde la fatalidad y la gravitación pierden su imperio y se sutilizan ante la magia de vuestro poder? Seguro de que tu mirada resucitaría a un muerto, de que tu mano puesta sobre la materia la haría estremecer, de que a tu contacto las piedras palpitarían, de que todos los cementerios florecerían en una sonrisa de inmortalidad, te repites a ti mismo: «De ahora en adelante ya no habrá más que una primavera eterna, una danza de prodigios y el fin de todos los sueños. He traído otro fuego: los dioses palidecen y las criaturas se regocijan; la consternación se ha apoderado de la bóveda celeste y el jolgorio ha bajado a las tumbas.»

... Y el entusiasta de los paroxismos, sin aliento, se calla un instante para proferir, con acento de quietismo, palabras de abandono:

«¿Habéis experimentado alguna vez esta somnolencia que se transmite a las cosas, este reblandecimiento que vuelve anémicas las savias, y las hace soñar con un otoño vencedor de las otras estaciones? A mi paso, las esperanzas

se adormecen, las flores se marchitan, los instintos flaquean: todo cesa de querer, todo se arrepiente de haber querido. Y cada ser me susurra: «Me gustaría que otro viviese mi vida, fuera Dios o fuera un limaco. Suspiro por una voluntad de inacción, un infinito en suspenso, una atonía extática de los elementos, una hibernación a pleno sol, que lo entumeciese todo, del cerdo a la libélula...»

Teoría de la bondad

«Puesto que para usted no hay último criterio ni irrevocable principio, y ningún dios, ¿qué es lo que le impide perpetrar todos los crímenes?»

«Descubro en mí tanto mal como en cualquier otro, pero, como execro la acción —madre de todos los vicios—, no soy causa de sufrimientos para nadie. Inofensivo, sin avidez, y sin la suficiente energía e indecencia para enfrentarme con los otros, dejo el mundo tal como lo encontré. Vengarse presupone una vigilancia de cada instante y un espíritu sistemático, una continuidad costosa, mientras que la indiferencia del perdón y del desprecio hace las horas gratamente vacías. Todas las morales representan un peligro para la bondad; sólo la incuria la salva. Tras haber elegido la flema del imbécil y la apatía del ángel, me excluí de los actos y, como la bondad es incompatible con la vida, me he podrido para ser bueno.»

La parte de las cosas

Se necesita una considerable dosis de inconsciencia para entregarse sin reservas a cualquier cosa. Los creyentes, los enamorados, los discípulos, no perciben más que un rostro

de sus deidades, de sus ídolos, de sus maestros. El ferviente permanece ineluctablemente en la ingenuidad. ¿Hay sentimiento puro donde la mezcla de gracia e imbecilidad no se traicione, y admiración beata sin eclipse de la inteligencia? Quien entrevé simultáneamente todos los aspectos de alguien o de algo permanece por siempre indeciso entre el arrebato y el estupor. Diseca cualquier creencia: ¡qué gala del corazón y, debajo, cuánta ignominia! Es lo infinito soñado en una alcantarilla y que conserva, imborrables, su huella y su hedor. Hay un notario en cada santo, un tendero en todo héroe, un portero en el mártir. En el fondo de los suspiros se esconde una mueca; a los sacrificios y a las oraciones se mezclan los vapores del burdel terrestre.

Tomemos el amor: ¿hay expansión más noble, arrebato menos sospechoso? Sus estremecimientos compiten con la música, rivalizan con las lágrimas de la soledad y del éxtasis: es lo sublime, pero de una sublimidad inseparable de las vías urinarias: transportes vecinos a la excreción, cielo de las glándulas, santidad súbita de los orificios... Basta un momento de *atención* para que esa embriaguez, conmocionada, os arroje en las inmundicias de la fisiología, o un instante de fatiga para constatar que tanto ardor no produce más que una variedad de moco. El estado de vigilia altera el sabor de nuestros arrobos y transforma a quien los sufre en un visionario pisoteando pretextos inefables. No se puede amar y conocer al mismo tiempo, so pena de que el amor padezca y expire bajo la mirada del espíritu. Husmead en vuestras admiraciones, escrutad a los beneficiarios de vuestro culto y a los que se aprovechan de vuestros abandonos: bajo sus pensamientos más desinteresados descubriréis el amor propio, el aguijón de la gloria, la sed de dominio y de poder. Todos los pensadores son fracasados de

la acción que se vengan de su fracaso por medio de conceptos. Nacidos *más acá* de los actos, los exaltan o los menosprecian, según aspiren al agradecimiento de los hombres o a la otra forma de gloria: su odio; elevan indebidamente sus propias deficiencias, sus propias miserias, al rango de leyes, su futilidad a nivel de principios.

El pensamiento es una mentira, como el amor o la fe. Pues las verdades son fraudes y las pasiones, olores; y a fin de cuentas la elección está entre el que miente y el que hiede.

Maravillas del vicio

En tanto que hace falta a un pensador —para disociarse del mundo— una inmensa tarea de interrogaciones, el privilegio de una tara confiere de golpe un destino singular. El Vicio —dispensador de soledad— ofrece a aquel a quien marca la excelencia de una condición separada. Por ejemplo, el invertido: inspira dos sentimientos contradictorios: el asco y la admiración; su debilidad le hace juntamente inferior y superior a los otros; no se acepta, se justifica ante sí mismo constantemente, se inventa razones, escindido entre la vergüenza y el orgullo; sin embargo —fervientes de las estupideces de la procreación— marchamos con el rebaño. ¡Malhaya quien no tenga secretos sexuales!

¿Cómo vislumbraremos las fétidas ventajas de las aberraciones? ¿Permaneceremos por siempre jamás progenitores de la naturaleza, víctimas de sus leyes, árboles humanos, en suma?

Las deficiencias del individuo determinan el grado de ductilidad y sutileza de una civilización. Las sensaciones

raras conducen al espíritu y le avivan: el instinto desviado se encuentra en las antípodas de la barbarie. Resulta así que un impotente es más complejo que un bruto de reflejos inalterables, que aquél realiza mejor que cualquier otro la esencia del hombre, de este animal desertor de la zoología, que se enriquece con todas sus insuficiencias, con todas sus imposibilidades. Suprimid las taras y los vicios, quitad las *preocupaciones carnales*, y no volveréis a encontrar *almas*; pues lo que llamamos con ese nombre no es más que un producto de escándalos interiores, una designación de vergüenzas misteriosas, una idealización de la abyección...

En los entresijos de su ingenuidad, el pensador envidia las posibilidades de conocer abiertas a quien es contra natura; cree —no sin repulsión— en los privilegios de los «monstruos»... Puesto que el vicio es una dolencia, y la única forma de celebridad que vale la pena, el vicioso «debe» ser necesariamente más profundo que el común de los hombres, ya que está indeciblemente separado de todos; empieza donde los otros terminan...

Un placer natural, obtenido en lo evidente, se anula en sí mismo, se destruye en sus medios, expira en su actualidad, mientras que una sensación insólita es una sensación *pensada*, una reflexión sobre los reflejos. El vicio alcanza su grado más alto de *conciencia* —sin intervención de la filosofía; pero le hace falta al pensador toda una vida para llegar a esa *lucidez afectiva* con la que comienza el pervertido. Se parecen, sin embargo, en su propensión a separarse de los otros, aunque el uno se ve obligado a ello por la meditación, mientras que el otro sólo sigue las maravillas de su inclinación.

El corruptor

«¿Cómo pasaron tus horas? El recuerdo de un gesto, la impronta de una pasión, el fulgor de una aventura, una hermosa y fugitiva demencia —no hay nada de esto en tu pasado; ningún delirio lleva tu nombre, ningún vicio te honra—. Has pasado sin dejar huellas; pero, ¿cuál fue tu sueño?»

«Hubiera querido sembrar la Duda hasta en las entrañas del globo, empapar con ella la materia, hacerla reinar donde el espíritu no penetró jamás, y, antes de alcanzar la medula de los seres vivientes, sacudir la quietud de las piedras, introducir en ella la inseguridad y los defectos del corazón. Arquitecto, hubiera construido un templo a la Ruina; predicador, revelado la farsa de la oración; rey, enarbolado el emblema de la rebelión. Como los hombres incuban un secreto deseo de repudiarse, hubiera estimulado en todas partes la infidelidad a uno mismo, hundido a la inocencia en el estupor, multiplicado los traidores a sí mismos, impedido a las multitudes acurrucarse en el pudridero de sus certidumbres.»

El arquitecto de las cavernas

La teología, la moral, la historia y la experiencia de cada día nos enseñan que para alcanzar el equilibrio no hay una infinidad de secretos; no hay más que uno: *someterse*. «Aceptad un yugo, nos repiten, y seréis felices; sed algo y os libraréis de vuestras penas.» En efecto, en este mundo todo es *oficio*: profesionales del tiempo, funcionarios de la respiración, dignatarios de la esperanza, un *puesto* nos espera desde antes de nacer: nuestras carreras se fraguan en las entrañas de nuestras madres.

Miembros de un universo oficial, debemos ocupar una plaza en él por el mecanismo de un destino rígido, que no se relaja más que a favor de los locos; éstos, al menos, no se ven constreñidos a tener una creencia, a afiliarse a una institución, a sostener una idea, a pretender una empresa. Desde que la sociedad se constituyó, los que pretendieron sustraerse a ella fueron perseguidos o escarnecidos. Se os perdona todo, con tal de que tengáis un oficio, un subtítulo bajo vuestro nombre, un sello sobre vuestra nada. Nadie tiene la audacia de gritar: «¡No quiero hacer nada!»; se es más indulgente con un asesino que con un espíritu liberado de los actos. Multiplicando las posibilidades de someterse, abdicando de su libertad, matando en sí mismo el vagabundo, así es como el hombre ha refinado su esclavitud y se ha enfeudado a los fantasmas. Incluso sus desprecios y rebeliones, no los ha cultivado más que para ser dominado por ellos, siervo que es de sus actitudes, de sus gestos y de sus humores.

Salido de las cavernas, guarda de ellas la superstición; era su prisionero, se ha convertido en su arquitecto. Perpetúa su condición primitiva con mayor invención y sutileza; pero en el fondo, aumentando o disminuyendo su caricatura, se plagia desvergonzadamente. Charlatán *movido por hilos*, sus contorsiones, sus muecas, aún engañan...

Disciplina de la atonía

Como cera bajo el calor del sol, me fundo durante el día y me solidifico por la noche, alternancia que me descompone y me restituye a mí mismo, metamorfosis en la inercia y la pereza... ¿Aquí debía acabar todo lo que he leído

y sabido, es éste el término de mis vigilias? La pereza ha embotado mis entusiasmos, ablandado mis apetitos, enervado mis rabias. Quien no se deja llevar, me parece un monstruo: agoto mis fuerzas en el aprendizaje del abandono y me ejercito en el ocio, oponiendo a mis antojos los párrafos de un Arte de Pudrimiento.

Por todas partes, gentes que *quieren*...; mascarada de pasos precipitados hacia fines mezquinos o misteriosos; voluntades que se cruzan; cada cual quiere; la multitud quiere; millares de personas tensas hacia no sé qué. No podría seguirles, aun menos desafiarles; me detengo estupefacto: ¿qué prodigio les insufló tanto ánimo? Movilidad alucinante: en tan poca carne, ¡tanto vigor e histeria! Estas bacterias a las que ningún escrúpulo calma, ninguna sabiduría apacigua, ninguna amargura desconcierta...

Sortean los peligros con mayor facilidad que los héroes: son apóstoles inconscientes de lo eficaz, santos de lo Inmediato..., dioses en las ferias del tiempo...

Me aparto de ellos y dejo las aceras del mundo... Sin embargo, hubo un tiempo en el que admiraba a los conquistadores y a las abejas, en el que estuve a punto de la esperanza; pero ahora, el movimiento me aterra y la energía me entristece. Hay más sabiduría en dejarse llevar por las olas que en debatirse contra ellas. Póstumo a mí mismo, me acuerdo del Tiempo como de una chiquillada o una grosería. Sin deseos, sin horas en las que hacerlos surgir, no tengo sino la certeza de haberme sobrevivido desde siempre, feto roído por una idiotez omnisciente antes incluso de que sus párpados se abriesen, y aborto de clarividencia...

La suprema usura

Hay algo que hace la competencia a la furcia más sórdida, algo sucio, gastado, derrotado, y que estimula y desconcierta la rabia, una cumbre de exasperación y un artículo de uso constante: es la *palabra*, cualquier palabra, y más concretamente esa que uno utiliza. Digo: *árbol, casa, yo, magnífico, estúpido*; podría decir cualquier cosa; y sueño con un asesino de todos los nombres y todos los adjetivos, de todos esos eructos honorables. A veces me parece que están muertos y nadie quiere enterrarlos.

Por cobardía, les consideramos aún vivos, y continuamos soportando su olor sin taparnos la nariz. Sin embargo, no son ni expresan ya nada. Cuando se piensa en todas las bocas por las que pasaron, en todos los alientos que los corrompieron, en todas las ocasiones en que fueron proferidos, ¿cómo servirse de uno solo de ellos sin mancillarse?

Nos los sirven todos masticados; sin embargo, no nos atrevemos a tragar un alimento masticado por los otros: el acto material que corresponde al uso de la palabra nos da vómitos; basta, sin embargo, un momento de acritud para percibir bajo cualquier palabra un regusto de saliva extraña.

Para orear el lenguaje, sería preciso que la humanidad dejase de hablar: podría recurrir con provecho a los obispos o, más eficazmente, al silencio. La prostitución de la palabra es el signo más visible de su envilecimiento; no hay vocablo intacto, ni articulación pura y, hasta las cosas significadas, todo se degrada a fuerza de repeticiones. ¿Por qué cada generación no aprenderá un nuevo idioma, aunque no fuera más que para dar otra savia a los objetos? ¿Cómo odiar y amar, debatirse y sufrir con símbolos anémicos? La «vida», la «muerte» —vulgaridades metafísicas, enigmas

trasnochados. El hombre debería crearse otra ilusión de realidad e inventar con este fin otras palabras, puesto que las suyas carecen de sangre, y, en tal fase de la agonía, ya no hay transfusión posible.

En los funerales del deseo

Una caverna infinitesimal bosteza en cada célula... Sabemos dónde se instalan las enfermedades, su lugar, la carencia definida de los órganos; pero ese mal sin sede..., esa opresión bajo el peso de mil océanos, ese deseo de un veneno idealmente maléfico...

Las vulgaridades de la primavera, las provocaciones del sol, del verdor, de la savia...

Mi sangre se desintegra cuando los brotes se abren, cuando el pájaro y el bruto florecen... Envidio a los locos de remate, el embotamiento del lirón, los inviernos del oso, la sequedad del sabio, cambiaría por su torpor mi agitación de asesino difuso que sueña crímenes más acá de la sangre. Y más que a ningún otro, ¡cuánto envidio a esos emperadores de la decadencia, huraños y crueles, y a los que se apuñalaba en pleno auge de sus crímenes!

Me abandono al espacio como la lágrima de un ciego. ¿De quién soy la voluntad, quién *quiere* en mí? Me gustaría que un demonio planease una conspiración contra el hombre: me aliaría con él. Cansado de debatirme con los funerales de mis deseos, tendría por fin un pretexto ideal, pues el Hastío es el martirio de los que ni viven ni mueren por ninguna creencia.

La irrefutable decepción

Todo abunda en su favor, la alimenta y la reafirma; corona —sabia, irrecusable—, acontecimientos, sentimientos, pensamientos; no hay instante que no la consagre, ímpetu que no la realce, reflexión que no la confirme. Divinidad cuyo reino no tiene límites, más poderosa que la fatalidad que la sirve y la ilustra, trazo de unión entre la vida y la muerte, las reúne, las confunde y se alimenta de ellas. Junto a sus argumentos y sus verificaciones, la ciencia parece un haz de caprichos. Nada podría disminuir el fervor de sus repugnancias: ¿hay acaso verdades, floreciendo en una primavera de axiomas, que puedan desafiar su dogmatismo visionario, su orgullosa insania? Ninguna temperatura de juventud, ni siquiera el extravío del espíritu, resisten a sus certezas, y sus triunfos son proclamados con una misma voz por la sabiduría y por la demencia. Ante su imperio sin lagunas, ante su soberanía sin límites, nuestras rodillas se doblan: todo comienza por ignorarla, todo acaba por someterse a ella; no hay acto que no la huya, ni acto que no se reduzca a ella. *Ultima palabra* en este mundo, sólo ella no decepciona...

En el secreto de los moralistas

Cuando hemos llenado todo el universo de tristeza, sólo nos queda, para reavivar el espíritu, la alegría, la imposible, la rara, la fulgurante alegría; y es cuando ya no esperamos, cuando sufrimos la fascinación de la esperanza: la Vida, regalo ofrecido a los vivos por los obsesos de la muerte... Como la dirección de nuestros pensamientos no es la de nuestros corazones, cultivamos una inclinación secreta por todo lo que pisoteamos. Fulano graba el chirriar de la máquina del mundo: es que habrá soñado demasiado con

las resonancias de las Bóvedas; a falta de oírlas, se humilla a no escuchar más que el estruendo que le rodea. Las frases amargas emanan de una sensibilidad ulcerada, de una delicadeza maltrecha. El veneno de un La Rochefoucauld o de un Chamfort, fue la revancha que tomaron contra un mundo esculpido por los brutos. Toda amargura esconde una venganza y se traduce en un sistema: el pesimismo, esa *crueldad de los vencidos* que no pueden perdonar al mundo el haber traicionado su espera.

La alegría que asesta golpes mortales..., el regocijo que disimula el puñal bajo una sonrisa... Pienso en ciertos sarcasmos de Voltaire, en algunas réplicas de Rivarol, en los trazos hirientes de Madame Deffand, en la risotada que asoma bajo tanta elegancia, en la ligereza agresiva de los salones, en los rasgos de ingenio que divierten y matan, en la acritud que encierra un exceso de civismo... Y pienso en un *moralista ideal* —mezcla de vuelo lírico y de cinismo— exaltado y glacial, difuso e incisivo, tan próximo de las *Rêveries* como de las *Liaisons Dangereuses*, o que uniese dentro de sí a Vauvenargues y Sade, el tacto y el infierno... Observador de las costumbres en *él mismo*, sin ninguna necesidad de ir a investigar más lejos, la menor atención a sí mismo le revelaría las contradicciones de la vida, cuyos aspectos reflejaría tan bien, que ésta, avergonzada de su *reduplicación*, se desvanecería...

No hay atención cuyo ejercicio no lleve a un acto de aniquilación: tal es la fatalidad de la observación, con todos los inconvenientes que se desprenden para el observador, desde el moralista clásico hasta Proust. Todo se disuelve bajo el ojo escrutador: las pasiones, los cariños a toda prueba, los ardores, son lo propio de espíritus simples fieles a los otros y a ellos mismos. Una pizca de lucidez en el «corazón» le convierte en la sede de los sentimientos

fingidos, y trasforma al enamorado en Adolfo y al insatisfecho en René. Quien ama no examina el amor, quien actúa no medita sobre la acción: si estudio a mi «prójimo» es que ha dejado de serlo, y yo dejo de ser «yo» si me analizo: me convierto en *objeto*, de igual rango que los otros. El creyente que sopesa su fe acaba por poner a Dios en la balanza, y no salvaguarda su fervor sino por miedo a perderlo. En las antípodas de la ingenuidad, de la existencia plena y auténtica, el moralista se agota en un *vis-à-vis* de sí mismo y de los otros: farsante, microcosmos de segundas intenciones, no soporta el artificio que los hombres, para vivir, aceptan *espontáneamente*, y lo incorporan a su naturaleza. Todo le parece convención: divulga los móviles de los sentimientos y de los actos, desenmascara los simulacros de la civilización: sufre por haberlos entrevisto y superado; pues los simulacros hacen vivir, *son* la vida mientras que su existencia, contemplándolos, se pierde en la búsqueda de una «naturaleza» que no existe y que, si existiera, le sería tan extraña como los artificios que se le añaden. Toda complejidad psicológica, reducida a sus elementos, explicada y disecada, comporta una operación mucho más nefasta para el que la opera que para la víctima. Uno liquida sus sentimientos al buscarles las vueltas, lo mismo que sus ímpetus si espía la curva; y cuando se detallan los movimientos de los otros, no son los otros los que se entorpecen la marcha... Todo aquello en lo que uno no participa parece absurdo, pero los que se mueven no podrían no avanzar, mientras que el observador, ya se vuelva de uno u otro lado, no registra su inútil triunfo más que para excusar su derrota. Y es que no hay vida más que en la falta de atención a la vida.

Fantasía monástica

Aquellos tiempos en que las mujeres tomaban los hábitos para ocultar al mundo, tanto como a ellas mismas, los avances de la edad, la disminución de su fulgor, la desaparición de sus atractivos..., en que los hombres, cansados de gloria y de fasto, abandonaban la Corte para refugiarse en la devoción... La moda de convertirse *por pudor* desapareció con el gran siglo: la sombra de Pascal y un reflejo de Jacqueline se extendían, como prestigios invisibles, sobre el mundo cortesano; sobre la más frívola belleza. Pero todos los Port-Royal fueron destruidos para siempre, y, con ellos, los lugares propicios para las agonías discretas y solitarias. Ya no hay la coquetería del convento: ¿dónde buscar aún, para dulcificar nuestra decadencia, un marco sombrío y suntuoso juntamente? Un epicúreo como Saint-Evremond imaginaba uno a su gusto, tan lenificante y relajado como su «savoir-vivre». En aquellos tiempos, era preciso contar con Dios, ajustarlo a la incredulidad, englobarlo en la soledad. ¡Transacción llena de agrado, irremediablemente pasada! Nosotros precisaríamos claustros tan despojados, tan vacíos como nuestras almas, para perdernos en ellos sin la ayuda de los cielos, y en una pureza de ideal ausente, claustros a la medida de ángeles desengañados que, en su caída, a fuerza de ilusiones perdidas, permaneciesen aún inmaculados. Y a esperar una ola de retiros en una eternidad sin fe, una toma de hábitos en la nada, una Orden liberada de los misterios, y ninguno de cuyos «hermanos» se reclamaría de nada, desdeñando su salvación tanto como la de los otros, una *Orden de la salvación imposible*...

En honor de la locura

«Better I were distract:
So should my thoughts be sever'd from my griefs.»

Exclamación que arranca a Gloster la locura del rey Lear... Para *separarnos* de nuestros pesares, nuestro último recurso es el delirio; sujetos a sus desvíos, ya no volvemos a *encontrar* nuestras aflicciones: paralelos a nuestros dolores y al margen de nuestras tristezas, divagamos en una tiniebla saludable. Cuando se execra esta sarna llamada vida, y se está harto de las comezones de la duración, la firmeza del loco en medio de todos sus agobios llega a ser una tentación y un modelo: ¡que una suerte clemente nos dispense de nuestra razón! No hay salida mientras el intelecto permanezca atento a los movimientos del corazón, mientras no se deshabitúe de ellos!

Aspiro a las noches del idiota, a sus sufrimientos minerales, a la dicha de gemir con indiferencia, como si fueran los gemidos de otro, a un calvario en donde se es extraño a uno mismo, donde los gritos propios vienen de otra parte, a un infierno anónimo donde se baila y se ríe mientras se destruye uno. Vivir y morir en tercera persona..., exilarme en mí mismo, disociarme de mi nombre, distraído por siempre del que fui..., alcanzar, finalmente —puesto que la vida sólo es tolerable a ese precio—, la sabiduría de la demencia...

Mis héroes

Cuando uno es joven, se busca héroes: yo tuve los míos: Henri de Kleist, Caroline de Guenderode, Gérard de Nerval,

Otto Weininger... Ebrio de su suicidio, tenía yo la certeza de que sólo ellos habían ido hasta el final, de que obtuvieron, en la muerte, la conclusión justa de su amor contrariado o satisfecho, de su espíritu escindido o de su crispación filosófica. Que un hombre sobreviviese a su pasión, bastaba para hacérmelo despreciable o abyecto: esto es tanto como decir que la humanidad estaba de más para mí: descubría en ella un número ínfimo de altas resoluciones y tanta complacencia en envejecer, que me aparté de ella, dispuesto a acabar antes de llegar a la treintena. Pero, como los años pasaron, perdí el orgullo de la juventud: cada día, como una lección de humildad, me recordaba que yo estaba aún vivo, que traicionaba mis sueños entre los hombres podridos de vida. Agotado por la espera de no ser, consideraba un deber hendirse las carnes cuando la aurora apunta sobre una noche de amor y una grosería sin nombre envilecer con la memoria una desmesura de suspiros.

O, en otros momentos, ¿cómo insultar aún con su presencia a la duración, cuando se ha captado todo en una dilatación que alza el orgullo sobre el trono de los cielos?

Pensaba yo entonces que el único acto que un hombre puede realizar sin vergüenza era quitarse la vida, que no tenía el derecho de disminuirse en la sucesión de los días y la inercia de la desdicha. No hay más elegidos, me repetía, que los que se dan la muerte. Aun ahora, aprecio más a un portero que se ahorca que a un poeta vivo. El hombre dura en la prórroga del suicidio: ésta es su única gloria, su sola excusa. Pero no es consciente de ello, y tilda de cobardía el valor de los que osaron elevarse, por la muerte, por encima de sí mismos. Estamos unidos los unos a los otros por un pacto tácito de aguantar hasta el último aliento: este pacto que cimenta nuestra solidaridad, no por eso nos condena menos: toda nuestra raza está marcada de infamia. Fuera

del suicidio, no hay salvación. ¡Cosa rara!: la muerte, aunque eterna, no ha entrado aún en las costumbres: *única* realidad, no logra convertirse en *moda*. Así, en tanto que vivos, todos estamos *anticuados*...

Los pobres de espíritu

Observad con qué acento un hombre pronuncia la palabra «verdad», la inflexión de seguridad o de reserva que pone en ella, el aspecto de credulidad o duda, y os informaréis sobre la naturaleza de sus opiniones y la calidad de su espíritu. No hay vocablo más vacío; sin embargo, los hombres se hacen de él un ídolo y convierten el sinsentido a la vez en criterio y en meta del pensamiento. Esta superstición —que excusa al vulgo y descalifica al filósofo— resulta de la invasión de la esperanza en la lógica. Se os repite: la verdad es inaccesible; sin embargo, es preciso buscarla, tender a ella, afanarse por ella. He aquí una restricción que en nada os separa de los que afirman haberla encontrado: *lo importante es creer que es posible*: poseerla o aspirar a ella son dos actos que proceden de una misma actitud. De una u otra palabra, se hace una excepción: ¡terrible usurpación de lenguaje! Llamo pobre de espíritu a todo hombre que habla de la Verdad con *convicción*: es que tiene mayúsculas en reserva, y se sirve ingenuamente de ellas, sin fraude ni desprecio. En lo que respecta al filósofo, la menor complacencia con esta idolatría le desenmascara: el ciudadano ha triunfado en él sobre el solitario. La esperanza que emerge de un pensamiento entristece o hace sonreír... Hay una especie de indecencia en poner demasiada alma en las grandes palabras: el infantilismo de todo entusiasmo por el

conocimiento... Ya es hora de que la filosofía, lanzando el descrédito sobre la Verdad, se libere de todas las mayúsculas.

La miseria: excitante del espíritu

Para tener el espíritu despierto, no sólo contamos con el café, la enfermedad, el insomnio o la obsesión de la muerte; la miseria contribuye también en igual o mayor medida: el terror al día siguiente tanto como el de la eternidad, los problemas de dinero tanto como los espantos metafísicos, excluyen el reposo y el abandono. *Todas nuestras humillaciones provienen de que no podemos resolvernos a morir de hambre*.

Pagamos cara esta cobardía. ¡Vivir en función de los hombres, sin vocación de mendigo! ¡Rebajarse ante esos macacos encorbatados, suertudos, infatuados!; estar a merced de esas caricaturas, indignas hasta de desprecio! La vergüenza de tener que solicitar algo, sea lo que sea, excita el deseo de aniquilar este planeta, con sus jerarquías y las degradaciones que comportan. La sociedad no es un mal, sino un desastre; ¡qué estúpido milagro que pueda vivirse en ella! Cuando se la contempla entre la rabia y la indiferencia, se hace inexplicable que nadie haya sido capaz de demoler su edificio, que no haya habido hasta ahora gentes de bien desesperadas y decentes, para arrasarla y borrar sus huellas.

Hay más de un parecido entre buscar unas perras por la ciudad y esperar una respuesta del silencio del universo: La avaricia preside en los corazones y en la materia. ¡Mierda de existencia tacaña!, atesora los escudos y los misterios: las bolsas son tan inaccesibles como las profundidades de lo

Desconocido. Pero, ¿quién sabe?, puede que un día ese Desconocido se despliegue y abra sus tesoros; pero nunca, mientras tenga sangre en las venas, el Rico desenterrará sus denarios... Os confesará sus vergüenzas, sus vicios, sus crímenes: pero mentirá sobre su fortuna; os hará todas las confidencias, dispondréis de su vida: mas no compartiréis su último secreto, su secreto pecuniario...

La miseria no es más que un estado transitorio: coincide con la certeza de que, suceda lo que suceda, nunca tendrás nada, que has nacido del lado de acá del circuito de los bienes, que debes combatir para respirar, que es preciso conquistar hasta el aire, hasta la esperanza, hasta el sueño, y que, incluso aunque la sociedad desapareciese, la naturaleza no sería menos inclemente ni menos pervertida. Ningún principio paterno veló en la Creación: por todas partes hay tesoros enterrados: ahí asoma el Harpagón demiurgo, el Altísimo ruin y usurero. El es quien implanta en uno el terror del próximo día; no hay que asombrarse de que la misma religión sea una forma de este terror.

Para los indigentes vitalicios, la miseria es como un excitante que hubieran tomado de una vez por todas, sin posibilidad de anular su efecto; o como una ciencia infusa que, antes de cualquier conocimiento de la vida, hubiera podido describir el infierno...

Invocación al insomnio

Tenía yo diecisiete años y creía en la filosofía. Lo que no se refería a ella me parecía pecado o basura: ¿los poetas?, saltimbanquis aptos para la diversión de mujerzuelas; ¿la acción?, imbecilidad delirante; ¿el amor, la muerte?, pretextos de baja estofa que se rehusaban al honor de los

conceptos. Olor nauseabundo de un universo indigno del perfume del espíritu... Lo concreto, ¡qué mancha!, alegrarse o sufrir, ¡qué vergüenza!

Sólo la abstracción me parecía palpitar: me entregaba a hazañas ancilares por miedo de que un objeto más noble me hiciera infringir mis principios y me entregase a las zozobras del corazón. Me repetía: sólo el burdel es compatible con la metafísica; y acechaba —para huir de la poesía— los ojos de las criaditas y los suspiros de las fulanas.

...Hasta que viniste tú, Insomnio, a sacudir mi carne y mi orgullo; tú, que transformas al bruto juvenil, matizas sus instintos, avivas sus sueños; tú, que, en una sola noche, dispensas más saber que los días consumados en el reposo, y, en los párpados doloridos, descubres un suceso más importante que las enfermedades sin nombre o los desastres del tiempo! Tú me permitiste escuchar el ronquido de la salud, los humanos sumergidos en el olvido sonoro, mientras que mi soledad englobaba la negrura circundante y se hacía más vasta que él. Todo dormía, todo dormía para siempre. No más aurora: vetaré así hasta el fin de las edades: se me esperará entonces para pedirme cuentas del espacio en blanco de mis sueños... Cada noche era igual a las otras, cada noche era eterna. Y me sentía solidario de todos los que no pueden dormir, de todos esos hermanos desconocidos. Como los viciosos y los fanáticos, yo tenía un secreto; como ellos, hubiera constituido un clan, a quien excusarlo todo, darlo todo, sacrificarlo todo: el clan de los insomnes. Atribuía yo genio al primer llegado con párpados pesados de fatiga, y no admiraba a ningún ingenio que pudiera dormir, aunque fuese gloria del Estado, del Arte o de las Letras. Hubiera tributado culto a un tirano que —para

vengarse de sus noches— hubiera prohibido el reposo, castigado el olvido, legislado la desdicha y la fiebre.

Y fue entonces cuando apelé a la filosofía: pero no hay idea que consuele en la oscuridad, no hay sistema que resista las vigilias. Los análisis del insomnio deshacen las certezas. Cansado de tal destrucción, llegaba a decirme: no más dudas: dormir o morir..., reconquistar el sueño o desaparecer...

Pero tal conquista no es fácil: cuando uno se acerca a ella, se da cuenta de hasta qué punto está marcado por las noches. Si amáis, vuestro ímpetu estará corrompido para siempre; saldréis de cada «éxtasis» como de un espanto de delicias; a las miradas de vuestra excesivamente próxima vecina mostraréis un rostro de criminal; a sus sinceros retozos responderéis con las irritaciones de una voluptuosidad envenenada; a su inocencia, con una poesía de culpable, pues todo se os volverá poesía, pero una poesía de la culpa... ¿Ideas cristalinas, engranaje feliz de pensamientos? Ya no pensaréis más: advendrá una irrupción, una lava de conceptos, sin consistencia ni acuerdo, conceptos vomitados, agresivos, salidos de las entrañas, castigos que la carne se inflige a sí misma, pues el espíritu permanece víctima de los humores y fuera de cuestión...

Padeceréis por todo, y desmesuradamente: las brisas os parecerán borrascas; los roces, puñales; las sonrisas, bofetadas; las bagatelas, cataclismos. Y es que las vigilias pueden cesar; pero su luz perdura en uno: no se ve impunemente en las tinieblas, no se extrae de ello enseñanza sin peligro; hay ojos que jamás podrán ya aprender nada del sol, y almas enfermas de noches de las que nunca curarán...

Perfil del malvado

¿A qué se debe que no hiciera más daño del que hizo, ni cometiese crimen o venganzas más sutiles? ¿Por qué no obedeció a los mandamientos de la sangre que afluía a su cabeza? ¿Por sus humores, por su educación? Ciertamente que no, y menos aún por una bondad nativa; sino por la sola presencia de la idea de la muerte.

Inclinado a no perdonar nada a nadie, perdona a todos; la menor injuria excita sus instintos; la olvida al momento siguiente. Le basta representarse su cadáver y aplicar este procedimiento a los otros, para apaciguarse súbitamente: la imagen de lo que se descompone le vuelve bueno —y cobarde: no hay sabiduría (ni caridad) sin obsesiones macabras. El hombre sano, plenamente orgulloso de existir, se venga, escucha a su sangre y a sus nervios, se asimila a los prejuicios, replica, abofetea y mata. Pero el espíritu minado por el espanto de la muerte no reacciona ya a las solicitaciones exteriores: esboza los actos y los deja inconclusos; reflexiona sobre el honor, y lo pierde... intenta las pasiones, y las diseca... Ese espanto que acompaña a sus gestos, enerva su vigor; sus deseos expiran bajo la visión de la insignificancia universal. Lleno de odio por necesidad, no pudiendo serlo por convicción, sus intrigas y sus fechorías se detienen en plena ejecución; como todos los hombres, oculta en sí un asesino, pero un asesino penetrado de resignación, y demasiado cansado para abatir a sus enemigos o crearse otros nuevos. Sueña, con la frente sobre el puñal, y como decepcionado, antes de hacer la experiencia de todos los crímenes; tenido por bueno por todo el mundo, sería malo si no le pareciese vano el serlo.

Enfoques sobre la tolerancia

Signos de vida: la crueldad, el fanatismo, la intolerancia; signos de decadencia: la amenidad, la comprensión, la indulgencia... Mientras una institución se apoya sobre instintos fuertes, no admite ni enemigos ni heréticos: los degüella, los quema o los encierra. ¡Piras, cadalsos, prisiones!, no es la maldad la que los inventó, es la convicción, cualquier convicción total.

¿Se instaura una creencia? Más pronto o más tarde, la policía garantizará su «verdad». Jesús —desde el momento en que quiso triunfar entre los hombres— debió de prever a Torquemada —consecuencia ineluctable del cristianismo *traducido a la historia*—. Y si el Cordero no previó al verdugo de la Cruz, merece entonces su apodo.

Por medio de la Inquisición, la Iglesia probó que disponía aún de una gran vitalidad; igual que los reyes con su real voluntad. Todas las autoridades tienen su Bastilla: cuanto más poderosa es una institución, menos humana. La energía de una época se mide por los seres que sufren en ella, y es por las víctimas que suscita por las que una creencia religiosa o política se afirma, pues la bestialidad es el carácter primordial de todo éxito en el tiempo. Siempre caen cabezas allí donde prevalece una idea; pues no puede prevalecer más que a expensas de otras ideas y de las cabezas que las concibieron o defendieron.

La historia confirma el escepticismo; sin embargo, ella sólo *existe y vive* pisoteándolo; ningún acontecimiento surge de la duda, pero todas las consideraciones sobre los acontecimientos conducen a ella y la justifican. Es tanto como decir que la tolerancia —bien supremo de la tierra— es también al mismo tiempo el mal. Admitir todos los puntos de vista, las creencias más dispares, las opiniones más

contradictorias, presupone un estado general de cansancio y esterilidad. Se llega a este milagro: los adversarios coexisten —pero precisamente porque ya no pueden serlo —; las doctrinas opuestas se reconocen méritos unas a otras, porque ninguna tiene el vigor suficiente para afirmarse. Una religión se extingue cuando tolera las verdades que la excluyen; y bien muerto está el dios en nombre del cual ya no se mata. Un absoluto se desvanece: un vago vislumbre de paraíso terrestre se perfila..., vislumbre fugitivo, pues la intolerancia constituye la ley de las cosas humanas. Las colectividades no se consolidan más que bajo las tiranías, y se desagregan en un régimen de clemencia; entonces, en un sobresalto de energía, se ponen a estrangular sus libertades, y a adorar a sus carceleros plebeyos o coronados.

Las épocas de espanto predominan sobre las de calma; el hombre se irrita mucho más por la ausencia que por la profusión de sucesos; así la Historia es el sangrante producto de su rechazo del aburrimiento.

Filosofía indumentaria

¡Con qué ternura y con qué envidia se vuelven mis pensamientos hacia los monjes del desierto y hacia los cínicos! Abyección de disponer del menor objeto: esta mesa, esta cama, estos vestidos... El vestido se interpone entre nosotros y la nada. Mirad vuestro cuerpo en un espejo: comprenderéis que sois mortales; pasead vuestros dedos sobre vuestras costillas, como sobre una mandolina, y veréis lo cerca que estáis de la tumba.

Gracias a que estamos vestidos alardeamos de inmortalidad: ¿cómo puede uno morir cuando lleva corbata?

El cadáver que se endominga ya no se reconoce, e imaginando la eternidad, se apropia de la ilusión. La carne cubre al esqueleto, el traje cubre a la carne: subterfugios de la naturaleza y del hombre, trapacerías instintivas y convencionales: un señor no puede estar amasado de lodo ni de polvo... Dignidad, honorabilidad, decencia, otras tantas escapatorias ante lo irremediable. Y cuando te pones un sombrero, ¿quién diría que has residido en unas entrañas o que los gusanos se hartarán con tu grasa?

... Por eso yo abandonaría esos pingos y, arrojando la máscara de mis días, huiría el tiempo en el que, de consuno con los otros, me extenúo en traicionarme. Antaño, los solitarios se despojaban de todo, para identificarse con ellos mismos: en el desierto o en la calle, gozando parejamente de su desapego, alcanzaban la suprema fortuna: igualaban a los muertos...

Entre los sarnosos

Para consolarme de los remordimientos de la pereza, tomo el camino de los bajos fondos, impaciente por envilecerme y encanallarme. Conozco a esos mendigos grandilocuentes, apestosos, sarcásticos; zambulléndome en su suciedad, gozo con su aliento fétido no menos que con su labia. Implacables con los que triunfan, su genio para no hacer nada fuerza la admiración, aunque el espectáculo que ofrezcan sea el más triste del mundo: poetas sin talento, fulanas sin clientes, hombres de negocios sin un céntimo, enamorados sin gónadas, el infierno de las mujeres a quien nadie quiere...

He aquí, finalmente, me digo, la realización negativa del hombre, helo aquí al desnudo a este ser que pretende tener

una ascendencia divina, lamentable falsificador del absoluto... Ahí debía acabar, en esta imagen que se le parece, barro en el que jamás ningún dios puso la mano, bestia que ningún ángel altera, infinito procreado entre gruñidos, alma surgida de un espasmo... Contemplo la sorda desesperación de los espermatozoides llegados a su término, los rostros fúnebres de la especie. Me tranquilizo: aún tengo camino por delante... Después, tengo miedo: ¿también yo voy a caer tan bajo? Y odio a esa vieja desdentada, a ese poetastro sin versos, a esos impotentes en amor o en negocios, a esos modelos del deshonor del espíritu o de la carne... Los ojos del hombre me aterran; quise sacar del contacto con esos despojos un renuevo de orgullo: me llevo un estremecimiento semejante al que experimentaría un vivo que, para congratularse de no estar muerto, fanfarronease en un ataúd...

Sobre un empresario de ideas

Lo abarca todo, y en todo tiene éxito; no hay nada de lo que no sea contemporáneo.

Tanto vigor en los artificios del intelecto, tanta facilidad en abordar todos los sectores del espíritu y de la moda —desde la metafísica hasta el cine— deslumbra, debe deslumbrar. Ningún problema se le resiste, no hay fenómeno que le sea extraño, ninguna tentación le deja indiferente. Es un conquistador, que sólo tiene un secreto: *su falta de emoción*; nada le cuesta afrontar lo que sea, puesto que no pone en ello ningún acento. Sus construcciones son magníficas, pero sin sal: categorías encorsetando experiencias íntimas, clasificadas como en un fichero de desastres o en un catálogo de inquietudes. Allí

están clasificadas las tribulaciones del hombre, lo mismo que la poesía de su desgarramiento. Lo Irremediable puesto en sistema, o en estado de revista, expuesto como un artículo de circulación corriente, verdadera manufactura de la angustia. El público se reclama de ella; el nihilismo de bulevar y la amargura de los mirones se sacian con ella.

Pensador sin destino, infinitamente vacío y maravillosamente amplio, explota su pensamiento, lo quiere en todos los labios. No hay fatalidad que le persiga: nacido en la época del materialismo, hubiera seguido su simplismo y le hubiera dado una extensión insospechable; en el romanticismo, hubiera constituido una Summa de sueños; si surgido en plena teología, hubiera manejado a Dios como a cualquier otro concepto. Su habilidad para entrarles de frente a los grandes problemas desconcierta: todo es notable en ella, salvo la autenticidad. Profundamente apoético, si habla de la nada, carece de su estremecimiento; sus ascos son reflexivos; sus exasperaciones, dominadas y como inventadas a posteriori; pero su voluntad, sobrenaturalmente eficaz, es al mismo tiempo tan lúcida, que podría ser poeta *si lo quisiera*, y, añadiría yo, santo, si se empeñase... Al no tener ni preferencias ni prevenciones, sus opiniones son accidentes; uno lamenta que él crea en ellas: sólo interesa el decurso de su pensamiento. Si le oyese predicar en un púlpito, no me sorprendería, hasta tal punto es cierto que se pone por encima de todas las verdades, que las domina y que ninguna le es necesaria ni orgánica.

Avanzando como un explorador, conquista dominio tras dominio; sus pasos son empresas no menos que sus pensamientos; su cerebro no es enemigo de sus instintos; se eleva por encima de los otros, al no haber experimentado ni cansancio, ni esa mortificación odiosa que paraliza los

deseos. Hijo de una época, expresa sus contradicciones, su inútil hormigueo; y cuando se lanza a conquistarla, pone en ello tanta consecuencia y tanta obstinación que su éxito y su fama igualan a los de la espada y rehabilitan el espíritu por medios que, hasta ahora, eran odiosos o desconocidos.

Verdades de temperamento

Frente a pensadores desprovistos de patetismo, de carácter y de intensidad, y que se moldean sobre las formas de su tiempo, se yerguen otros en los cuales se *siente* que, en cualquier momento en que hubieran aparecido, hubieran sido semejantes a sí mismos, despreocupados de su época, extrayendo sus pensamientos de su propio fondo, de la eternidad específica de sus taras. No toman de su medio más que los contornos, algunas particularidades de estilo, algunos giros característicos de una evolución dada. Prendados de su fatalidad, se asemejan a irrupciones, fulgores trágicos y solitarios, cercanos al apocalipsis y a la psiquiatría. Un Kierkegaard, un Nietzsche, aun surgidos en el período más anodino, no hubieran tenido la inspiración menos estremecida ni menos incendiaria. Perecieron en sus llamas; unos cuantos siglos antes habrían perecido en las de la hoguera: cara a cara con las verdades generales, estaban destinados a la herejía. Poco importa que os devore vuestro propio fuego o el que os preparan: las *verdades de temperamento* deben pagarse de una manera o de otra. Las vísceras, la sangre, los malestares y los vicios se conciertan para hacerlas nacer.

Impregnadas de subjetividad, se percibe un «yo» tras cada una de ellas: todo se convierte en confesión: un grito de la carne se encuentra en el origen de la interjección más

anodina; incluso una teoría de apariencia impersonal no sirve más que para traicionar a su autor, sus secretos y sus sufrimientos; no hay universalidad que no sea su máscara: hasta la lógica, todo le es pretexto para la autobiografía; su «yo» ha infestado las ideas, su angustia se ha convertido en criterio, en única realidad.

El despellejado

Lo que le queda de vida le quita lo que le queda de razón. Bagatelas o plagas —el paso de una mosca o las sacudidas del planeta— le alarman igualmente.

Con sus nervios ardiendo, le gustaría que la tierra fuese de vidrio para hacerla saltar en pedazos; y con qué sed se lanzaría hacia las estrellas para reducirlas a polvo, una a una... El crimen brilla en sus pupilas; sus manos se crispan en vano para estrangular; la vida se trasmite como una lepra: demasiadas criaturas para un solo asesino. Está en la naturaleza de quien no puede matarse el querer vengarse contra todo lo que se complace en existir. Y por no lograrlo, se aburre como un condenado al que la imposible destrucción irrita. Satán arrinconado, llora, se da golpes de pecho, se cubre la cabeza; la sangre que hubiera querido verter no empurpura sus mejillas, cuya palidez refleja su asco por esa secreción de esperanzas producida por las razas en marcha. Atentar contra los días de la Creación fue su gran sueño... ¡renuncia a él, se abisma en sí mismo y se entrega a la elegía de su fracaso: de ello proviene otro orden de excesos. Su piel arde: la fiebre atraviesa el universo; su cerebro llamea: el aire es inflamable. Sus males ocupan las extensiones siderales; sus pesares hacen estremecerse a los polos. Y todo lo que es alusión a la

existencia, el aliento de vida más imperceptible, le arranca un grito que compromete los acordes de las esferas y el movimiento de los mundos.

Contra sí mismo

Un espíritu sólo nos cautiva por sus incompatibilidades, por la tensión de sus movimientos, por el divorcio de sus opiniones y sus tendencias. Marco Aurelio, comprometido en expediciones lejanas, se inclinaba más sobre la idea de la muerte que sobre la de Imperio; Juliano, al llegar a ser emperador echa de menos la vida contemplativa, envidia a los sabios y pierde sus noches escribiendo contra los cristianos; Lutero con vitalidad de vándalo, se hunde y se pasma en la obsesión del pecado, sin encontrar un equilibrio entre sus delicadezas y su tosquedad; Rousseau, que se equivoca respecto a sus instintos, sólo vive para la idea de su sinceridad; Nietzsche, cuya obra entera no es más que una oda a la fuerza, arrastra una existencia raquítica, de acongojante monotonía...

Pues un espíritu no interesa más que en la medida en que se engaña sobre lo que quiere, sobre lo que ama, o sobre lo que odia; siendo *varios*, no logra escogerse. Un pesimista sin entusiasmos, un agitador de esperanzas sin amargura, no merece más que desprecio. Sólo es digno de nuestro apego quien no tiene ningún miramiento con su pasado, con el decoro, la lógica o la consideración: ¿cómo interesarse por un conquistador si no se zambulle en los acontecimientos con una oculta intención de fracaso, o por un pensador si aún no ha vencido en sí mismo al instinto de conservación? El hombre replegado sobre su inutilidad no pertenece ya al deseo de tener una vida... La tendrá o no la

tendrá, eso atañe a los otros... Apóstol de sus fluctuaciones, ya no se embaraza con un si mismo ideal; su temperamento constituye su única doctrina, y el capricho de cada hora su único saber.

Restauración de un culto

Como he *gastado* mi calidad de hombre, ya nada me es de ningún provecho. No veo por todas partes más que bestezuelas con ideal que se aborregan para balar sus esperanzas...Incluso a los que no vivieron nunca juntos, se les fuerza a la manada, en calidad de fantasmas, pues ¿con qué otro fin puede haberse concebido la «comunión» de los santos?.. En búsqueda de un auténtico solitario, paso revista a las épocas, y al único que encuentro y envidio es al Diablo... La razón le excluye, el corazón le implora... Espíritu de la mentira, Príncipe de las Tinieblas, el Maldito, el Enemigo —¡cuán dulce que es rememorar los nombres que infamaron su soledad! y ¡cuánto más le aprecio desde que se le relega día tras día! ¡Ojalá pudiera yo reestablecerlo en su primer estado! Creo en Él con toda mi incapacidad de *creer*. Su compañía me es necesaria: el solitario va hacia el *más solitario*, hacia el Solitario... Me veo obligado a tender a él: mi poder de admirar —por miedo a quedar sin empleo— me obliga a ello. Heme aquí frente a mi modelo: con mi adhesión a él, castigo a mi soledad por no ser total, forjo otra que la supera: es mi manera de ser *humilde*...

Cada cual reemplaza a Dios como puede; pues todo dios es bueno, con tal de que perpetúe en la eternidad nuestro deseo de una soledad capital...

Nosotros, los trogloditas...

Los valores no se acumulan: una generación sólo aporta *algo nuevo*, pisoteando lo que tenía de único la generación precedente. Esto es aún más verdadero para la sucesión de las épocas: el Renacimiento no ha podido «salvar» la profundidad, las quimeras, la especie de salvajismo de la Edad Media; el Siglo de las Luces, a su vez, no ha guardado del Renacimiento más que el sentido de lo universal, sin el patetismo que marcaba su fisonomía. La ilusión moderna ha sumergido al hombre en los síncopes del devenir: ha perdido su asiento en la eternidad, su «sustancia». Toda conquista —espiritual o política— implica una pérdida; toda conquista es una *afirmación*... asesina.

En el dominio del arte —el único en que puede hablarse de *vida* del espíritu— un ideal no se establece más que sobre la ruina del que le ha precedido: cada verdadero artista es traidor a sus predecesores... No hay *superioridad* en la historia: república-monarquía; romanticismo-clasicismo; liberalismo-dirigismo; naturalismo-arte abstracto; irracionalismo-intelectualismo —las instituciones, como las corrientes de pensamiento y de sentimiento se equivalen—. Una forma de espíritu no sabría asumir otra; sólo se es *algo* por *exclusión*: nadie puede conciliar el orden y el desorden, la abstracción y lo inmediato, el ímpetu y la fatalidad. Las épocas de síntesis no son creadoras: *resumen* el fervor de las otras, *resumen* confuso, caótico —todo eclecticismo es un índice de *fin*—.

A cada paso adelante sucede un paso atrás: ahí está el infructuoso zarandeo de la historia, devenir... estacionario... Que el hombre se haya dejado engañar por el espejismo del progreso, es algo que vuelve ridículas todas sus pretensiones de sutileza. ¿El Progreso? Quizá se encuentre

en la higiene... Pero, ¿en qué otra parte?, ¿en los descubrimientos científicos? No son más que una suma de glorias nefastas...

¿Quién, de buena fe, podría *escoger* entre la edad de piedra y la de los útiles modernos? Tan cerca del mono el uno como el otro, escalamos las nubes por los mismos motivos que trepábamos a los árboles: sólo los medios de nuestra *curiosidad* —pura o criminal— han cambiado, y —con reflejos disfrazados— somos más diversamente rapaces. Es un simple capricho aceptar o rechazar un período: hay que aceptar o rechazar la historia *en bloque*. La idea de progreso hace de todos nosotros fatuos sobre las cimas del tiempo; pero no existen tales cimas: el troglodita que temblaba de espanto en las cavernas, tiembla aún en los rascacielos. Nuestro capital de desdicha se mantiene intacto a través de las edades; empero tenemos una ventaja sobre nuestros ancestros: el de haber *invertido* mejor ese capital, al haber organizado mejor nuestro desastre.

Fisonomía de un fracaso

Sueños monstruosos pueblan las tiendas de ultramarinos y las iglesias: no he sorprendido a nadie que no viviese en el delirio. Como el menor deseo oculta una fuente de insania, basta con conformarse al instinto de conservación para merecer el asilo. La vida, acceso de locura que estremece a la materia... Respiro: eso basta para que me encierren. Incapaz de alcanzar las claridades de la muerte, repto en la sombra de los días, y aún *existo* tan sólo por la voluntad de dejar de existir.

Antaño imaginaba poder pulverizar el espacio de un puñetazo, jugar con las estrellas, detener la duración o maniobrarla a mi capricho. Los grandes capitanes me parecían grandes timoratos, los poetas, pobres balbuceadores; no conociendo en absoluto la resistencia que nos oponen las cosas, los hombres y las palabras, y creyendo *sentir* más de lo que el universo permitía, me entregaba a un infinito sospechoso, a una cosmogonía surgida de una pubertad incapaz de concluir... ¡Qué fácil es creerse un dios por el corazón, y qué difícil serlo por el espíritu! ¡Y con qué cantidad de ilusiones he debido nacer para poder perder una cada día! La vida es un milagro que la amargura destruye.

El intervalo que me separa de mi cadáver es una herida para mí; sin embargo en vano aspiro a las seducciones de la tumba: no pudiendo separarme de nada, ni cesar de palpitar, todo en mí me asegura que los gusanos permanecerían inactivos sobre mis instintos. Tan incompetente en la vida como en la muerte, me odio, y en este odio sueño con otra vida, con otra muerte. Y, por haber querido ser un sabio como nunca hubo otro, sólo soy un loco entre los locos...

Procesión de infrahombres

Empeñado fuera de sus vías, fuera de sus instintos, el hombre ha acabado en un callejón sin salida. Ha quemado etapas... para llegar a su fin; animal sin porvenir, se ha hundido en su ideal, se ha perdido en su propio juego. Por haber querido superarse sin cesar, ha quedado fijo; ya no le queda más recurso que recapitular sus locuras, expiarlas y hacer aún algunas otras...

Sin embargo, los hay a quienes está prohibido hasta este último recurso:

«Desacostumbrados de ser hombres, ¿acaso somos aún de una tribu, de una raza, de alguna casta? Mientras teníamos el prejuicio de la vida, abrazábamos un error que nos ponía en pie de igualdad con los otros... Pero nos hemos evadido de la especie...

Nuestra clarividencia, rompiendo nuestra osamenta, nos ha reducido a una existencia fofa, chusma invertebrada extendiéndose sobre la materia para mancharla de baba.

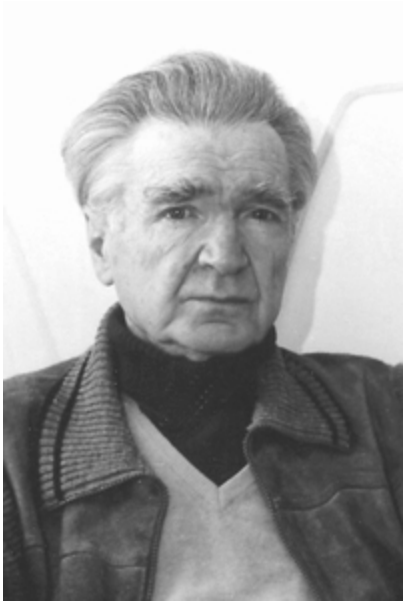
Henos aquí entre los limacos, henos aquí llegados a este término risible en el que pagamos por haber hecho mal uso de nuestras facultades y nuestros sueños... No nos tocó en suerte la vida: incluso en los momentos en que nos embriagaba, nuestras alegrías venían de nuestros transportes por encima de ella; en venganza, nos ha arrastrado hacia sus bajos fondos: procesión de infrahombres hacia una infravida...»

Quosque eadem?

¡Que sea maldita para siempre la estrella bajo la que nací, que ningún cielo quiera protegerla, que se disperse por el espacio como un polvo sin honra. Y el instante traidor que me precipitó entre las criaturas, ¡sea por siempre tachado de las listas del Tiempo! Mis deseos no pueden ya compadecerse con esta mezcla de vida y de muerte en que se envilece cotidianamente la eternidad. Cansado del futuro, he atravesado los días, y, sin embargo, estoy atormentado por la intemperancia de no sé qué sed. Como un sabio rabioso, muerto para el mundo y desencadenado contra él, sólo invalido mis ilusiones para excitarlas mejor.

Esta exasperación, en un universo imprevisible —donde empero todo se repite—, ¿no tendrá fin jamás? ¿Hasta cuándo repetirse a uno mismo:

«Execro esta vida que idolatro»? La nulidad de nuestros delirios hace de nosotros otros tantos dioses sometidos a una insípida fatalidad. ¿Por qué insurgirnos aún contra la simetría de este mundo cuando el mismo Caos no podría ser más que un *sistema* de desórdenes? Pues nuestro destino es pudrirnos con los continentes y las estrellas, pasearemos, como enfermos resignados, y hasta el final de las edades, la curiosidad por un desenlace previsto, espantoso y vano.



EMIL MICHEL CIORAN (1911-1995), filósofo y escritor de nacionalidad francesa, nace en un pequeño pueblo rumano llamado Rasinari, donde permanece hasta 1921. Desde entonces se dedica a leer todo lo que llega a sus manos, autores como Dostoyevski, Flaubert, Pascal, Schopenhauer y, por supuesto, Nietzsche. Estudia filosofía en la Universidad de Bucarest, donde comienzan sus terribles episodios de insomnio. A partir de esta experiencia demoledora crea *En las cimas de la desesperación*, su furioso primer libro, que escribe inicialmente como una especie de testamento ante su plan de suicidarse antes de cumplir 22 años. Sin embargo, escribir es para Cioran una experiencia revitalizante y liberadora. Transcurridos los años entre los estudios académicos y la creación de diferentes libros, decide irse definitivamente a Francia.

Cioran es un hombre cuyo editor destruyó la edición completa de *Silogismos de la amargura* «porque no se vendían»; que vio dormirse ante sus incrédulos ojos al primer hombre al que leyó la primera página de *Breviario de*

podredumbre, libro que reescribió al menos cuatro veces hasta terminarlo a su entera satisfacción; que vivió la mayor parte de su vida en hoteles; que jamás tuvo ordenador; que nunca se casó; que nunca trabajó —con la excepción de aquel incómodo año universitario—; que calificó a Jean Paul Sartre como «un hombrecillo de vida e ideas patéticas»; que jamás profesó religión alguna y que se resistió a recibir premios por su reticencia a «aceptar dinero en público».

En los últimos años algunos de sus libros han vendido más de un millón de ejemplares en el idioma inglés, de lo cual él se habría reído dubitativamente y habría vuelto a decir: «Todo éxito es un malentendido».

E.M. Cioran muere el 20 de junio de 1995, víctima del mal de Alzheimmer.

Entre su bibliografía destacan los siguientes títulos: *En las cimas de la desesperación* (1934), *De lágrimas y de santos* (1937), *Breviario de podredumbre* (1949), *Silogismos de la amargura* (1952), *Del inconveniente de haber nacido* (1973), *Conversaciones* (1995).